CLARA SILVA DE REYES

POR UNA MANCHA DE *ROUGE*

ESPECIAL PARA MUJERES CELOSAS

EL PERRO y LA RANA

narrativa

Por una mancha de *rouge*

EL PERRO y LA RANA

1. ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025
1. ª edición, Imprenta Hispano Venezolana, 1956

© Clara Silva de Reyes
© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV
Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección
María López

Diagramación
Darianyel Molina

Diseño de portada
Ámbar Hernández

Hecho el Depósito de Ley:
ISBN: 978-980-14-5768-8
Depósito legal: DC2025000778

Clara Silva de Reyes

Por una mancha de *rouge*

Especial para mujeres celosas

Prólogo
Panorama detectivesco en Venezuela

En 1910 hace su aparición en nuestro país una manifestación literaria que, hasta ese año, no se había cultivado entre nosotros. El acontecimiento tuvo documento de identidad en las páginas de *El Cojo Ilustrado.* En esta prestigiada revista se leyó un relato titulado "El caso de Serrano". El autor era Leoncio Martínez[1]. Hasta donde he podido establecer, este cuento es la primera incursión de un escritor venezolano en la temática policial. A partir de ese momento, se aceleraron los hechos hasta materializarse en el libro que presentamos el día de hoy.

En realidad, no todo fueron buenaventuranzas. Los relatos detectivescos también tuvieron detractores. De hecho, en la misma época en la que publicaba Leoncio Martínez daban a conocer sus puntos de vista sobre la materia dos conocidos intelectuales. El primero de ellos manifestó su opinión en 1915. Se trató del Bachiller Munguía[2]. con prosa biliosa dio a la estampa "El crimen de La Pastora"[3]: una burla despiadada al género.

Tres años más tarde, tocó a Job Pim publicar en la misma revista su punto de vista sobre las "novelas de detective" o "novela policial", como las llamaban en aquel entonces. El escrito tituló el artículo

1 *El Cojo Ilustrado*, año XIX, n.º 447, 1.º de agosto de 1910, Caracas, pp. 442-444.

2 Seudónimo que utilizó Juan José Churión.

3 *La Revista*, serie VI, n.º 21, 3 de octubre de 1915, Caracas, p. 10.

"Literatura barata"[4]. Por el enunciado puede colegirse lo que pensaba. En algún momento, llegó a calificar este tipo de registros discursivos con el adjetivo de "esperpentos". Es obvio que no le agradaban. Tal vez influenciado por "El robo del elefante blanco", de Mark Twain, se propuso satirizar el género, para lo cual concibió otro relato. Este último salió de los tipos de imprenta de *Élite*, varios años más tarde[5]. En esta oportunidad, lo presentó con el nombre de "Un gran detective". En él continuó la línea que privilegió en el relato anterior: la sátira. Ahora no ridiculizaba a "la literatura barata", sino a uno de los pilares fundamentales de ese tipo de discursos: el detective. Por mucho tiempo, la novela negra estuvo asociada a la figura del detective. Ello explica que el relato de Job Pim que he mencionado tenga esta figura como el centro de la trama.

No obstante las fórmulas de rechazo que hemos conocido, los relatos detectivescos se afianzaban en la aceptación pública. Para la década de los veinte ganaba aprobación mayoritaria. Esta certeza se desprende al leer en *El Universal* del 17 de julio de 1924, el escrito que titula "Literatura de moda". Tanto fue así que varias publicaciones periódicas —las dirigidas por hombres y las fundadas por mujeres— incluían relatos pertenecientes al fenómeno literario que vengo examinando.

Y ya que he hablado de mujeres, para los años treinta, la revista *Nos-Otras* —impreso fundado por Luisa Martínez *c.* 1927— incluía relatos cortos que se adscribían a esta modalidad discursiva. Los identificaban con la precisión de "cuento de detectives". Por cierto, en esta misma década, el señalado magacín comenzó a publicar a Agatha Christie.

---

4 *La Revista*, año III, n.º 156, 5 de mayo de 1918, Caracas, p. 8.

5 *Élite*, año I, n.º 28, 27 de marzo de 1926, Caracas, sin foliar. Posteriormente fue incluido en Francisco Pimentel (Job Pim), *Obras completas*, México D. F. [ed. de la viuda del autor], 1958-1959, pp. 1090-1091.

En la década de los cuarenta encontramos un escrito firmado por H. P., "Las novelas policiales y la realidad detectivesca". Se leyó desde las páginas de *El Heraldo*, y comenzaba de esta manera: "Cualquiera sabe que las novelas policiales son los libros que más se venden y sus autores los escritores mejor pagados actualmente"[6]. Con este registro tenemos el convencimiento de que la novela negra ganaba extendido reconocimiento en nuestro país.

Hemos llegado a los años cuarenta y el panorama de la novela policial luce alentador, a juzgar por las palabras que hemos tomado de *El Heraldo*. Pero, no obstante esas expectativas estimulantes, todavía no logro encontrar una novela escrita en el país que podamos adscribir a la literatura celebrada por H. P.

Pero al llegar a la década siguiente, el panorama va a cambiar. Y esa transformación no obedece a avanzadas masculinas; antes bien, el cambio de escenario lo va a garantizar la propuesta de una escritora llamada Clara Silva de Reyes. Debo admitir que no ha sido fácil ahondar en la biografía de esta autora. Su nombre no se registra en los diccionarios nacionales más conocidos[7]. Como no todo puede ser silencio, nos queda su obra para enaltecer el trabajo que legó a la historia literaria del país.

La he conocido por las dos novelas de su autoría que se conservan en nuestros repositorios bibliográficos. Hablo de *Asesinato en Caracas* (1954) y *Por una mancha de rouge* (1956). En líneas generales, puedo decir que ambas son novelas citadinas, si con el término definimos acciones que se desarrollan en Caracas. Destacan en ellas dos tipos de personajes como figuras centrales: amas de casa y detectives. No se oculta en esos textos la satisfacción que se expresa

6 *El Heraldo*, año XXV, n.º 7.977, lunes, 16 de septiembre de 1946, Caracas, p. 9.

7 Ni siquiera en el más reciente de Rafael Ángel Rivas Dugarte y GladysGarcía Riera, *Diccionario de escritores venezolanos*, 3.ª ed., Americana de Seguros/ Universidad Católica Andrés Bello,Caracas, 2012, 2 tt.

en orgullo por los adelantos caraqueños en materias que puedo calificar como progreso urbanístico. También cobra significación en estos discursos ficcionales una marcada sintonía con los placeres europeos y estadounideneses en campos como la gastronomía, la cosmética, los vestidos a la última moda, y los modernos adelantos industriales y tecnológicos. Es notorio, además, la valoración de la inmigración reciente que ha llegado al país. Pero, sobre todo, queda de manifiesto la satisfacción por la atinada función que cumple la policía nacional identificada como SN.

No obstante la manifiesta complacencia con ese progreso que satisface sobremanera a la voz narrativa, se cuelan registros de que no todo es tan encomiable como se quiere presentar. Si tomamos en cuenta que el tiempo de la ficción coincide con el de la vida de la autora, la conclusión es obvia. Las novelas de Clara Silva de Reyes dan cuenta de la vida nacional durante la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez. Y si bien es cierto que durante esos años hubo un importante progreso material, también lo es que no desaparecen los asesinatos y otros actos delincuenciales de variados registros. Esos signos, asimismo, son expresión de esos tiempos de (supuesta) paz colectiva que garantizaba la dictadura. Es ese lado oscuro, precisamente, el que compulsa el cultivo del relato negro. Y el lector actual aprende que esa dictadura no fue sinónimo de tranquilidad y sosiego.

No adelanto más claves sobre ambas novelas. En particular, impongo silencio para que disfruten de la reveladora experiencia que vivirán en el recorrido que ofrece *Por una mancha de rouge.*

Mirla Alcibíades

I

Todo empezó por una futileza. Sin embargo, para Adriana fue como una hecatombe y le ocasionó una impresión perturbadora. Era en extremo celosa, y esa mañana, al recoger la ropa de su esposo para enviarla a la tintorería, descubrió en la solapa de uno de los trajes una mancha de *rouge*. Estupefacta, sin creer lo que sus ojos contemplaban, se quedó por un instante muda mientras su corazón latía dolorosamente por el impacto de la sorpresa. Era muy pequeña la huella. Para otra mujer menos recelosa y suspicaz habría pasado inadvertida, pero no para la señora de Hurtado, que vivía en constante sobresalto, acechando a su esposo y temiendo que de un momento a otro le fuera infiel. Nada se escapaba a sus inspecciones: las camisas, los pañuelos, el forro de los sacos, eran siempre revisados con acuciosidad en busca del más insignificante vestigio que pudiera delatarlo, en caso de que hubiese cometido algún desliz. Y nunca, hasta ese momento, había descubierto nada tan definitivamente acusador como esa pequeña manchita de pintura de labios que, después de comprobarla con la suya propia, no le dejó la menor duda de que provenía de una boca, cuya dueña tenía que poseer otro tipo completamente opuesto al suyo.

Se sintió, de pronto, digna de lástima. Cierto era que jamás, en dos años de matrimonio, lo había cogido en un descuido, a pesar de sus hábiles interrogatorios e inteligente vigilancia. Y, en ese instante, se dio cuenta de que su marido, además de insuperable actor, era mil veces más sagaz que ella, engañándola, traicionándola, quién sabe desde cuándo, y quizá todo el mundo conocía el hecho menos ella.

Las manos esbeltas de finos dedos estrujaron la prenda. Por la mente de la mujer pasó como un relámpago el pensamiento de que prefería verlo muerto antes de comprobar su perfidia. Ansiosamente, repasó sus recuerdos tratando de memorizar qué día había llevado Rodolfo ese traje. No le fue posible. Poseía un extenso guardarropa. Se cambiaba a menudo y ella siempre esperaba a que se reunieran tres o cuatro para llevarlos juntos al lavado.

Con el saco en sus temblorosas manos estuvo pensando, pensado, y su mente recordó una escena que se había suscitado unos días antes entre ella y su marido.

Lo había estado esperando, como todas las noches, cuando el timbre del teléfono repicó. Era él para advertirle que no iba a llegar temprano. Por el bullicio que escuchó a través del hilo telefónico, comprendió que llamaba de la calle; le preguntó con aprensión:

—¿De dónde me llamas, Rodolfo? No debe ser de la oficina porque oigo perfectamente murmullo de voces y música.

Su esposo, con voz que trataba de apagar en lo posible, respondió:

—Querida, lo hago desde un bar porque estoy efectuando una investigación por aquí cerca y pienso que se demorará bastante. No me esperes a comer. Te explicaré cuando llegue.

No tuvo tiempo de indagar más, porque al terminar de decir aquellas palabras colgó sin más explicaciones. Ella lo estuvo esperando hasta muy tarde. Llegó con aspecto cansado y Adriana le recriminó coléricamente:

—Pero… ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué colgaste el teléfono sin decir dónde estabas? ¿Qué clase de investigación es esa que te hizo quedar hasta las dos de la mañana?... ¡Estás muy equivocado si crees que me engañas! ¡No estoy dispuesta a permitirte semejante conducta!

El hombre la miró con ojos fatigados pero sin resentimiento. Por un instante pareció que vacilaba antes de hablar; luego se inclinó

hacia ella, la tomó por los hombros y la atrajo hacia su pecho. Adriana se debatió furiosa, pero él la dominó fácilmente, le alzó el rostro y la besó.

—Qué irrazonable eres, mi vida —le dijo con cariño—. Quisiera saber cuándo te curarás de tus celos. Por un motivo cualquiera me haces escenas a diario. ¿Es que no estás segura de mi amor? ¡Qué tonta eres! ¡Para mí no existe en el mundo nadie más que tú!

Ella lo miró hosca, pero en su corazón empezó a desvanecerse su angustia.

—No dudo de ti, Rodolfo, pero no puedo dominarme cuando estás tanto tiempo fuera. Quizá todo se debe a mi gran amor por ti y a veces pienso que si llego a saber que me engañas, no vacilaría en dejarte para siempre.

—¡Ah, querida! No sabes lo que dices. No entiendes mis obligaciones, a pesar de que conoces la responsabilidad de mi profesión. No debes olvidar que soy un detective. Tú sabías todos los inconvenientes por los que tenías que pasar al casarte conmigo. No comprendo bien lo que te propones.

Ella lo miró súbitamente con ojos fríos.

—No soy tan estúpida como te imaginas. Conozco perfectamente tus deberes, pero solo te reprocho el que trates de mentirme. No estabas haciendo ninguna investigación esta noche. Tu aliento huele a alcohol, y cuando me llamaste lo hiciste desde algún cabaré, porque oí perfectamente la música de la orquesta.

Rodolfo Hurtado se dejó caer pesadamente en una silla. Cerró los ojos. Se sentía cansado y sin ganas de discutir. Comprendió que lo que dijera a su mujer traería más y más preguntas a las que no podría contestar sin alentar su desconfianza. En realidad, había bebido bastante y la falta de costumbre le tenía extraordinariamente nervioso. Respondió con una evasiva:

—Es cierto que he tomado un poco, pero me vi obligado a ello. Te suplico, Adriana, que seas comprensiva, tengas fe y me estimules a continuar, en vez de recibirme de esta forma. Hoy he sido comisionado en un importante asunto, del cual, si logro el éxito, dependen un ascenso, un aumento de sueldo y el logro de muchas cosas que necesitamos en la actualidad.

—Es decir, ¿que estas ausencias nocturnas se repetirán por culpa de "ese importante asunto"? ¿Y cuánto tiempo va a durar eso?

Él advirtió que su voz temblaba, abrió los ojos, la miró y la notó un poco pálida. Alargó su mano para tomar la suya, pero ella la retiró bruscamente.

—Pues… el tiempo que sea necesario —murmuró—. Por un capricho tuyo no dejaré de cumplir mis obligaciones. Por lo tanto, tienes que tener más sentido común y no sublevarte. Sabes cómo te quiero, pero aprietas la soga demasiado. No estoy en condiciones de aceptar más tus escenas sin motivo y ahora menos que nunca.

Ni siquiera había alzado la voz cuando dijo las últimas palabras. Se puso de pie y se dirigió a su habitación. Ella se había quedado muda de asombro, porque jamás su esposo le había hablado tan categóricamente. Comprendió que no era oportuno proseguir la discusión y su orgullo le dictó el propósito de no molestarlo más con sus desconfianzas, aunque no dejó de preguntarse muchas veces: "¿Será cierto todo eso? ¡Qué fácil le sería engañarme! Yo no podría saber si, en lugar de estar cumpliendo esa misión, está con otra hasta el amanecer".

Sus celos obsesivos se exacerbaban cada vez más, porque desde esa noche Rodolfo faltó con frecuencia a su hogar, regresando a la madrugada.

Ella no volvió a incurrir en las anteriores escenas. Dejó de esperarlo y se acostaba, tratando de conciliar el sueño, cosa imposible porque su imaginación no la dejaba en paz. Cuando llegaba, se quedaba

inmóvil haciéndose la dormida. Él se desvestía en la oscuridad, y sin molestarle, se acostaba a su lado silenciosamente. Adriana notó que su carácter empezó a cambiar. Era, por lo general, afable y se transformó en irascible. Las noches que se quedaba en casa estaba preocupado y nervioso. Si el teléfono repicaba, saltaba alarmado y corría sin permitir que ella lo atendiera.

Por lo tanto, cuando Adriana descubrió la pequeña mancha de *rouge* no le cupo la menor duda de que su esposo tenía una amante. Sus cambios de carácter, sus ausencias nocturnas, su indiferencia para con ella y, para rematar, la solapa de su saco manchada de rojo lo inculpaban decisivamente.

"Le pediré el divorcio —se dijo con el alma sublevada por sentimientos contradictorios—. Lo insultaré cuando venga. Le haré una escena que no podrá olvidarla nunca y me iré de su lado para siempre".

Sus delicadas facciones estaban alteradas; sentía, más que dolor, una marcada ira que la trastornaba por momentos.

"Esta situación no estoy dispuesta a tolerarla. ¡Qué equivocado está si se imagina que soy ese tipo de mujeres que se dejan engañar impunemente, sin tomar una debida represalia!".

De pronto, el insistente repique de un timbre la sobresaltó. Era el teléfono y corrió a atenderlo.

—¿Quién…?

—Es Juanita. ¿Cómo estás, Adriana?

—¿Qué tal, Juanita?... No muy bien, chica. Has llamado en un momento muy especial. ¡Si supieras lo que me pasa!

—¿Qué te ocurre, mujer, por Dios? —exclamó la otra alarmada.

—¡Casi nada! Figúrate que acabo de descubrir que Rodolfo me engaña. Estoy tan furiosa que si me pinchan, no echo una gota de sangre.

La otra rio.

—Vamos… creía que era otra cosa. Siempre con tus eternos celos, chica. ¿Cuándo te corregirás de tus aprensiones y sospechas? A ver, cuenta, y te diré si tienes razón.

La voz de Adriana estaba ronca por la cólera.

—Esta vez no son simples sospechas. Estoy segura de que me traiciona; he hallado una huella de pintura de labios en su saco y esto viene a confirmar mis recelos de un tiempo a esta parte. ¿Te parece poco?

—No sé qué decirte… ¿Qué piensas hacer?

—Insultarlo cuando llegue, luego plantearle la situación y pedirle el divorcio.

—¡Estás loca! Eso no es una prueba suficiente. Además, en caso de que sea cierto lo que supones, debes proceder más hábilmente. No le digas una sola palabra porque, si en realidad te es infiel, ya logrará convencerte de alguna manera y procurará cuidarse en lo futuro, sin que tú jamás llegues a saber la verdad.

—¿Qué debo hacer entonces? ¿Quieres ayudarme?

—Con todo gusto, querida. Pero tienes que aparentar absoluto desconocimiento del hecho a Rodolfo. Esta tarde iré por tu casa, me contarás más ampliamente y yo te aconsejaré.

—¡Cómo te lo agradezco, Juanita! No te imaginas mi estado de ánimo. Haré lo posible por dominarme, pero…

Su voz se quebró y la amiga lo advirtió:

—¡Por Dios!... No se te ocurra llorar. No seas tonta. Tranquilízate y espérame. Ese problema lo hago mío desde este momento, y te lo solucionaré.

II

—Como verás, Juanita, no estoy dispuesta a tolerarle sus vagabunderías a Rodolfo. Tuve que hacer un gran esfuerzo cuando vino a la hora del almuerzo, para no decirle todo lo que sentía.
—Hiciste bien. Sin embargo, chica, no sé por qué se me ha metido en la cabeza que tu marido no te engaña. Esta prueba no me convence del todo.

Las dos mujeres quedaron un momento silenciosas. Juanita de López, inclinada sobre la prenda, examinaba atentamente la mancha con sus ojillos verdes, que brillaban detrás de los cristales de sus anteojos. Era una mujer de mediana edad, pequeña de estatura y marchita como una fruta pasada. A Rodolfo Hurtado le recordaba a una lechuza y no era desacertada la comparación. Carecía totalmente de atractivos y ella no hacía nada por adquirirlos. Su pelo entrecano lo llevaba peinado de cualquier manera, su aspecto dejaba mucho que desear en lo que se refiere a pulcritud. La morena belleza de Adriana resaltaba más aún al lado de aquella mujer insignificante y grotesca, y era difícil imaginar que entre seres tan disímiles pudiera existir alguna afinidad. Sin embargo, la muchacha sentía por Juanita gran aprecio por el hecho de que había sido amiga de su madre —fallecida a raíz de su matrimonio—, y conservaba aquella amistad por encima del parecer de su marido, a quien le desagradaba la presencia de la "lechuza" en su hogar. Sin embargo, la señora de López no era una mujer mala. Le gustaba ser útil, siempre estaba a la orden para servir a quien la necesitaba, y como era viuda y sin hijos estaba en todas partes menos en su casa. Vivía sola en un

pequeño apartamento y la escasa renta que recibía de una casita que le dejó su marido, le bastaba para sostenerse. Manejaba un pequeño vehículo, su único lujo, el cual le permitía trasladarse de un lugar a otro en sus habituales salidas. Sentía cariño por Adriana, a quien había conocido de niña, pero en el fondo no dejaba de sentir algo de celos por aquella espléndida juventud y la felicidad que reinaba en el humilde hogar de su amiga. No era lo suficientemente culta como para calificar sus propios sentimientos, y no supo si fue lástima o alegría lo que sintió cuando Adriana, con la voz quebrada por el llanto, le relató su hallazgo de aquella mañana. La joven siempre le contaba sus pequeños problemas. Sabía que era celosa y se asustaba hasta de su sombra, pero en vez de calmarla, la alentaba insidiosamente. La incauta muchacha confiaba plenamente, considerándola una mujer de experiencia, la única que podía ayudarla y aconsejarla.

De pronto, la viuda alzó la cabeza y miró a su amiga con sus verdes ojos centelleantes. Se le había ocurrido una idea que le pareció luminosa.

—Adriana, ¿nunca se te ha ocurrido registrar la libreta donde, por lo general, los hombres apuntan los números de teléfono que les interesan?

—Vamos, mujer… ¡¿Me crees tonta?! Claro que la he registrado. Allí no hay nada que despierte sospechas.

—¡No creas! Los hombres son muy vivos, un número de teléfono que dice al lado Compañía de Seguros o Farmacia, puede ser un ardid para no despertar recelos, en caso de que algún interesado se le ocurra hojearla. Es un truco conocido.

—En ese caso, lo dejaría anotado en su escritorio o lo llevaría en la memoria —repuso la joven, sin darle mayor importancia a la observación de su amiga.

—Justamente. Pero algunas veces se olvidan. Piensa que si en un momento dado quieren llamar desde otra parte que no sea de la

oficina, no tienen el número a mano y la memoria falla en muchas ocasiones. ¿Desde cuándo no la registras?

Adriana se quedó un momento en silencio.

—Pues hace bastante tiempo. Sin embargo, Juana, no creo que sea tan tonto —añadió incrédulamente—; Rodolfo es listo en extremo, conoce mi manera de ser, y no dejaría a mi alcance el número telefónico de alguna mujer con quien tenga líos.

—¿Qué sabes tú?... Vale la pena probar. ¿No dices que quieres descubrir a toda costa si él te engaña? Entonces, querida, empecemos por el principio. ¿Tienes la libreta a mano?

—No. Siempre la lleva consigo, pero no me será difícil quitársela cuando esté dormido.

—Bien. Mañana temprano me llamas, cuando la tengas. Yo vendré enseguida y pasaremos si es necesario el día entero investigando número por número. Si no da resultado buscaremos otra forma.

Esa noche, Adriana esperó ansiosamente el regreso de su esposo. Para colmo de males llegó más tarde que nunca. Ella estaba acostada desde hacía tiempo y oyó sonar una a una las horas del reloj hasta la madrugada. Faltaba poco para amanecer cuando sintió el automóvil que penetraba en el garaje; después el leve sonido de la llave introducida en la cerradura y sus pasos lentos que atravesaban el salón. Como de costumbre, entró en la habitación y se desvistió en la oscuridad procurando no despertarla. Segundos más tarde, el peso de su cuerpo en la cama a su lado y la tranquila respiración le anunciaron que se había quedado profundamente dormido. Lentamente se incorporó. Sus pies desnudos tocaron el suelo y a tientas se dirigió sigilosamente hacia el mueble en donde, sabía, dejaba tirada la ropa al quitársela. Sus manos reconocieron el roce áspero de la tela de casimir; advirtió que había cogido el pantalón y

registró en los bolsillos; ¡allí estaba! La sacó cuidadosamente, volvió a colocar la prenda en su sitio y luego volvió a su lecho, guardándola debajo de la almohada.

Cuando Rodolfo se despertó cuatro horas más tarde y se vistió apresuradamente para irse al trabajo, no advirtió el hurto, y Adriana, cuando estuvo sola, la revisó ávidamente.

Era una pequeña libreta de cuero negro. Nerviosamente empezó a pasar las páginas. Había muchos números escritos en ella; los conocía por haberlos visto muchas veces. No obstante, recordando la advertencia de su amiga, escudriñó con insólito interés cada uno de los nombres anotados al lado. De pronto, su corazón detuvo sus latidos. En la página correspondiente a la R, la mano de su esposo había escrito: Renard Charlotte. Telf. 26098. No existe mujer, por más confiada que sea, que al descubrir en la libreta privada de su esposo un nombre tan sugerente como el de Charlotte, no le pase por la imaginación multitud de pensamientos, de dudas, sobre la integridad de su conducta.

Charlotte es un nombre de procedencia francesa, y evoca una figura de mujer *très mignon*, picaresca y adorable. No es lo mismo leer Petra Pérez o Francisca García.

Suzette, Georgette, Charlotte, son nombres que pueden ocasionar el derrumbe en un matrimonio. Peligrosos apelativos plenos de sugerencias, como un perfume excitante, y que despiertan en la imaginación ilimitadas cavilaciones, donde la malicia juega un importante papel.

La reacción de Adriana, después del primer momento de estupefacción, fue volar al teléfono para hacer partícipe a su amiga del "horrible" descubrimiento.

Una hora más tarde, excitada por la noticia, Juanita se presentó en la casa.

—¿Ves, querida? —dijo a la desconcertada mujer con su voz de pájaro—. Tenía razón, ¿o no?... ¡Si conoceré a esos sinvergüenzas! Yo también fui celosa y conozco todos sus ardides. Mi marido, que Dios lo tenga en la Gloria, era igual. Si no hubiera sido porque yo estaba siempre alerta, me habría convertido en un trapo para limpiar el suelo. No hay hombre fiel… El más santo, tiene algún enredo escondido. ¡A ver, muéstrame la libreta!

La joven le tendió la agenda y la viuda la examinó con suma atención. Durante un momento no dijo nada. Una irónica sonrisa se dibujó en su cara.

—Veintiséis mil noventa y ocho —repitió en voz alta—. Charlotte Renard; pero…, mujer—repuso excitada—, ¡este nombre lo conozco! Es el de una cantante muy renombrada.

La voz de Adriana carecía de vida cuando dijo:

—¿Cómo? ¿Estás segura? ¿Sabes, entonces, quién es esa mujer?

—Desde luego. Es extraño que tú no lo sepas: Todos los días sale en cartelera y me parece haber visto también su retrato. —Reflexionó un momento—. Sí, ya sé; no podría describírtela, pero recuerdo que es rubia y muy bonita.

Adriana se retorció las manos. Se apoderó de ella una urgente curiosidad por saber la verdad inmediatamente.

—¿En qué periódico la has visto? —preguntó con ansiedad.

—Sale en todos. Busca el diario de hoy, cualquiera, ya verás que no me equivoco.

Adriana fue por el periódico y lo trajo enseguida. Sin poder dominar su inquietud, lo hojeó rápidamente hasta llegar a la página en donde se anunciaban los teatros y cabarés. Juanita, que miraba por encima de su hombro, gritó, señalando con el índice un aviso.

—¡Mira!... Es el mismo nombre. ¿Ves cómo estoy en lo cierto? La joven leyó para sí, sintiendo que se le oprimía el corazón.

GRAN CABARÉ EL ÁVILA
CONTINÚA EL ÉXITO APOTEÓSICO DE LA BELLÍSIMA
CHARLOTTE RENARD
LA MEJOR INTÉRPRETE DE LA CANCIÓN FRANCESA

La propaganda era extensa, pero lo que más le interesaba, una reproducción de su rostro, no estaba en el periódico.

Cuando alzó la vista, Juanita leyó en sus ojos una fría decisión.

—Tenías razón. Es una artista. Si es cierto lo que supongo, no se lo perdonaré nunca.

—Cálmate. No se puede asegurar nada todavía —repuso la otra, aunque en su interior estaba convencida de que el esposo de Adriana tenía relaciones con la francesa—. Ya sabemos quién es y el número de su teléfono. Tengo una idea. Ve a tu cuarto y coge el auxiliar, yo la llamaré desde el comedor.

—¿Llamarás, dices? ¿Con qué fin? ¿Qué te propones con eso?

—Ya verás. Anda y no preguntes. Escucha la conversación para que te convenzas por ti misma, si es que da resultado mi plan.

Así lo hicieron. La viuda se sentía feliz. Estaba en plena acción, sin prever las desgraciadas consecuencias que su "piadosa" intervención en el asunto podría traer para el joven matrimonio.

Insisto en repetir que Juanita de López no era mala del todo, sino sencillamente humana. Le fascinaba sentirse importante con sus amigas más jóvenes que ella. Pongamos a un lado el ligero escozor que le producía la felicidad ajena, su falta absoluta de responsabilidad o su vida carente de interés, que solo se animaba al calor del chisme y la intriga. La razón primordial que la inducía a actuar así era el deseo de demostrar a las otras, pese a su insignificancia, que era necesaria en momentos como aquellos, por su experiencia, su profundo conocimiento de los hombres y su infalible perspicacia.

Sin titubeos marcó los cinco números. Una voz de mujer, melosa y baja, respondió prontamente, como si estuviera esperando la llamada.

—¿Quién habla?

La viuda imitó hábilmente el acento francés cuando dijo:

—*Madame… s'il vouz plaît. Je veux parler avec…*

—¿Cómo dice? —chilló disgustada la voz, que se tornó colérica de pronto—. Está equivocada. Marque mejor la próxima vez… —Y colgó violentamente.

La voz de Adriana se oyó por el otro teléfono.

—Qué mujer tan vulgar, chica. ¿Estás segura de que discaste bien el número?

—Absolutamente. Insistiré de nuevo.

El lejano repique sonó tres veces. Antes de que atendiera, Juanita colocó su mano en la bocina para apagar el sonido de su voz y esperó.

—¿Quién habla? —preguntó la mujer que había atendido anteriormente.

Juanita enronqueció la voz imitando, esta vez, la de un hombre y dijo:

—¿Eres tú, Charlotte?... Es Rodolfo…

Y, en perfecto español, la mujer respondió alarmada:

—¿Rodolfo? ¿Y por qué hablas así, mi amor? ¿Es que sucede algo?

III

Adriana permaneció inmóvil, mirando impresionada el auricular del teléfono que hacía escasamente unos segundos le había confirmado la amarga verdad.

Juanita le hablaba tratando de consolarla, pero ella permanecía muda mientras las lágrimas corrían por su rostro. El mal estaba hecho. La muchacha se sentía dispuesta a hacer cualquier locura, con tal de vengarse de su marido y darle una lección que no olvidaría nunca en su vida. Ningún otro dolor podía afectarla más profundamente que el conocimiento de que su esposo, a quien adoraba, le era infiel. Un gran abatimiento se apoderó de ella y el golpe inesperado destruyó su tranquilidad para siempre. Deseó, de pronto, haber ignorado aquello. Reflexionó con tristeza que ese "capricho" quizá no tenía mayor importancia y sintió no poseer la férrea voluntad de otras mujeres que, cerrando los ojos ante la realidad, esperaban confiadas en que la ilusión pasara, para volver a reconquistar al marido descarriado. La vocecilla atiplada de Juanita la hizo levantar la vista:

—Esa mujer tiene de francesa lo que yo de millonaria —murmuró para sí—. Pero de lo que no existe duda alguna es que conoce a Rodolfo lo bastante como para decirle palabritas dulces —dijo estas palabras frunciendo el ceño y con aire indignado—. Insisto —continuó lentamente—, que a pesar de lo que sabemos, no debes decir nada a Rodolfo todavía. Si estás resuelta a vengarte por su infame conducta tienes que "cazarlo" en el hecho.

—Eso es lo que yo quisiera —respondió la joven con voz que temblaba de ira—. No me falta valor para formarle un escándalo. Pero… ¿cómo, Juanita? Me aterra tener que perseguirlo a toda hora, confiando en un chofer extraño y mucho más de noche. Como sabes, él se lleva el automóvil cuando sale y…

—Pero mujer —interrumpió Juanita—, ¿para qué estoy yo entonces? ¿No me ofrecí a ayudarte? Lo espiaremos juntas. A mi auto seguramente él no lo recuerda.

—Gracias, te conozco bien y sé que me acompañarías con la mejor voluntad, pero no quiero que tú, por mi culpa, te veas envuelta en asunto tan desagradable.

—¡De ninguna manera! Me he comprometido a ayudarte y lo haré aunque te opongas. Reflexionando mejor creo que, por el momento, no conviene que salgamos juntas. No hay que olvidar que tu marido es muy listo y además, detective. Las precauciones no están de más, así es que yo haré las investigaciones por mi cuenta. Hoy mismo me informo dónde vive esa mujer, a qué hora termina su número en el cabaré y si Rodolfo va a visitarla a su casa. No escapará a mi hábil vigilancia. Deja este asunto por mi cuenta. Yo te llamaré mañana para informarte de todo. El automóvil de ustedes, ¿es un Packard gris, no? ¿Qué número tiene la placa?

—8500 D. F.

—Es fácil de recordar. No se me olvidará. Pero eso sí, Adriana, por favor, si quieres que el plan resulte tienes que simular todo el tiempo.

Adriana ocultó el rostro entre sus manos.

—No sabes lo que me costará hacerlo, Juana… Juana… ¡qué desgracia horrible! Qué buena eres conmigo, querida… Estoy tan agradecida… ¿Cómo podré pagarte todo el interés que te tomas por mí?

—Mujer, si serás tonta… Si no fuera porque te quiero, no me metería en un asunto como este. —Se puso en pie, le dio una palmadita cariñosa en la espalda y añadió—: Hasta luego, querida, deja de llorar y ten fe. A ese… sinvergüenza le daremos su merecido.

ᔓᔕ

La viuda de López se mostró en extremo diligente. Pronto tuvo los datos que le interesaban. Esa misma noche, a la hora en que calculaba que la artista debía regresar a su apartamento —ubicado en un lujoso hotel en el centro de la ciudad—, conduciendo su pequeño vehículo, se dirigió al sitio y detuvo el automóvil en un lugar apropiado, a pocos metros del edificio.

No tuvo que esperar mucho. Sus ojos no se apartaban de la puerta de entrada y cuando vio que un automóvil de alquiler se detuvo ante esta, aguzó la vista y percibió fugazmente la figura de mujer que se bajaba del vehículo, y penetró rápidamente en el edificio. Apenas pudo verla porque iba envuelta en pieles y solo el brillo de su platinado cabello la hizo pensar de que se trataba de la persona a quien acechaba. Sin titubear, impulsivamente salió de su vehículo y atravesó corriendo la calle. Entró en el amplio pasaje y llegó hasta la escalera que conducía a los pisos superiores. No vio a la mujer por ninguna parte y supuso que había tomado el ascensor; entonces se decidió a subir por la escalera hasta el primer piso, en donde sabía que se encontraba el apartamento de la artista.

Al llegar ante el número dos jadeaba un poco. Esperó un momento mientras se calmaba su agitada respiración, por la violenta subida, y oprimió el timbre. Ya tenía pensado lo que diría cuando abriera la puerta. Su único interés en ese momento era verla bien de cerca, para poder explicarle a su amiga todos los detalles.

No se había equivocado. La artista apenas tuvo tiempo de despojarse de su lujoso abrigo, cuando sintió el timbre y fue a abrir.

Juanita pareció encogerse ante la aparición de la imponente rubia. Sus ojos, admirados, captaron en rápida inspección el volumen y calidad de sus encantos. Era alta y gruesa, su incipiente gordura estaba bien distribuida y el bajo escote dejaba ver parte de un busto auténtico y exuberante. Toda ella era espléndida. Así le pareció a Juanita. Quizá, si a través de sus ojos hubiera mirado Adriana, habría descubierto de inmediato que la Renard estaba un poco pasada de años, y estos sabía ocultarlos bastante bien debajo de un hábil maquillaje.

La infeliz viuda quedó encandilada, y cuando la misma voz que le atendió por teléfono esa mañana salió de los pintados labios de la mujer, no le quedó la menor duda de que su pobre amiga había perdido para siempre a su esposo.

—Por favor… ¿vive aquí la señora de Torres? —preguntó con su voz de falsete.

Un "no" y un portazo fue la respuesta. No le importó el desaire, pues había logrado lo que deseaba. Cuando se dio la vuelta para marchar, alguien que penetraba en ese instante al piso se detuvo al verla y le dio paso esperando a que desapareciera, para dirigirse al apartamento de la Renard.

Juanita, en su premura por irse lo más rápidamente posible, no se fijó bien en el hombre de anchas espaldas y extraño rostro, ni advirtió su vacilación cuando la vio parada ante la puerta de la artista.

Llegó a su automóvil y encendió el motor. En una de las ventanas del primer piso del edificio de apartamentos apagaron la luz y dos rostros la atisbaron detrás de los visillos.

Al día siguiente, Juanita reportó sus informaciones a la señora de Hurtado. Le relató punto por punto todos los detalles de su espionaje efectuado la noche anterior; y en la descripción de la artista extremó sus elogios, exagerando su prodigiosa belleza. Adriana

estaba agradecida por todas las molestias que su amiga se tomaba por ella, aunque en su corazón se desvaneció la última esperanza cuando escuchó la sucinta explicación que de la hermosura de su rival le hacía la viuda.

Antes de finalizar la extensa charla, Juanita le aconsejó a la joven que prosiguiera en la misma actitud con su esposo, sin dejarle advertir su abatimiento o contrariedad; ella continuaría vigilándolo mientras tanto, hasta averiguar una pista cierta sobre si él pernoctaba en casa de la Renard.

Puntualmente, esa noche, detuvo su automóvil frente al edificio. Nada ocurrió. Vio a la rubia pero no a Rodolfo. El tercer día no pasó nada de particular; a pesar de eso, no se sintió defraudada e insistió la cuarta vez. La mañana siguiente a esa noche se presentó en el hogar de los Hurtado, cuando calculó que Adriana estaba sola. Llegó excitada, casi frenética. Tenía importantes noticias y sus primeras palabras estremecieron visiblemente a la joven, provocando en su rostro extraordinaria palidez.

—¡Lo vi! —gritó agitada—. ¡Con mis propios ojos! El muy bandido estaciona el automóvil en la calle transversal que da a la iglesia y luego hace el trayecto de allí al edificio penetrando por la puerta del frente y escurriéndose rápidamente en este. Creo, querida, que ha llegado el momento. Debes actuar lo más pronto, o si no, esa mujer acabará con tu matrimonio. Es… tan bella, tan… maravillosa, que no creo que puedas competir con ella. De todas maneras —añadió mirándola con lástima—, valdría la pena que luches por reconquistarlo. Sería inicuo que una tipa como esa te robara tu felicidad.

El rostro de Adriana se tiñó de suave rubor. Tardó unos instantes en contestar. Era muy joven e inexperta y al mirar a su amiga no advirtió el brillo maligno de sus pupilas.

Tenía apenas veintidós años, quería sinceramente a su esposo y los días pasados en continua angustia, imaginando a este en brazos de otra mujer, la tenían trastornada. Cuando oyó las palabras de aquella insensata, su dignidad se rebeló y respondió sin vacilaciones:

—No pienso disputarle a esa mujer el cariño de mi esposo. Acabas de decirme que no puedo rivalizar con ella y no intentaré hacerlo jamás. Hay algo que es para mí más importante: mi orgullo. Yo no lo retendré a la fuerza. Si quiere a otra, sea quien sea, que se vaya con ella. No te niego que sufriré mucho, lo adoro, y fui una ingenua al creer que su amor era para toda la vida. —Una dolorosa sonrisa contrajo sus labios—. Me había olvidado que existían mujeres lindas e interesantes, las que podían robarme, como sucede ahora, lo que en verdad nunca ha sido verdaderamente mío.

Hizo una pausa. Su actitud era la de una persona totalmente vencida. A continuación, se puso de pie y se enfrentó a su amiga.

—Pero antes de irme de esta casa dejaré las cosas bien arregladas. ¡Óyelo bien, Juanita! No le haré un escándalo judicial por adúltero, no le reclamaré con escenas y gritos, ¡no! Todo quedará entre nosotros. Yo iré a la casa de esa mujer cuando él esté con ella. Quiero verlo con mis propios ojos y que él me vea a mí. Así no podrá convencerme de lo contrario. Después… lo abandonaré y que sea lo que Dios quiera.

—No sé qué decirte, mujer —respondió con voz suave la otra—. Desde luego que yo hubiera procedido igual, pero considero mi deber aconsejarte que no seas tan impulsiva y violenta. A lo mejor es un capricho pasajero y dentro de poco lo tienes de regreso con el mismo amor de siempre.

—¡De ninguna manera! —gritó Adriana con voz exaltada—. ¡Ni que vuelva de rodillas arrepentido le perdonaré nunca! Esta misma noche resuelvo esta indigna situación. Después que salga de la casa,

como acostumbra últimamente para reunirse con su querida. Te llamaré por teléfono para que vengas a buscarme.

—¿Lo has pensado bien, Adriana?

—¿Lo dudas todavía? ¿O es que te arrepientes de tu ofrecimiento? —respondió bruscamente.

—¡Oh!, no, querida. Te llevaré adonde quieras. ¿A qué hora regresa él de la calle?

—A las dos o tres de la mañana es lo más temprano. Por lo general, se va después de que cena y reposa un rato a las diez de la noche. Tendré que esperar a que la muchacha que me hace el servicio esté acostada; no es conveniente que se entere de que voy a salir. Nunca lo he hecho anteriormente y le llamaría la atención. Estaré alerta a tu llegada y saldré rápidamente.

—De acuerdo. Entonces, no hay más que hablar.

Se puso de pie y se acercó a la joven para darle un beso de despedida. Sin saber por qué, Adriana sintió aprensión de que aquellos labios la besaran y para evitarlo se dirigió hacia la puerta mientras Juanita la precedía.

IV

El detective Rodolfo Hurtado, a pesar de su juventud, veintiocho años, era un hombre con gran sentido de responsabilidad. Adoraba a su esposa, pero estaba resuelto a no permitir más que ella interviniese en sus asuntos privados. Consideraba que sus celos extremos tenían que ceder, y que el tiempo únicamente calmaría sus inquietudes y la ayudaría a conformarse.

Las obligaciones de su profesión le impedían complacerla, en lo referente a cumplir exactamente con sus deberes matrimoniales, o sea, llegar más temprano y evitar las repetidas faltas nocturnas al hogar, pero la muchacha se negaba a admitir sus excusas y le hacía imposible la vida con sus escenas y desconfianzas.

Sentía lástima algunas veces, porque sabía que no eran vanas sus palabras y que el resentimiento que latía en ellas se debía al gran amor que le profesaba. Desgraciadamente, no podía hacer nada para consolarla. La joven vivía pendiente de sus menores deseos, dedicada por completo a él y a su hogar y, en cambio, muy pocas distracciones podía ofrecerle por hallarse siempre complicado en alguna misión de índole policial que no podía descuidar por ella. Muchas veces pensó que un hijo venía haciéndose necesario para la felicidad de los dos y posiblemente su descontento e intranquilidad se tornarían en deliciosa calma, cuando la presencia de un chiquillo ocupara por entero la atención que, en esos momentos, dedicaba exclusivamente a él.

La noche que Adriana tenía pensado perseguirle llegó temprano a comer.

Encontró a su mujer atareada en la cocina y la saludó cariñosamente. Más tarde, cuando se sentaron a la mesa, se fijó en que estaba como abstraída y no llegó a probar bocado

La sentía hostil y creía que su actitud era la consecuencia del cambio brusco de carácter y la nerviosidad que los trasnochos le producían, no pudiendo evitar ponerse violento algunas veces por cualquier tontería. Contempló su dulce rostro y sintió de pronto el deseo de romper el hielo que existía entre ambos. Con acento cariñoso, le dijo:

—Adriana, no has comido nada. ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

La joven alzó la vista hacia él y repuso:

—Sí… Tengo un dolor de cabeza tremendo. Todo el día me ha estado amenazando. Supongo que me habré resfriado.

—¿Has tomado algo para aliviártelo?... Te noto pálida y quebrantada.

—He tomado dos analgésicos, pero no me han hecho efecto. Creo que lo que me hace falta es descansar —respondió fríamente.

Rodolfo, que a través de su larga práctica como detective había adquirido un sexto sentido que difícilmente lo engañaba, comprendió que ella mentía para ocultar su mal humor o disgusto. Pensó que se acercaba una tormenta y que a pesar de su aparente tranquilidad, lo que menos deseaba era hacer las paces con él. Se sintió molesto y meditó que no valía la pena intentar un acercamiento, sino dejar las cosas como estaban hasta que se le pasara la rabieta. "Tiene que adaptarse —pensó egoístamente— hasta que llegue a ser más comprensiva y menos pueril".

Un gran silencio reinó entre ambos. Cuando terminó de cenar, y removía el café con la cucharilla, Adriana lo interpeló súbitamente:

—¿Sales esta noche?

A él le pareció que iba a decir "¿también?", pero que retuvo la ironía a tiempo.

—Sí… Tengo que hacerlo. Haré lo posible por estar de regreso temprano.

La emoción contrajo la garganta de la mujer. Miró a su esposo como si lo hiciera por primera vez. En su frente noble, una arruga de preocupación se delineaba. Su rostro atractivo y de facciones perfectas estaba pleno de energía y la salud brillaba en sus ojos oscuros. Pensó cómo se endulzarían aquellas pupilas al hablarle con amor la otra. Contempló sus manos fuertes y morenas, y recordó lo suaves y delicadas que eran al acariciar. Sintió que los celos la cegaban y tuvo que cerrar los ojos por un instante para dominarse. Con amargo júbilo pensó que esa noche no sería propicia para sus deliquios amorosos, y cuando él se dispuso a salir, ella, para no despertar sus recelos con una actitud demasiado indiferente, lo acompañó hasta la puerta ofreciéndole su descolorida mejilla para que él depositara un beso apresurado y fugaz.

Cuando partió eran más de las nueve y la doméstica estaba ansiosa por terminar sus quehaceres. Adriana la ayudó y pronto la mujer se desocupó y se retiró a su cuarto a dormir.

Cuando estuvo sola se dirigió a su estancia. Se acercó al teléfono que estaba sobre su mesa de noche y discó el número de Juanita de López.

—¿Puedes venir, querida? Estoy lista.

—Bien, salgo enseguida —respondió la otra—. ¿Ya la muchacha de servicio se acostó?

—Sí.

—No me hagas esperar entonces. Son las diez y media de la noche; mientras hago el trayecto desde Propatria a tu casa, me llevaré treinta minutos. ¡Ah!, no te olvides de coger la llave de tu casa antes de salir.

—No te preocupes. Apúrate, porque estoy ansiosa de terminar pronto con este asunto.

—Hasta luego.

Al terminar de hablar, la joven se despojó de la ropa de casa que llevaba. Buscó un traje sencillo y se lo puso. Luego se acercó al tocador y se contempló un instante en el espejo.

Su figura sin curvas pronunciadas era esbelta como un junco. "Ridículamente delgada", pensó ella. Se llevó la mano a su cabello negro y ondulado; acarició con la yema de los dedos su piel tersa y suave, tocada por el sello cálido del trópico y del ancestro indio que llevaba en su sangre. Sus ojos eran negros, alargados, singularmente dulces y brillantes, como si hubieran atrapado en su fondo dos puntos de luz. Su boca poseía un modelado exquisito, carnosa y pequeña, hecha para el beso y el amor. En voz alta dijo a su imagen: "Eres bella tú también, Adriana. Eres joven. No faltará quien te quiera. ¿Por qué sufres, entonces, y lloras por quien no lo merece?".

Una sonrisa floreció en su boca. Una sonrisa extraña y despectiva.

Cogió el cepillo de encima del mueble y lo pasó varias veces por el corto cabello. La mota impregnada de polvo dorado la aplicó a sus mejillas y cuando la barrita de *rouge* delineó sus labios, recordó nuevamente la huella delatora que una boca amorosa había dejado, al apoyarse en el hombro de su esposo.

Antes de apagar la luz de su habitación le dio un último vistazo. Todo estaba en orden.

Un sentimiento de pena la sobrecogió al contemplar el lecho matrimonial, amplio, mullido, inmaculado en su blancura. Sin duda alguna, habían sido felices, pero, como todo sueño maravilloso, tuvo un desagradable despertar.

Un clic y la visión se borró ante su mirada. No quería dejarse dominar en el último momento por tontos sentimentalismos.

Cuando penetró en el salón de entrada, no pudo menos que sentir todavía un justificado orgullo por lo que sus hábiles manos y paciencia habían logrado de la estancia. Era realmente acogedora.

Las cortinas azules en las ventanas daban impresión de frescura, los muebles humildes pero cómodos, sin una mota de polvo, la mesa en el rincón con el retrato de ella y Rodolfo, recuerdo de un día feliz… prolijidad en los menores detalles.

Sentía pasión por las plantas y las flores, y los búcaros y las macetas lucían engalanados y disimulaban la pobreza del mobiliario y la carencia de otros lujos.

Adriana, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta, dijo con vehemencia:

—El único consuelo que me quedará de todo este desastroso final es que no volverá a encontrar otra mujer como yo.

Dijo estas palabras llevada por la ingenua creencia que tenemos las mujeres de que somos insustituibles para el hombre que amamos.

Se acercó a las persianas y miró a través de ellas hacia la calle. Faltaba poco para que llegara su amiga. De pronto se acordó de algo. La llave de la puerta le era necesaria para entrar a su regreso. Corrió a su habitación a buscarla. Luego apagó todas las luces y salió cerrando tras de sí.

Estuvo poco tiempo en el diminuto jardín. El automóvil de Juanita, sin hacer el menor ruido, se detuvo ante la verja. La muchacha corrió y penetró en él. Ambas mujeres salieron al encuentro de su destino.

V

En el Gran Cabaré El Ávila se apagaron las luces. Solo se oía el murmullo de las conversaciones en voz baja y el tintineo de las copas. Los camareros evitaron atravesar por entre las mesas y se retiraron al fondo del salón, donde permanecieron inmóviles y con la vista fija hacia la cortina de terciopelo negro y brillantes guarniciones que recibía la luz de pequeños reflectores y que, al iniciar la orquesta unos suaves compases, se fue recogiendo lentamente. El escenario estaba a oscuras y de pronto una saeta luminosa rompió las tinieblas y destacó con su brillante luz azul una silueta de mujer.

La rubia e incitante Charlotte Renard provocó suspiros y lascivos deseos en su público. El empresario que la había contratado descubrió el truco efectista al salirse de lo ordinario y obtenía de esa forma brillantes ingresos, pues al destacar los encantos de la artista y sacarle el mejor partido a su escaso talento había logrado un inesperado éxito. El Ávila se llenaba noche tras noche por el incentivo novedoso de la singular exmamboleta. Porque Charlotte Renard ni era rubia, ni francesa, ni ese era su verdadero nombre.

Había nacido en un barrio cualquiera de Cuba y era conocida como Gina Montes. Empezó muy joven como rumbera hasta que el mambo se impuso arrolladoramente y el ritmo negroide y sensual se trocó por el nuevo, más sugerente, sin perder las cualidades primitivas del anterior. Pero nunca obtuvo verdaderamente el triunfo, a pesar de que su conformación física había tenido la suerte de ser "casual" con el tipo de belleza que gustaba y privaba en la actualidad. Creyó que mientras menos tela cubrieran sus encantos más pronto ascendería,

pero, desgraciadamente, miles de hermosas mamboletas surgieron de todos lados, y la pobre Gina tuvo que luchar duramente ante la excesiva competencia.

Por este motivo, se vio obligada en muchas oportunidades —para completar sus ingresos— a dedicarse a otras actividades ajenas al "arte". Transcurrieron los años y la bailarina advirtió, abatida, que dentro de muy poco su belleza sería vencida por la decadencia, hasta que apareció Carlo Ponti, su actual empresario y dueño del cabaré donde estaba contratada.

Este era un italiano que residía en el país desde hacía muchos años. Empezó como preparador de caballos y sus conocimientos hípicos le reportaron una regular fortuna. Resolvió, después de muchas reflexiones, que valía la pena colocar su dinero en algún negocio que se lo triplicara y luego de observar cómo algunos de sus amigos se habían hecho millonarios explotando en la gente el ansia de diversiones, instaló un cabaré. Al principio no le fue bien. Sus atracciones no eran más originales que las que se presentaban en otros *night clubs* más acreditados y lujosos que el suyo. Se dispuso entonces a efectuar un corto viaje a Cuba y explorar en el ambiente artístico hasta hallar lo que necesitaba. Cuando Ponti conoció la Montes, se dio cuenta de que podría lograr con ella lo que se había propuesto. Descubrió que la mujer tenía una voz agradable y no cantaba mal. La contrató de inmediato, y cuando esta llegó a Venezuela se dispuso a enseñarle. Primero la transformó; le sugirió que se tiñese el pelo y el nombre poco llamativo de Gina Montes fue cambiado por el "psicológico" de Charlotte Renard.

La mujer era lista; pronto adquirió ciertos conocimientos del idioma francés para interpretar canciones parisienses y después de hacerle una hábil propaganda, la presentó.

Y… allí estaba. Aparecía vestida con un traje negro, largo y muy ceñido. Lucía su piel rosa como único complemento de atavío. La

platinada aureola de su cabello se matizaba de diferentes tonos al cambio de las luces del reflector. No habría ofrecido un aspecto más espléndido si se hubiera desnudado como en épocas anteriores. Un profundo silencio se hizo en el salón y pronto la bella mujer inició un movimiento muy bien estudiado, casi elegante. A Ponti le había costado convencer a la cubana de que moderara el vulgar movimiento de caderas y por lo menos, en escena, lo había logrado.

La música bajó el diapasón y Charlotte empezó a cantar. Su voz de siempre, sin educación y que nunca le había servido para nada, era el verdadero motivo de su éxito. Recordaba en algo a la Marlene Dietrich en sus buenos tiempos y provocaba en el elemento masculino, que por lo general predominaba en el cabaré, una sutil emoción, extraña y excitante a la vez. Posiblemente se debía a que le confería sentimiento, le daba algo de su alma a la canción, experimentando verdadero placer en hacerlo.

Pour moi toute seule, la nuit vient de tomber…
Pour moi toute seule, le rêve a commencé…
Il finira demain matin, je le sais bien… je le sais bien….

La composición musical no fue hecha para esforzar ninguna voz. La de Charlotte se adaptaba admirablemente y caía sobre su auditorio especulando la imaginación de los que la escuchaban. Sus recónditos pensamientos parecían tomar vida en sus labios y una emoción casi angustiosa, una honda tristeza, se presentía en aquellas frases que evocaban su propia vida.

Huit heures, un tiret,
Un sale boulot, les traits tirés,
Un sale bistrot, un sale hiver,
Un sale métro, un fait divers
Dans les journaux…

Pero lo más curioso era que ella desconocía la traducción, cosa que le importaba más o menos, pues al cantar, sea cuales fueren las

palabras que sus labios emitieran, se olvidaba de todo y le imprimía esa singular emoción que tanto impresionaba a su público. Al finalizar, y cuando los aplausos la volvían a la realidad, íntimamente, se sorprendía. Al principio, se asombraba de que pudiese gustar sin necesidad de despojarse de su ropa. Después se reía para sí, un poco estupefacta y pensando con cierta ironía que los hombres eran unos tontos y que, por primera vez, le pagaban bien por algo que no le costaba ningún esfuerzo y que verdaderamente le agradaba.

Era como un sutil engaño que le hacía a los demás, y que la estimulaba a proseguir, logrando cada día más éxito y fama.

Cuando terminó de cantar, en su rostro había una expresión casi sublime. Las luces se apagaron y ella desapareció en la oscuridad, mientras los espectadores con sus aplausos exigían de nuevo su presencia. Pero no volvió a la escena.

Según Ponti, había que hacerse desear siempre. Otros números de baile y canto no lograron distraer a los espectadores. Al finalizar el espectáculo, la gente bailaba y luego se iba. Pero en El Ávila no solo la cubana atraía a la concurrencia. Detrás de la oscura cortina de terciopelo del fondo del pequeño escenario había algo más, que estaba vedado a parte de los asistentes que se re reunían allí habitualmente. Solo unos cuantos privilegiados tenían acceso al interior y dejaban en la mesa de fieltro verde parte del contenido de sus repletas carteras. Era un secreto a voces, pero hasta ese momento la policía no había intervenido.

ᔓ

Cuando Charlotte llegó a su camerino, su mirada se detuvo en una gran cesta de flores que estaba colocada en una mesita baja de cristal. Una sonrisa jugueteó en sus labios, se acercó y entresacó de estas un pequeño sobre blanco. Lo abrió y leyó en la cartulina: "Insisto en verte, nena. Por una sola vez, aunque sea, complace a tu rendido admirador". La mano de un hombre había escrito aquellas

palabras que no llevaban firma. Charlotte sabía de quién se trataba. Desde hacía un tiempo, su camerino se engalanaba con bellísimas orquídeas que eran enviadas asiduamente, acompañadas de una tarjeta pidiéndole una cita, y esa persona, con increíble constancia, pernoctaba en el cabaré noche tras noche con la esperanza de que ella se resolviera a aceptar la invitación.

Algo pasó por la mente de la cantante. Esa noche especialmente se sentía alegre, un poco embriagada por el triunfo y jovial como pocas veces. Aunque no le interesaba por el momento complicarse en una aventura, pensó que no le vendría mal divertirse un poco. Además, su admirador era demasiado consecuente y sugestivamente masculino. Rápidamente recogió sus pieles, su bolso y echó a andar en dirección al salón. Ponti le había prohibido alternar con los clientes, pero pensó que unos breves minutos no tendrían nada de particular, aunque evitó atravesar la pista.

Por una disimulada puerta que conducía a la dependencia de la cocina se asomó cautamente. No deseaba tampoco llamar la atención, y desde allí contempló al individuo que tanto deseaba su compañía. Estaba sentado en una mesa con una botella frente a sí. Miraba, con aspecto fatigado, a los bailarines que se apretujaban en la pista y, de vez en cuando, se llevaba a los labios la copa llena de bebida. Charlotte no pudo menos que confesarse con agrado que el hombre era todo un "tipo" y que le gustaba bastante. Su rostro viril y hermoso movió una fibra desconocida en la fatigada red de sus nervios y sentimientos. Sin embargo, a pesar de la atracción que este le despertaba, algo la retenía… Una lejana voz en su corazón le daba una alerta. No obstante, rechazó el aviso y tomando una súbita decisión avanzó hacia él.

—¿Qué quieres de mí?

Su voz, a pesar de la brusquedad de la pregunta, salió dulcemente modulada de sus labios. El hombre se sobresaltó al oírla y con gesto

sorprendido se puso de pie. Ella notó que sus movimientos eran pesados, algo vacilantes, y que sus ojos brillaban demasiado.

—Al fin, señora. ¡Qué maravillosa sorpresa! —dijo con voz sincera.

La risa salió como un murmullo de la boca ancha y sensual de la Renard.

—¿Señora?... ¡Bah! Menos etiqueta conmigo, hombre… ¿Quién eres tú?

—Un rendido admirador que soñaba con verte de cerca… —dijo la poco elegante frase con una sonrisa jovial.

—¿Tu nombre? —insistió la artista.

—Rodolfo Hurtado.

Súbitamente, la mujer se puso seria. Era supersticiosa, y dijo sin cortesía alguna:

—No me gusta tu nombre… Los Rodolfos siempre me han traído mala suerte.

—Un inconveniente fácil de eliminar… ¿No te parece?... Desde ahora, me llamaré como tú quieras —repuso con agradable sonrisa, y al mismo tiempo acercó una silla ofreciéndole asiento.

La mujer titubeó un momento, pero aceptó observando alrededor.

—Me está prohibido alternar con el público, sin embargo, te haré compañía por unos momentos.

Un camarero se acercó atentamente y depositó sobre la mesa nuevas copas, que llenó de champaña. Ambos las alzaron para brindar.

—A tu salud, encanto…

Chocaron los cristales con débil tintineo. La mano de Hurtado no estaba firme y parte del contenido de la copa se derramó en el mantel.

—¡Buena suerte! —dijo alegremente la cubana—. Un bautizo de champaña para empezar es feliz augurio…

—Sí, querida, sí. Para un rato largo… puedes estar segura.

Ambos bebieron. Ella no dejaba de observarlo y comprendió que su admirador estaba muy próximo a embriagarse. Le fastidió aquello, pensando que había sido desacertada en escoger la noche para divertirse con él y reflexionó que no valía la pena aguantar la tediosa compañía de un borracho toda una noche. Su sobrada experiencia al respecto le dictó una decisión, pero antes de llevarla a efecto e iniciar el gesto de pararse y despedirse, su acompañante, como si hubiera adivinado lo que pensaba, se adelantó a su propósito y se levantó excusándose.

—Espérame un minuto, nena… Solo un breve instante. Vuelvo enseguida.

Sin esperar su contestación se dirigió a un reservado. Ella lo miró caminar un poco vacilante hasta que desapareció tras la puerta. De pronto sintió furia. Pensó dejarlo plantado y desaparecer antes de que regresara, pero volvió a dejarse vencer por el interés que Hurtado le despertaba y dominó su impaciencia. No separaba sus ojos del lugar por donde había desaparecido su admirador y a los pocos momentos lo vio salir.

La esbelta figura en traje de *smoking* resaltaba contra la blanca puerta. Ella admiró su apostura, pero él no se dio cuenta de que la mujer lo observaba. Se detuvo un breve instante; antes de seguir llevó una de sus manos a sus fosas nasales y luego aspiró con fruición. El rostro de Charlotte Renard sufrió un repentino cambio. Una sonrisa irónica distendió sus labios y comprendió. Su nuevo amigo había hecho un gesto muy conocido por ella, y que solo los grandes consumidores de droga hacen.

Cuando se acercó a la mesa, y tomándola del brazo la invitó a bailar, ella respondió secamente:

—No puedo bailar aquí. Además, debo marcharme enseguida.

—¡De ninguna manera, querida! No te me escaparás así como así. —Su voz era alegre y en sus ojos brillaba una luz de euforia.

—He dicho que no. Basta por hoy. Estás indecentemente borracho. Otro día será…

Hurtado lanzó una fuerte carcajada.

—¿Yo borracho? ¡Qué gracioso! ¿Qué te lo indica? Vamos, encanto, coge tus pieles y salgamos. Iremos a otro sitio.

—Es inútil, Rodolfo. No saldré contigo esta noche. Me…

No terminó la frase. Algo ocurría en el salón. Como si la vibración desagradable de una corriente eléctrica hubiera corrido por todos los presentes, una confusa agitación reinó en el ambiente. La orquesta detuvo la música y los bailarines, como si hubieran escuchado una orden, corrieron hacia las mesas para recoger sus cosas y salir de allí rápidamente. Pero los primeros que llegaron fueron repelidos bruscamente por tres agentes de la policía.

—Atrás, señores. Cada uno a su mesa. De aquí no puede salir nadie.

Rodolfo Hurtado soltó una maldición en voz baja. Charlotte palideció bajo el espeso maquillaje.

—¿Qué pasa? —dijo poniéndose en pie y con el abrigo de pieles apretado contra su pecho.

—No sé—murmuró el hombre—. No me explico esto. Pero de lo que no hay duda alguna es que tenemos que escapar de aquí sea como sea. ¿Hay alguna puerta posterior?

—Sí, pero seguramente está vigilada. De todos modos, creo que por mi camerino, saltando la ventana… Vente conmigo, salgamos por la puerta de la cocina.

Aprovechando la confusión del momento, la mujer corrió hacia el lugar por donde había entrado. Rodolfo Hurtado la precedió. Atravesaron un pasadizo y luego ella se detuvo ante una puerta. La empujó y entraron en la habitación. Estaba tal como la había dejado. Cerraron tras de sí y Rodolfo vio la ventana. Era un poco alta, pero podían pasar por ella. Buscó con la vista una silla y la

acercó. Ayudó a subir a la artista, quien pasó las piernas con agilidad y saltó afuera seguida del joven. Un "alto" dado por una lejana voz no les detuvo. La tomó del brazo protegiéndola y un estruendo de revólveres les anunció que habían sido descubiertos; sin embargo, ya estaban en la calle, y su automóvil, afortunadamente, lo había estacionado cerca. Jadeantes penetraron en este y cuando el hombre arrancó velozmente, la mujer apenas pudo balbucear:

—¡Nos salvamos de milagro! Si no hubiera sido por ti… En realidad, me equivoqué cuando creí que estabas borracho.

Rodolfo no contestó porque estaba pensando en lo sucedido.

—¿A qué se debería esa… visita de la policía? —preguntó la artista.

—¿Ah? Bueno…, me supongo que estaban efectuando una requisa. Seguramente les "soplaron" que allí hay una ruleta.

Un suspiro se escapó del pecho de la mujer.

—¡Qué mala suerte!… Entonces, a Carlo Ponti, el dueño, lo harán preso, ¿no?

—Sin duda alguna.

—¡Qué inesperada desgracia!, ¡caramba! A lo mejor me buscarán a mí también para tomarme declaraciones. ¿Sabes, Rodolfo?... Te agradecería que me llevaras de inmediato a mi casa. Este asunto me ha trastornado por completo.

—¡Oh!, no, Charlotte. ¡Por Dios! Vamos a divertimos un poco.

—No, Rodolfo. No podría, estoy en verdad preocupada. ¿Qué será de mi empleo ahora?

—Si estás contratada tienen que pagarte aunque no trabajes. Un buen abogado te arreglará ese asunto a satisfacción. Pero dime, nena, ¿no me permitirás subir a acompañarte? Después de este incidente, bien nos merecemos un trago juntos.

—Te he dicho que no me siento con ganas. Te agradezco todo lo que has hecho por mí y te prometo que nos volveremos a ver. Por ahora solo deseo ir a casa.

El joven no pudo convencerla, y a sus instancias la condujo a la dirección que ella le indicó. Minutos más tarde detuvo su automóvil cerca del edificio Naiguatá. Bajaron juntos del vehículo y Rodolfo tomó del brazo a la llamativa Charlotte. El trayecto hasta la puerta de entrada lo hicieron rápidamente. A esa hora la calle estaba poco transitada.

Cuando las luces del portal del edificio destacaron a la elegante pareja, dos rostros, que ansiosamente acechaban aquella entrada, se ocultaron buscando el refugio de las sombras dentro del pequeño vehículo, estacionado pocos metros más abajo.

VI

El edificio Naiguatá ocupaba toda una manzana. Constaba de varios pisos; el entresuelo se había dejado para negocios comerciales y estaba dividido por un amplio pasaje con salida hacia otra calle que daba a una plaza, y a la vez tenía estacionamiento privado. A mitad del pasadizo estaba la escalera y el ascensor.

Los inquilinos de los apartamentos, en especial los que tenían vehículo propio, solían entrar por la puerta de la plaza y los visitantes penetraban por el otro lado, aparcando sus automóviles en las calles cercanas.

Por ser una vía de mucho tráfico, Juanita y su amiga tuvieron que dar vueltas alrededor del edificio esperando pacientemente a que se desocupara un sitio, de acuerdo con sus planes, y al cabo de media hora lograron ubicarse a unos diez metros de la puerta principal y casi enfrente.

Rodolfo Hurtado estacionó su auto en la calle lateral que daba hacia una iglesia y, lógicamente, hizo el trayecto hasta la puerta que vigilaba su esposa, por lo que ella pudo verlo perfectamente cuando venía con la Renard.

El pasaje estaba solitario a esa hora, y cuando llegaron a la puerta del ascensor ambos se detuvieron.

—Hasta pronto, querido —dijo la mujer—. Gracias una vez más. Llámame al 26098, que es mi número privado.

Rodolfo notó que la mujer estaba ansiosa por retirarse. Su inquietud se hizo visible de pronto, y unos pasos que se sintieron claramente, y que venían de la calle, la hicieron volver el rostro, un

poco alarmada, hacia la entrada de la plaza. Él insistió en convencerla, pero ella se negó resueltamente.

—Pero, nena, ¿es posible que no me admitas en tu habitación aunque sea algunos minutos?

Charlotte oprimió el botón del ascensor y dijo:

—Te ruego, por favor, que te vayas, querido… Me siento cansada y nerviosa; hoy no podrá ser.

—¿Qué te cuesta? Es solo un momento —dijo Hurtado, aproximando su rostro al de ella.

En ese instante, la puerta del ascensor se abría y la linda rubia penetró en la cabina diciendo:

—Lo prometido es deuda. Llámame mañana. Me gustas más de lo que te imaginas y no dejaré de atenderte.

La puerta se cerró y Rodolfo quedó, por un instante, inmóvil. En el semblante del detective se reflejó una expresión de incertidumbre. No podía engañarse con respecto a la actitud de la artista; comprendió que le había agradado y que no era mujer que dejara escapar una oportunidad para divertirse. Solo un grave motivo tenía que impedírselo; un motivo inesperado, porque al principio ella estaba dispuesta a pasar la noche con él.

Hurtado giró sobre sí mismo y se dirigió a la salida que daba a la plaza. Atravesó la calle y, en vez de ir en busca de su automóvil, subió los tres escalones que separaban el parque de la acera, y ocupó un banco vacío que estaba semioculto detrás de unas plantas con flores. Allí estuvo abstraído en sus pensamientos, mientras sus ojos no se apartaban de la puerta del edificio por donde acababa de salir.

Cuando Charlotte insertó la llave niquelada en la cerradura de su apartamento, un suspiro de alivio escapó de su pecho. Sentía verdaderamente haber tenido que desairar a su nuevo amigo, pero las circunstancias imprevistas la obligaron a ello. Pensó, con cierta

amargura, que quizá más nunca le volvería a ver, a pesar de la frase prometedora de despedida y aunque sabía lo que él quería de ella.

Cuando la puerta se abrió, dejó a la vista un salón-recibo. Las luces, tal como las había dejado, estaban encendidas. Era una costumbre que había adquirido, no le gustaba llegar y encontrar todo a oscuras, sin saber quién podía ocultarse en las tinieblas para atacarla. Cerró la puerta y se dirigió rectamente al pequeño bar que estaba en un ángulo de la habitación. Cogió una licorera de cristal y vació en un vaso una buena cantidad de bebida. Mientas la tomaba, casi sin respirar, dejó que la capa de pieles se deslizara de sus hombros hasta el suelo. Cuando terminó de beber, colocó el vaso sobre la mesa. Recogió las pieles y las tiró sobre una butaca, y sintiendo en su organismo el agradable calor del *whisky* se echó en el diván. De pronto, sus ojos miraron la ventana. Un recuerdo vino a su mente y se puso de pie acercándose cautamente para observar. Un ceño de preocupación dibujó una arruga en su frente. Se acercó a la pequeña mesita donde estaba el teléfono. Abrió una gaveta y sacó un álbum de canciones. Lo hojeó rápidamente, luego lo cerró y lo colocó en su sitio. Levantó el auricular y marcó un número.

—Hola… Soy yo.

Esperó y luego respondió a una pregunta.

—Sí, como siempre. Pero hay algo más —repuso—. Ha habido "baile" esta noche… allá…

Otra pausa.

—Te contaré luego… ¿Qué debo hacer?... Muy bien. Salgo enseguida… Hasta luego.

Colgó y una repentina actividad se apoderó de ella.

Corrió al dormitorio y empezó a desvestirse. Se despojó del ceñido traje negro y lo colgó en su guardarropa. De allí sacó otro menos llamativo y un abrigo negro. Se puso ambas prendas. Se sentó al borde de la cama y se quitó los zapatos brillantes y de

altos tacones, cambiándolos por otros más cómodos. Consiguió un pañuelo de seda negra y cubrió sus blondos cabellos, anudándolo debajo de la barbilla. Pasó las cosas que tenía en su bolso de calle para una cartera grande de cuero. Unos anteojos negros sobre sus ojos completaron su atavío.

Al estar lista, se acercó a su tocador y se contempló en el espejo. Difícilmente parecía la misma y satisfecha de su aspecto se dispuso a salir.

Cuando llegó a la puerta recordó que faltaba algo y volvió a su habitación. Buscó en el tocador una cajita plástica que contenía muchas tachuelas de cabeza blanca, cogió una y después de apagar todas las luces —detalle que hubiera hecho pensar que no regresaría esa noche— salió afuera.

Cuando cerró tras de sí, clavó en la madera muy cerca de la cerradura el pequeño redondel que en la puerta pintada de blanco apenas se notaba. No tomó el ascensor porque lo vio ocupado y entonces bajó por las escaleras, con toda la rapidez que sus piernas le permitían. Avanzó corriendo por el pasaje y cruzó la calle velozmente, en dirección al estacionamiento donde estaba su automóvil.

Rodolfo Hurtado no la reconoció en un primer momento, pero de pronto se dio cuenta de que la mujer utilizaba un disfraz por algún motivo y su premura por huir le hizo disponerse rápidamente a seguirla. También él corrió en busca de su automóvil, pero la Renard le llevaba ventaja y cuando arrancó en la dirección que supuso había tomado, ya ella había desaparecido.

Juanita de López no permitió que Adriana saliera del automóvil, como deseaba, para correr tras su marido cuando lo vio acompañado de la Renard.

Le hizo una observación que detuvo el ímpetu de la otra cuando esta le manifestó, con voz indignada, que iba a bajarse para formarle un escándalo a su esposo.

—Pero, mujer, estás loca. No te conviene de ninguna manera eso. Ten paciencia y espera. Dentro de unos minutos, cuando estén dentro, subes. Y sabes lo que te he dicho: si ella te abre la puerta en vez de él, no permitas que cierre. Dale un empujón y penetra en el apartamento. Es la mejor forma, y así le estropeas el "número"; además te ve, que es precisamente lo que deseas para que se dé cuenta de que ya entre tú y él no habrá arreglo en el futuro. ¿No es eso lo que deseas?

—Sí, tienes razón —dijo la muchacha con los ojos brillantes y mortalmente pálida.

—Además —continuó la viuda con suficiencia—, si adelantas los acontecimientos, tratando de intimidarlo con un escándalo en la calle, perderás la mejor oportunidad de tu vida en darle una lección en el propio sitio donde tiene sus relaciones clandestinas. Los hombres son muy vanidosos y perdonan todo menos que los pongan en ridículo, y un espectáculo de esta naturaleza, en plena calle, puede traer consecuencias muy desagradables. No sabes tú cómo reaccionará él o esa mujer vulgar. No, Adriana, tienes que ser más lista y hacer las cosas bien, sin que los demás se enteren y se burlen de ti… Caramba, pero se me acaba de ocurrir algo. ¿Qué hora tienes en tu reloj?

—Falta poco para las doce de la noche.

—Es temprano —dijo con aire intrigado—. ¡Qué curioso! —exclamó—. Generalmente, ella termina su número a las once y media, pero regresa a la una o dos de la madrugada. Posiblemente, no hubo espectáculo esta noche o salió antes de lo que acostumbra por el interés de estar con tu marido el mayor tiempo posible. No hay que negar que esa tipa se las trae y que Rodolfo está bien enamorado de ella —murmuró para sí.

En el rostro de Adriana se asomó la cólera y se irguió movida por un impulso de ira incontenible. Miró a su amiga y le dijo con voz agresiva:

—¡Basta, Juanita! ¡No me hostigues más! Casi parece que gozaras con mi desgracia. ¿Qué te propones con ello?

—¡Oh!, no digas tonterías, mujer —replicó malhumorada—. No son mis intenciones el incitarte a hacer lo que desde un principio tú decidiste, a pesar de que te aconsejé lo contrario. No estoy inventando nada para hacerte sufrir. ¡¡Qué necedad!! ¿Se te ocurre decir eso, cuando lo acabas de ver con tus propios ojos?

La joven no respondió a estas palabras. Estaba sentada al lado de su amiga y su mano asía la manilla de la portezuela. En su otra mano tenía la llave de su casa, la cual llevaba tan fuertemente apretada que le ocasionaba dolor. De pronto, le dijo a la otra:

—Guárdame la llave. Han pasado veinte minutos y voy bajar.

Juanita la tomó y le dijo:

—Ten cuidado, querida. No te olvides de mis instrucciones.

—No te preocupes —respondió la muchacha fríamente.

Juanita la vio atravesar la calle y perderse al entrar en el pasaje. Instintivamente, alzó los ojos hacia la ventana del apartamento de la Renard y en ese preciso momento vio que se apagaban las luces. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su cara.

Siguiendo las indicaciones que le había hecho la viuda, la muchacha avanzó buscando el ascensor. Ya en este, oprimió el primer botón y en pocos segundos la puerta se abrió y en todo el frente vio el número dos que se destacaba brillante en la blanca puerta. Unos pasos que bajaban rápidamente la escalera la hicieron detenerse un instante, pensando, en un primer momento, que era alguien que subía. Esperó hasta convencerse de que el ruido de aquellos pies que taconeaban se perdía en la lejanía.

Con gesto nervioso, sintiendo las manos heladas, se dirigió a la puerta y oprimió el timbre. Nadie respondió. Una y otra vez tocó impaciente, oyendo el repique, y con la creencia de que su esposo estaba dentro con su rival, acercó su oído a la puerta para ver si captaba algo de lo que sucedía en el interior. Ni el menor ruido se escuchaba. Su imaginación la enloqueció. Sin prever las consecuencias de lo que hacía, golpeó con los puños. Nada le importaba en ese momento. Pensaba que de alguna manera tendrían que salir los que adentro se ocultaban y sin pronunciar la menor palabra continuó golpeando como una insensata. El ruido despertó a uno de los inquilinos del apartamento vecino. Una puerta se abrió y un hombre en pijama, con una bata puesta encima, se asomó a ver lo que pasaba. Ella no lo advirtió. Había perdido los estribos y estaba como loca dejando caer su puño una y otra vez fuertemente; de pronto, una voz la hizo volver el rostro.

—¿Qué es lo que pasa, jovencita? ¿Qué escándalo arma usted ahí? ¿No se da cuenta de que en ese apartamento no hay nadie?

Adriana se quedó inmóvil. No quería hablar para que su esposo no reconociera su voz. Se acercó al hombre que la interpelaba y le dijo susurrando:

—Por favor, ayúdeme usted. Se lo ruego. Sé que hay gente adentro y no me quieren abrir. Es de suma urgencia que me atiendan.

El hombre se dio cuenta de que la muchacha tenía tal tensión nerviosa que se acercaba a la histeria. Trató de convencerla suavemente para que se marchara.

—Está usted equivocada, joven. Le repito que dentro no hay nadie. Si no, ya le hubieran atendido con todo el ruido que ha hecho. ¿No lo comprende?

—El que no comprende es usted, señor. Esa puerta me la abrirán aunque se venga el cielo abajo.

Estaba enfurecida, dio media vuelta y comenzó de nuevo a dar puñetazos en la puerta. El individuo cambió su actitud de pasividad por otra de decisión. Se acercó a Adriana y cogiéndola de un brazo dijo ásperamente:

—¡Oiga! ¡Escándalos aquí, no!... Salga inmediatamente o llamo a la portería para que la saquen. Escoja otro momento, cuando no moleste a los que duermen.

La muchacha se debatió para zafarse de la mano del hombre y se quedó mirándolo como si no comprendiera. Luego, súbitamente, sin decir una palabra, un poco atemorizada, quizá por aquellas palabras y las maneras violentas del individuo, giró sobre sí misma y se dirigió hacia las escaleras. Se sentía confusa, avergonzada y, al mismo tiempo, defraudada por no haber logrado lo que deseaba. Iba tan abstraída que en el momento de poner el pie en el último escalón, un individuo, que venía en sentido contrario velozmente, tropezó con ella. Dio un traspiés y fue sostenida por una mano musculosa. Los dos rostros quedaron muy cerca por un breve instante. El desconocido tenía una gran cicatriz que le cruzaba la frente y se perdía en el áspero cabello cortado como un cepillo.

—¿Anda borracha, hermana, que no ve por dónde camina?

La voz áspera tenía acento extranjero, y sin esperar respuesta, la hizo a un lado y subió a grandes saltos la escalera.

El incidente no la preocupó. En verdad que se sentía como si estuviera ebria.

Sus pensamientos eran un torbellino y maldecía su mala suerte por no haber logrado su empeño en descubrir a su marido, para definir la situación de una vez por todas. La sublevaba la idea de que este se saliera con la suya y en su trastorno reflexionó que, a pesar de lo ocurrido, ella le plantearía esa misma noche su decisión de abandonarlo. Venía dominándose desde hacía muchos días y ya no podía resistir más. Pronto hizo el recorrido que la separaba de la

calle. Al llegar, la atravesó y avanzó por la acera hasta el automóvil donde la esperaba su amiga.

Abrió la portezuela y se sentó. Juanita estaba reclinada sobre el volante con el rostro sobre este. Pensó que se había quedado dormida esperándola.

—¡Juanita, despierta! Vámonos enseguida. Todo se ha perdido. Rodolfo es demasiado astuto. No quiso abrir la puerta.

La viuda no respondió a sus palabras. Ni siquiera se movió. Adriana le puso la mano en el hombro y le palmeó la espalda suavemente.

—Vamos… que es tarde y puede salir de un momento a otro. No es conveniente que nos dilatemos.

Silencio absoluto. Adriana pensó que la viuda bromeaba haciéndose la dormida y entonces, bruscamente, la sacudió. El cuerpo de la mujer, que se apoyaba en el volante, se deslizó flácidamente y cayó con el rostro hacia abajo, sobre sus piernas. La muchacha, en un primer momento, no comprendió; sin embargo, con súbita corazonada le dio vuelta a la cara de su amiga y notó que el cuello estaba flojo como el de una muñeca rota. Los ojos miopes de Juanita la miraron vidriosamente detrás de los anteojos. Estaban abiertos pero inmóviles. Y de repente, llena de horror, Adriana se dio cuenta de que lo que tenía en sus piernas era un cadáver.

VII

Sería interesante conocer las diferentes reacciones que en un momento de pánico indescriptible pueden ocurrir en el cerebro de una persona. Resulta trágico el modo y la rapidez con que esta, ajena por completo a un golpe tan imprevisto, pierde del todo el dominio de sí misma. Porque en milésimas de segundos, los pensamientos acuden y envuelven en un torbellino de locura al individuo, y la mente, conturbada por el *shock* de la sorpresa, paraliza momentáneamente la acción inmediata.

Adriana sintió que su cabeza giraba, flotando sus ideas en un mar de angustias y pavor. Inmóvil, con los ojos desorbitados, contemplaba aquellos otros sin vida que la miraban desde un mundo remoto y lejano. No le era posible comprender por qué estaba muerta su amiga y empezó a temer que no tuviera fuerzas para dominar el profundo decaimiento que la iba invadiendo por momentos. Cerró los ojos un instante. Sintió que iba a desmayarse, pero, haciendo un esfuerzo sobrehumano, con los músculos de su cuerpo en tensión, logró dominar la debilidad que la invadía. Poco a poco, su cerebro empezó a emitir señales de advertencia, y un automóvil que pasó raudo al costado del vehículo, la indujo a reaccionar y a pensar con más lucidez. ¿Qué pasaría si la descubrían con un cadáver sobre sus piernas?... No cabía la menor duda de lo que tenía que hacer: huir de inmediato. Salir y correr en busca de un automóvil de alquiler que la condujese a su casa. Pero… ¿era esa una medida que podría salvarla? Debía ser casi la una de la madrugada y tomar un "carro de plaza" a esa hora, sola y sin dinero con qué pagarlo, era una locura.

"Rápido… rápido, piensa —le dictaba su mente—. Quizá tu amiga no esté muerta, como imaginas, y aún puedes salvarla si la llevas a un puesto de emergencia para que la auxilien". Ante lo que acababa de ocurrírsele, la muchacha deslizó su mano, que temblaba, sobre el pecho de Juanita tratando de captar los latidos de su corazón. No sintió la más leve palpitación que denotara que había vida. Sin duda alguna, estaba muerta y la ciencia médica nada podía hacer por ella. "Pero no debes abandonarla… Recuerda lo buena que fue contigo, cómo te ayudó y acompañó… Ahora te toca a ti hacer algo en su favor". Sí, eso era lo que tenía que hacer. Llamar a alguien en su auxilio, al próximo automóvil que pasará por allí. No podía gritar reclamando ayuda porque no le convenía que su esposo, ante la alarma que se suscitaría, interviniese.

Esperó un momento. De pronto comprendió que no podía hacer lo que su trastornada mente le dictaba. Presentarse en un puesto de emergencia con una mujer fallecida en circunstancias misteriosas, sin poder siquiera explicar cómo y por qué andaban juntas a esa hora, qué hacían y cómo había ocurrido aquello significaba, sin duda alguna, la cárcel hasta que el enigma fuese aclarado. En ese momento no pensó en que su esposo también podría ser complicado en un asunto por demás desagradable, y que por ella podría perder su posición para siempre, sino en el horror de ser encerrada, sin poder defenderse, explicarse… No, de ninguna manera, no podía hacerlo.

Con cierto natural egoísmo pensó que Juanita estaba muerta y que no podía sacrificar su vida entera por un "gesto" caritativo de última hora que nadie comprendería y que solo le acarrearía trastornos sin cuento en el futuro. Ninguna persona sabía que ellas habían salido juntas esa noche. Súbitamente, reflexionó en la gran suerte que había tenido de que su esposo no le abriera la puerta. Este pensamiento la hizo sentir un escalofrío por todo su cuerpo. ¡Qué horribles complicaciones habría traído el simple hecho del que tanto

se lamentó que no ocurriera! Él estaba muy cerca, quizá diciéndole dulces palabras de amor a otra mujer, ajeno por completo a lo que a ella le ocurría. Se asombró de no sentir celos en ese momento y meditó que, a pesar de todo, había tenido suerte, pues si lograba escapar del horror que inesperadamente la había atrapado, su marido nunca debía enterarse de lo sucedido. Adoptó una decisión que consideró la más apropiada. Empujó el cuerpo de Juanita y lo dejó caer entre el asiento y el piso del auto. La desdichada mujer era muy delgada y pequeña y quedó oculta, aunque sus piernas obstaculizaban el sitio en donde se encontraban los pedales del freno y el acelerador. Antes de bajarse esperó un instante, asegurándose de que nadie venía por la calle y la vía estaba libre de automóviles. Abrió rápidamente y corrió dando la vuelta al vehículo. Cuando abrió la otra puerta tuvo que doblarle las piernas al cadáver, el cual quedó agazapado debajo del asiento. Ella ocupó el puesto ante el volante y encendió el motor. De vez en cuando pasaban los automóviles muy cerca, velozmente. Trató de apresurarse y enseguida se dio cuenta de que no le sería fácil poner en movimiento el vehículo. Este era de un modelo muy anterior al suyo, su cambio era por medio de palancas y solo se había acostumbrado a manejar los modernos hidromáticos. Su mismo estado nervioso le impedía actuar con serenidad y empezó a luchar con el embrague, sin acertar a ponerlo en neutro. Temía la joven que algún gentil chofer, al verla en apuros, se detuviera para ofrecerle ayuda y cada vez que advertía por el espejo que un auto venía por esa calle, se ocultaba rápidamente hasta que pasara, y empezaba de nuevo. Bajaba la palanca, la subía, sin recordar que había que embragar primero para meter las velocidades. Un sudor helado le cubría la frente.

—¿Qué haré?, ¡Dios mío! —exclamó angustiada.

Sus ojos miraban hacia la puerta del edificio, con el temor de que su esposo pudiera salir por ella. De pronto, se le detuvo el corazón.

En el umbral acababa de aparecer un individuo. Al primer momento creyó, por su alta estatura, que era Rodolfo, pero luego se fijó y se dio cuenta de su error. De todas maneras, el hombre miraba hacia ella y una profunda estupefacción se pintó en su fisonomía. A la muchacha le pareció reconocerlo. "'Sí —se dijo—, es el mismo con quien me tropecé en la escalera". Inesperadamente, el hombre echó a correr hacia ella.

"Viene hacia acá… ¿Qué se propone?... Tengo que hacer marchar el auto o si no estoy perdida".

Luchó nuevamente. El hombre, antes de cruzar la calle, tuvo que detenerse porque un automóvil pasaba en este instante. Y en ese preciso momento, casi milagrosamente, el vehículo respondió a su intento. Hundió el pie en el acelerador y el auto dio un salto y salió veloz ante los asombrados ojos del individuo, que tuvo que apartarse rápidamente para no ser atropellado.

No era el momento para pensar en cosas que le parecieron baladíes, al lado del tremendo problema por solucionar que tenía en ese instante y no se detuvo a hacer reflexiones de por qué el desconocido había corrido hacia ella en aquella forma.

El macabro viaje comenzó. El edificio estaba ubicado en una calle principal a dos cuadras de la avenida Urdaneta, y al llegar al final dobló tomando por esta, pensando en dirigirse hacia San Bernardino, que no quedaba muy lejos y en donde estaba situada su casa. Inconscientemente tomaba esa vía, sin recordar el mucho tráfico que había, a pesar de la hora, y el peligro que involucraba su falta de previsión, en caso de que el auto que conducía sufriera, por falta de conocimiento en su manejo, algún inconveniente.

Afortunadamente hizo el recorrido hasta la esquina por donde debía doblar para penetrar en la urbanización y siguió recto en dirección al Centro Médico. Trataba de meditar con toda la serenidad posible. A medida que corría por las alumbradas calles pensaba en

lo sucedido: "¿De qué habrá muerto?... Parecía tan bien de salud; ninguna anormalidad le noté después de bajarme del automóvil. Todo lo contrario —se decía la trastornada Adriana—, estaba en perfectas condiciones mentales y físicas. Pero… y el cuello, ¿por qué lo tiene flojo, como desprendido? ¿Quién le propinó el golpe y por qué motivo?".

Y de pronto la verdad, luminosa, como aquellos grandes avisos de neón que velozmente pasaban por su lado, se destacó claramente en su mente: "¡Asesinada!". Esa era la verdad. Juanita de López había sido golpeada en una calle transitada constantemente, por un audaz asesino y en el breve lapso en que ella la dejó en el automóvil hasta su regreso.

Sus preguntas no tenían respuesta: "¿Por qué la mataron? ¿Quién lo hizo?".

Un estremecimiento de horror la recorrió por entero, al pensar que si ella se hubiese detenido un rato más, quizá habría sido también víctima … "Pero ¿por qué no gritó? ¿Es que acaso fue todo tan violento que no tuvo tiempo de pedir auxilio?".

Mientras trataba de encontrarle al misterio una apropiada solución, se iba adentrando más y más en la urbanización. Dejó atrás el Centro Médico y tomó por calles de menos circulación. Una patrulla policial pasó por su lado. Ella prosiguió aparentemente tranquila, pero pensando que se hacía necesario proceder rápidamente. No deseaba alejarse mucho de su casa, ubicada cerca de la Plaza Estrella, y tampoco podía abandonar el automóvil muy cerca de esta. La idea que poco a poco su mente había elaborado era la de dejar el vehículo en un sitio poco transitado y luego, valiéndose de sus propias fuerzas, bajar a pie hasta su casa. El plan no dejaba de ser expuesto, pero era el más lógico y seguro, por lo que aminoró la velocidad y dobló por una calle, la cual sabía que era lo bastante solitaria y, por lo tanto, se prestaba a sus fines.

Detuvo el automóvil a poca distancia de una residencia que estaba a oscuras. Esperó el tiempo que le pareció suficiente, y al asegurarse de que podía salir sin peligro alguno, abrió la portezuela y se bajó echando a correr rápidamente en dirección contraria.

Tac, tac, tac… sonaban sus tacones en el pavimento, como si la persiguieran. No volvió ni una sola vez la vista hacia atrás. Solo le interesaba, en su carrera desesperada, aumentar la distancia entre ella y aquel cadáver que se enfriaba en el piso del automóvil.

Al recorrer los cien primeros metros, pronto se orientó, calculando la mejor manera de llegar hasta su casa, procurando, en lo posible, tomar por calles solitarias.

Miró su reloj. Era la una y media y pensó que si nada obstaculizaba su huida, podría llegar a eso de las dos, quizá antes de que su marido regresara y advirtiera su ausencia.

La urbanización era muy grande y se había alejado, al menos, doce cuadras de su residencia. Al avanzar las dos primeras cuadras, el cansancio la hizo detenerse para tomar aliento. Calculó que ya podía andar más despacio y empezó a caminar sin notable apresuramiento.

"Tres cuadras", se dijo, un poco más tranquila, aunque el riesgo inminente no había pasado. Existía el peligro de los choferes de autos de alquiler o particulares que regresaban a sus casas a esa hora y que al verla podrían importunarla. Este pensamiento la aterraba y aunque pudiera huir y escapárseles, estos la identificarían más tarde, a la hora de una investigación. Por ello, cada vez que veía las luces de un vehículo o sentía a su espalda el ruido de un motor, se ocultaba rápidamente a la sombra de un seto o se aplastaba contra un muro para pasar desapercibida. Recordó también que no hacía mucho había visto una patrulla vigilando ese sector, y que si la veían sola a esa hora de la madrugada la detendrían inmediatamente. "Seis cuadras". Estaba extenuada. Se detuvo para quitarse los zapatos, porque los altos tacones la cansaban más, y con estos

en la mano prosiguió su camino. Cuando divisaba la figura de alguna persona que venía en su dirección, se desviaba de su ruta para evitarla, alejándose momentáneamente de su punto de destino. No tenía costumbre de caminar mucho y los pies le ardían. Al doblar una esquina tropezó con un individuo que venía dando traspiés. El hombre, al verla, trató de agarrarla, pero ella le dio un empujón y echó a correr con el corazón latiéndole furiosamente. El ebrio no se molestó en seguirla. Trastabilló un poco, soltó una fea palabra y prosiguió zigzagueante su camino.

Al fin, muerta de cansancio, la pobre mujer divisó la esquina por donde debía doblar para llegar a su casa. Estaba exhausta, sin embargo, no se detuvo hasta llegar a la verja de su pequeño jardín. Con mirada ansiosa vio hacia las ventanas, pero la casa permanecía a oscuras y reinaba un absoluto silencio. Comprendió que su esposo no había llegado y se sintió, al fin, segura. Subió los tres escalones que conducían al vestíbulo, se acercó a su puerta y de pronto recordó… ¡Su llave la había dejado en poder de Juanita, cuando fue a acechar a su esposo!

VIII

El nuevo inconveniente no la desalentó, pues pensó que podría entrar despertando a la mujer de servicio, que dormía en el último cuarto, y quien, seguramente, no había notado su ausencia. Dio una vuelta por el costado de la casa en donde estaba la salida de servicio y al llegar a la puertecita tocó varias veces con los nudillos. Al cabo de unos minutos, la muchacha abrió y al reconocerla se quedó sorprendida.

—¿Cómo, misia? ¿Usté?... Yo me creía que estaba dormida desde hacía tiempo. No la sentí cuando salió.

—No he salido, Teresa. Me asomé a ver si regresaba Rodolfo y la puerta se me cerró.

—¿Y entodavía no ha llegao el señor? ¡Caramba, misia!, usté se preocupa demasiado… y es tardísimo. Toítas las noches es lo mismo. No quiere dormirse hasta que no llega. ¡Eso le va a hacé mal!

La mujer no sospechó que Adriana le mentía. Aceptó la explicación e hizo sus comentarios al respecto, pero la señora de Hurtado estaba ansiosa por llegar a su habitación y acostarse, y cortó la charla bruscamente.

Cuando penetró en su estancia, tibia y acogedora, encendió la lámpara. Su cama, blanda y mullida, la esperaba. Procedió a desvestirse rápidamente; ocultó en su escaparate el traje que se había quitado y luego se puso su camisa de dormir. Se acostó y apagó la luz.

En el silencio nocturno se escucharon las campanadas del reloj. Las dos de la mañana. Le parecía imposible que hubiera podido escapar de los peligros que había corrido esa noche, y al recordar

los ojos vidriosos de Juanita, un pánico ciego se apoderó de ella. Le parecía verlos brillar en la oscuridad y cerró los párpados, pareciéndole que si continuaba por mucho tiempo sola se volvería loca de terror. Anheló, como nunca, que Rodolfo regresara pronto; tendría que hacerse la dormida, como siempre, pero el simple hecho de sentirlo cerca calmaría sus nervios sobreexcitados. Trató de rechazar el obsesionante recuerdo y vino a su mente el terrible momento en el que solo pensó en sí misma, sin preocuparse de más nada.

Comprendía que su deber para con la viuda que la había acompañado y ayudado en todo momento, cuando se encontraba trastornada por su problema, era el de haberle prestado los últimos auxilios; deseaba con toda su alma haber tenido valor para enfrentarse con los hechos, pero en ese desconcertante momento, el impulso de escapar y salvarse fue más fuerte que sus buenos propósitos. Después de todo, nada hubiera podido hacer para ayudarla. A la joven le dolía tanto la cabeza, que le costaba reunir con calma sus pensamientos; reconocía que se había portado cobardemente, pero, en suma, ¡mientras nunca se supiera aquello! Solo Juanita podía delatarla, pero estaba muerta y los muertos no hablan. A pesar de sus razonamientos, allá, en una célula alerta de su cerebro titilaba una luz roja. "¿Y la llave de tu casa?... ¿Sabes dónde se quedó? La tiene ella, para acusarte en el momento oportuno… para vengarse de esa forma de ti por haberla abandonado".

—¡Oh!, no… Dios mío —rezó la joven aterrorizada de nuevo—, perdóname por haber sido débil y cobarde, pero no podía hacer otra cosa…

Las notas del reloj la sobresaltaron. "Las tres —se dijo asombrada—. Qué rápido pasa el tiempo y qué raro que Rodolfo no haya llegado aún". Sentía urgencia de él, de reconciliarse, de contarle todo y descansar en su hombro confiadamente para que resolviera por ella el agudo misterio. Ya no se acordaba de sus celos ni de la

causante de ellos. Charlotte Renard se esfumaba en su mente ante el imprevisto drama ocurrido hacía pocas horas. El corazón humano, en especial el corazón femenino, es susceptible a volubles cambios, particularmente cuando una emoción más fuerte que la que pudo haberlo sobrecogido anteriormente, atropella y desplaza a la otra.

Hacía muy poco tiempo, apenas unas horas, sentía odio por el hombre que tan pérfidamente la engañaba y en ese momento solo deseaba tenerlo cerca, apreciándolo en toda su valía, y reconociendo que la verdadera seguridad y apoyo que tenía residía en él, para todas las contingencias gratas e ingratas de la vida. Ya no le importaba su traición, que la otra fuese más bella y lo cautivase con sus encantos. Estaba decidida a perdonarlo y a demostrarle con el nuevo cambio de actitud que adoptaría en adelante, que no había en el mundo mujer, por más seductora que fuese, que lograra quitarle su cariño. Lucharía por arrancarlo de las manos de la peligrosa sirena sin que él lo advirtiese, sin decirle nada de lo que sabía con respecto a su desvío. Y se hizo el propósito de cambiar su actitud hostil por otra más cariñosa, desde el día siguiente. Además, Adriana no era tonta.

Si por primera vez razonaba sensatamente no era debido si no a que, bien sabía ella, en los futuros acontecimientos que podrían presentarse, sin el apoyo de su marido estaría perdida. Desde luego que para sus planes contaba con ocultarle deliberadamente lo ocurrido y como estaba segura de que era imposible relacionarla con el asesinato de Juanita, él no tenía por qué enterarse de tan horrible asunto. Estos pensamientos consoladores impusieron a su ánimo una relativa tranquilidad. Ot ra hora más pasó y la joven continuaba hilvanando ideas, propósitos y buenos proyectos para calmarse. Sus oídos en alerta sintieron, de pronto, el roce inconfundible de los cauchos del automóvil que se deslizaba en el garaje. “¡Por fin!”, se dijo llena de tranquilidad.

Como todas las noches, Hurtado penetró en su hogar sigilosamente.

La misma escena se repitió a oscuras una vez más. Adriana seguía con su imaginación los movimientos que hacía al desvestirse. Sintió cómo se sentaba en la butaca en donde siempre le dejaba a su alcance el pijama. Cuando se quitó los zapatos. Cuando se despojó del saco y luego de los pantalones. De pronto, algo sonó. Pensó que al tirar la prenda se le había caído una moneda del bolsillo. "Ahora encenderá luz ahora para buscarla", se dijo. Pero a su esposo poco pareció importarle la pérdida, porque terminó de desvestirse y luego, en las tinieblas, se dirigió a su lecho y se acostó. Pronto se quedó dormido mientras Adriana seguía sin poder pegar los ojos. Su miedo se desvaneció al sentirlo cerca y, súbitamente, algo curioso pasó con sus emociones. Su corazón, con todo lo ocurrido, se había quedado seco como una fruta pasada. Solo había pensado en ella. Y de sus ojos no salió una lágrima por la amiga muerta, como si se hubiera quedado sin posibilidades de reaccionar al sentimiento. Pero al hallarse segura, sintió en el alma una punzada de pena al recordar a la desventurada mujer que yacía sola, encogida y rígida en el piso del automóvil, sin que nadie musitara para ella una última oración. Sus labios se movieron suavemente. Una temblorosa plegaria se alzó por el alma de Juanita de López y un sollozo sofocado a tiempo por la almohada fueron sus funerales.

Cuando el sol despejó con su alegre llegada las tinieblas de la habitación, espantó también los tétricos pensamientos que no la dejaran conciliar el sueño un solo instante.

Como de costumbre, se levantó temprano para ocuparse del desayuno de su esposo y cuando llegó a la cocina, ya Teresa tenía montada el agua para el café y sacaba del horno las arepas que despedían su grato olor característico.

Le dio los buenos días y con deliberado disimulo le tocó el punto sobre lo ocurrido la noche anterior. Esto dio oportunidad a la mujer

para satisfacer del todo su curiosidad y ella le relató con naturalidad la mentira que había preparado.

—Solo me preocupa que Rodolfo —aclaró con insistencia— sepa que yo me quedo hasta altas horas despierta, esperándolo. Pero no puedo dominar mi ansiedad y anoche, como nunca, me sentí preocupada. No quise desvestirme y a cada momento me asomaba a la puerta a ver si regresaba. No me gustaría que él se enterase, se pondría furioso. Porque siempre me advierte que no le espere y me acueste pronto. Sería conveniente, Teresa —añadió con indiferencia—, que no mencione ante él lo ocurrido anoche… Figúrese su disgusto si sabe que la puerta se me cerró y me quedé afuera a las dos de la mañana.

—¡No se preocupe, misia! Conozco bien al señor y sé lo desconfiao que es… Hasta podría imaginarse ¡quién sabe qué cosa! —exclamó soltando una risita irónica.

Adriana captó la malicia, pero se hizo la que no había comprendido. Todavía le quedaba algo que decir y, aunque la respuesta de la mujer le había molestado, se dominó y prosiguió con voz tranquila:

—Hablando de otra cosa, Teresa, también quiero advertirle algo. Usted debe haber notado que a Rodolfo no le agrada mucho que me visiten mis amigas de soltera. Y en especial la pobre Juanita, por lo que no me gustaría que él supiera que ella viene con frecuencia.

—¡Ah!, ¡si lo he notao yo también! —exclamó—. Y tan güena que es la pobre misia Juanita. Hace algunos días sí que me pude reí con una ocurrencia del señor… Etaba usté mal humorá por su tardanza en la noche y le formó un zaperoco. Yo etaba poniendo la mesa y él se acercó y me dijo: "¡Hum!... Todo esto me huele a consejitos de la 'lechuza'. Teresa, ¿desde cuándo no viene por aquí esa vieja loca?". Yo me eché a reí. De verdá que se parece misia Juana a una lechuza. Al momento comprendí de quién hablaba y pa no buscá ma pleito le dije que hacía tiempo que no venía… Hice bien, ¿no?

—Claro que hiciste bien. La señora de López es mi amiga y no me agradaría que nadie le hiciera un desaire en mi casa. Ya ve usted, Teresa, que tengo razón en lo que le digo. En caso de que él vuelva a preguntarle, responda que hace tiempo no la ha visto venir aquí. ¿Entendido?

—Sí, misia. No fartaba más. A mí no me cae mar la pobre misia Juana. Pero los hombres son má que maniático en sus cosas, y ese marío suyo e deconfiao como güen policía que e.

Adriana puso punto final a la conversación tomando del aparador unas tazas y pasando al comedor para arreglar la mesa. Luego penetró en su habitación y se acercó silenciosamente a la cama donde reposaba su esposo.

Un rato largo estuvo contemplándolo. Huellas profundas de cansancio se dibujaban en su rostro. Un repentino impulso la hizo inclinarse y depositar un beso en su frente. Al sentir el fugaz roce, un estremecimiento recorrió el cuerpo del hombre. Abrió los ojos, y al verla tan cerca, una soñolienta sonrisa contrajo su boca. Se sintió feliz de que ella buscara la reconciliación; y sin rencor por su parte, alargó un brazo y la obligó a sentarse cerca de él. La miró un rato y luego dijo con acento jovial:

—¡Qué bien, señora mía! ¡Qué bien!... ¿Se cansó la reina de mi corazón de estar brava con su marido? —Ella sonrió cariñosa—. Pues, señora, no se imagina la sorpresa que me produce su actitud. ¿Hasta cuándo pensaba tenerme castigado?... Créame usted que me ha hecho sufrir mucho. Ante su comportamiento, ya había pensado mudarme a otra parte donde me quisieran más.

Se chanceaba cariñosamente y de pronto ambos soltaron una carcajada. Adriana dijo a su vez:

—Pues, querido, creo que ya no es necesario que te mudes. Y aunque no lo creas, no puede haber en el mundo quien te quiera como yo. Así es que te queda para rato el tener que verme la cara

por mucho tiempo… A ti y a mí no nos separa nadie. Bueno… a levantarse. ¿Sabes la hora? Es tardísimo.

Rodolfo se estiró perezosamente. Se quejó y volvió a arroparse de nuevo.

—¡Qué flojera!... Si no fuera porque tengo tantas cosas que hacer hoy, de buena gana me quedaría durmiendo toda la mañana.

—Pero, hombre, quédate, yo avisaré que estás enfermo,

—No, hija, imposible, no puedo. Si supieras lo que tengo que hacer no me incitarías a quedarme. ¿Sabes a qué hora regresé esta madrugada?

—No —mintió Adriana—, ni siquiera te sentí.

—Pues, querida, a las cuatro y media. Estoy agotado de cansancio. ¡Me tocó una nochecita de pronóstico!

—¡Ah¡, ¿sí? —respondió la joven con cierta ironía—. ¡No lo dudo ni un momento!

—Aunque no lo creas, ha sido una de las más duras que he tenido últimamente. Claro que eres poco comprensiva y no quieres entender que me debo a mi profesión y tengo mil responsabilidades a mi cargo. Creo que lo único que nos hace falta para ser completamente felices es que cambies tu manera de ser. No sabes lo ingrata que te me haces algunas veces, cuando regreso exhausto buscando la tranquilidad y la paz de mi hogar y me encuentro que me tienes preparada una mala cara y una interminable discusión.

—Pero, querido… No puedo negarte que tienes razón. ¿Pero qué mujer en el mundo no le reclama a su marido estas cosas? Yo procedo igual. Te quiero y por eso te celo. Además, me preocupa pensar que te ocurra algo malo… Sin embargo, ya habrás notado que hace tiempo no te digo nada.

—¡Hum!... Algo te traerías con eso —dijo el suspicaz detective—. Te convencerías de que actuabas conmigo injustamente y te

has vuelto mansa como una ovejita. ¡Si te conoceré yo! —exclamó riéndose.

Adriana no respondió. Una fría sonrisa se dibujó en su cara. En el fondo, pensaba que Rodolfo era temible y no convenía proseguir la conversación. Ya se iba a marchar cuando este la retuvo y con un gesto súbitamente grave en su rostro le dijo:

—Adriana, quiero preguntarte algo. Medita bien antes de responderme, pues me interesa saberlo con certeza. Me ha sido confiado un misterioso caso y creo que podrías ayudarme con tu contestación y tus deducciones. ¿Desde cuándo no viene a visitarte Juanita de López?

Suerte fue para Adriana que en la estancia reinara una suave penumbra, porque así Rodolfo no podía advertir la mortal palidez que cubrió su rostro.

—¿Juanita de López? —apenas pudo balbucear—. ¿Qué ha pasado con ella?

—Respóndeme primero y luego te digo. Me interesa muchísimo ese detalle, además de cualquier cosa que sepas de su vida íntima. Por ejemplo: ¿quién la visitaba?, si tenía algún pretendiente, si en sus conversaciones te confió alguna vez que acudía a algún sitio especial… Bueno, piensa qué puedes decirme al respecto; es para mí muy importante saber cualquier cosa de ella y lo que me digas me ayudará mucho.

La joven tuvo tiempo de sobreponerse, un poco antes de contestar.

—Pero ¿a qué viene todo esto?... ¿Está acaso Juanita en algún apuro con la policía?... ¿Le ha sucedido algo?...

Rodolfo interpretó la alarma que había en su voz como consecuencia lógica a los preliminares de su pregunta.

—Vamos, mujer. ¡No seas curiosa! Habla pronto y después te explico.

Rápidamente, Adriana compuso la mentira. Rodolfo ignoraba que Juanita había estado recientemente en la casa y atenida a eso respondió:

—Hace como dos meses que no la veo. La he llamado por teléfono varias veces, extrañada por su larga ausencia y nunca me responde. Llegué a pensar que a lo mejor estaría fuera de Caracas y que me avisaría al regresar. Referente a su vida íntima, sé tanto como tú. Bien sabes que jamás la visitaba y no conozco sus amistades. Pero no creo que la pobre pensara nunca en enamorarse de nuevo. Sufrió en su primer matrimonio… Además, era tan vieja y fea —exclamó convencida—, que difícilmente podría inspirar, con su cara y edad, amor a ningún hombre.

—¿Era? ¿Por qué hablas de ella como si se hubiera muerto?

Trató de componer el error y añadió con presteza:

—¿Dije "era"? No me di cuenta. Tus preguntas tienen la culpa de mi trastorno. Me ocultas algo, Rodolfo, quizá muy grave, sobre Juanita y no sé por qué tengo la corazonada de que algo horrible le ha sucedido.

Su rostro volvió a adquirir la gravedad anterior cuando pronunció estas palabras.

Rodolfo la miró fijamente antes de responder.

—¡Qué curioso!... Has presentido la verdad: Juanita de López ha sido hallada muerta con el cuello roto, por un golpe brutal que le propinaron en la nuca.

Adriana no había tenido oportunidades de aprender el arte del disimulo, sin embargo, al oír las palabras de su esposo, el grito de horror que escapó de sus labios parecía genuino.

—Sí —prosiguió Rodolfo—, es horrible, no cabe duda. Anoche, cuando llegué a las oficinas de S. N. para presentar unos informes, me encontré con la orden de salir inmediatamente para encargarme de un caso, que hacía poco lo habían reportado por radio los

patrulleros que vigilan la zona. Los agentes descubrieron un vehículo abandonado con los vidrios bajos, y al primer momento, pensaron que alguien lo había robado, dejándolo luego allí. Notaron que el motor todavía estaba caliente y cuando lo registraron hallaron dentro el cadáver de esa desgraciada, encogido y oculto entre el asiento y el piso.

Hizo una pausa. Adriana escuchó el relato con el alma en un hilo. Su aspecto denotaba la impresión que la noticia le había causado.

—Inmediatamente —prosiguió Rodolfo—, me trasladé al lugar del suceso, acompañado de un médico y dos oficiales. Tenía que ocuparme del levantamiento del cadáver y tomar nota de los detalles que los policías podían ofrecerme con sus declaraciones. Pero estos no sabían nada. El médico diagnosticó la muerte por fractura de cuello y calculó que, aproximadamente, Juanita tenía apenas una hora de fallecida. Ahora me presentarán el resultado de la autopsia y sabré exactamente a qué atenerme al respecto. Mi plan para descubrir al asesino es evitar que se haga publicidad del crimen. Por ahora, no aparecerá en los periódicos hasta que las pistas que hemos hallado nos conduzcan a solucionar el enigma. Hoy se harán investigaciones entre los familiares y amistades, con la esperanza de lograr algo de los interrogatorios, pues según lo que observé anoche, en ese crimen está complicada una mujer.

—¡Una mujer! —exclamó Adriana. Miró a su esposo con los ojos abiertos por el espanto—. ¡No puede ser!... ¡Imposible! Debes estar equivocado. ¿Qué te hace pensar eso?

El detective tenía la pequeña mano de su esposa entre las suyas, y su frialdad le hizo decir con ternura:

—¡Cómo te ha impresionado la noticia!, pobrecita mía. Tienes las manos heladas.

Acercó los dedos a su boca y los besó. Luego volvió la palma hacia fuera y tomando el pulgar lo contempló fijamente mientras añadía:

—Estoy seguro de que una mujer está complicada en ese crimen, porque las profusas huellas digitales que se encontraron en el volante y en varios sitios del vehículo procedían de un pulgar tan pequeño como este.

—¡Qué horrible comparación! —exclamó alarmada——. ¡Cómo se te ocurre!...

Con un brusco movimiento retiró su mano, asombrada de la coincidencia. Se sentía tan culpable de la muerte de Juanita, como si ella misma la hubiera matado. Y se dio cuenta que estaba actuando con la mente de un asesino. Su asombro no tenía límites ante el cúmulo de casualidades que una a una parecía cercarla. "¿Sabrá algo?", pensó. "¿No será toda esta escena un ardid de Rodolfo para provocar en mí una confesión? No es posible, Dios mío, que ocurran verdaderamente estas cosas"…

Rodolfo prosiguió:

—Debe ser una persona de audacia inconcebible —concluyó—, pues no solo intervino en el asesinato, sino que manejó el vehículo con el cadáver a sus pies y lo abandonó en un lugar por donde constantemente las radiopatrullas vigilan. El chofer del auto policial recordó un detalle que le llamó la atención, aunque no puede asegurarlo del todo. Dijo que treinta minutos antes del macabro hallazgo vio pasar en dirección contraria un automóvil muy parecido al de Juanita López, conducido por una mujer. No pudo describir el rostro, pero le llamó la atención el que una dama joven, bonita y sola manejara a la una y media de la mañana. He pensado mucho en el asunto y mientras más cavilo no acierto a comprender algunos detalles. El móvil no fue el robo. Tampoco fue un crimen pasional. ¿Quién podía tener interés en matar a esa infeliz? Hasta he llegado a pensar si no se habría dedicado últimamente al chantaje y por este motivo alguien la eliminó. ¿La mató el asesino en su propia casa y luego cargó con ella metiéndola en su propio automóvil, para

abandonarla y borrar así las huellas de su crimen? A mi entender es lo más factible. Alguien, perdido todo control, la golpeó y la pobre mujer murió instantáneamente; luego, el asesino la llevó a un sitio lejano del lugar donde fue cometido el homicidio y escapó. Pero ¿cómo hizo para regresar entonces?... A pie lo considero en extremo audaz y una mujer no se atrevería a exponerse en esa forma.

"Supongo que tomaría un 'carro de plaza', o alguien la esperaba en otro automóvil cerca del lugar para poder regresar. Hoy se investigará con los choferes de autos de alquiler de distintas líneas que trabajaron anoche por San Bernardino.

—¡San Bernardino! ¿Cómo es eso? Entonces, ¿fue cerca de aquí? —preguntó la joven con aparente asombro.

—A diez cuadras más o menos —respondió Rodolfo.

Adriana escondió el rostro entre sus manos, se estremeció levemente, luego hizo un gesto como si quisiera apartar de su mente un espantoso recuerdo.

—¡Qué dolor de cabeza tengo! La impresión de esta horrible noticia me ha trastornado por completo. Pobre Juanita… tan buena, tan servicial y bondadosa. Quién iba a pensar que el destino le tuviera reservada una muerte tan extraña. Yo la quería mucho, Rodolfo. Tengo un deber para con ella. En lo que terminen todos los trámites legales, debo ir a su casa para ocuparme de su entierro.

Los sollozos no la dejaron continuar. Eran sinceros y oportunos. Su esposo comprendió lo que pasaba por su corazón, pero cuando habló lo hizo con voz autoritaria.

—¡No, de ninguna manera! Yo también siento lo sucedido. Sé que tu deber, puesto que eras su amiga, es trasladarte a su casa para rendirle un postrer homenaje de cariño; pero, querida mía, no puedes hacerlo. No es conveniente que en las averiguaciones que se llevarán a efecto aparezcas tú, al contrario, si en último caso alguna de las amigas de Juanita López o sus familiares te mencionan en los

interrogatorios como amiga que eras de ella, dirás, si te preguntan, que la conocías muy superficialmente, que hacía más de un año que no la veías y que casi nunca te visitaba. ¿Entendido?

—Pero… ¿por qué tantas reservas? Es injusto eso. ¿En qué puede perjudicarme el hecho de que fuera su amiga? —repuso audazmente—. Yo soy tu esposa y supongo que eso es suficiente para que a mí no me molesten las autoridades.

—¡Qué equivocada estás, querida! —exclamó Rodolfo—. ¿De dónde has sacado eso? Si cometes una infracción de las leyes, tú, como cualquier otra persona, vas a ir a la cárcel y poco valdría mi influencia. ¿Te olvidas que soy un representante de la Ley y que, por encima de todo, aún de ti misma, tendría que hacer valer mis derechos? En el caso actual —porque sé que tú no tienes nada que ver con este—, considero que lo más sensato es no inmiscuirte en semejante asunto. Por eso evité mencionar que la conocía anteriormente, cuando hice el reconocimiento del cadáver, solo por el hecho de que eras su amiga. Quiero precaverte de todas las molestias posibles que las citaciones, interrogatorios y averiguaciones involucran. ¿Comprendes, entonces, por qué no te conviene que te presentes en su casa?

—Sí, comprendo. Pero —insistió tercamente— ¿quién se ocupará de su entierro y funeral? Recuerdo que a ella siempre le preocupaba eso cuando me hablaba de su soledad. "Adriana —me decía—, si yo muero súbitamente en mi apartamento, lo sabrán los vecinos al cabo de algunos días, por el olor que despedirá mi cadáver descompuesto. Temo, con horror, agonizar sola, sin fuerzas para llamar a un hospital para que me auxilien y sin tener a alguien a mi lado que rece una última oración por mí". Yo le pregunté entonces si no tenía algún familiar en Caracas y me respondió: "Ni en Caracas ni en ninguna parte. Fui hija única, mis padres fallecieron después de que me casé, y luego quedé viuda. Mis amigas son pocas, tú la más querida entre

las que tengo. Eso es todo. Pero, te repito, Adriana, que no me afecta la soledad sino a la hora de mi muerte. Supongo que después, como mi cadáver no será reclamado, servirá de estudio para los aprendices del Hospital Vargas. Y espero, querida, que cuando te acuerdes de tu pobre amiga, reces una oración por mí". Yo entonces le prometí —prosiguió con voz acongojada— que si eso sucedía y me enteraba a tiempo, estaría a su lado y me ocuparía de todas sus cosas. ¿Te das cuenta lo que eso significa?... Hice una promesa sinceramente y ha llegado el momento de cumplir lo ofrecido.

—No, Adriana. ¡No puedes hacerlo! No será así como ella creía; la enterrarán con todas las formalidades, pero tú no puedes cumplirle, debido a las extraordinarias circunstancias de su muerte. Mándale a decir algunas misas en sufragio de su alma y eso te lo agradecerá más. Comprendo tu pena y siento haberte proporcionado tan mal rato, por tan desagradable noticia. En realidad, nunca creí que la quisieras tanto.

Una hora más tarde, la joven quedó sola. Rodolfo marchó para su trabajo y ella, atontada todavía por las terribles sorpresas que le había deparado aquel día desde las primeras horas, se dispuso a efectuar sus quehaceres acostumbrados para distraerse un poco.

El interrogatorio de su esposo la dejó exhausta, pero los temores que la asaltaron al principio de las primeras palabras fueron calmándose a medida que aquel dio a entender que no tenía la menor sospecha que se relacionara con ella. No obstante, pudo darse cuenta de que su marido difícilmente le perdonaría el engaño, en caso de que lo supiese. Su respeto por el deber se anteponía a sus sentimientos personales y ella comprendió que llegado el momento, y ante las responsabilidades del cargo que desempeñaba, sería capaz de sacrificar hasta su propia vida conyugal.

Ella debía escoger entre su matrimonio o la conflictiva situación de simular, negar, aparentar y vivir en constante temor de ser descubierta.

No titubeó al elegir la posición que le pareció más favorable. Era preferible callar, porque a pesar de las extraordinarias coincidencias habidas en la conversación que sostuvo con su marido, razonó que era imposible que él supiera algo.

El día anterior, a esa misma hora, le había manifestado a su amiga que nada en el mundo la haría desistir de divorciarse de su esposo, después de saber que este la engañaba. Veinticuatro horas más tarde, el destino se burlaba de ella y la retaba. En ese sentido, nada había cambiado. Pudo comprobar que Rodolfo visitaba a la artista y, sin embargo, en esos momentos prefirió arrostrar una futura existencia de zozobras y angustias con tal de no perderlo nunca. Estos y muchos otros razonamientos convincentes calmaron la tensión que la aprisionaba. Pero estaba escrito que ese día era para ella fatídico.

Antes de poner en orden su habitación, se acercó al altarcito en donde estaba una imagen de la Virgen de Coromoto. Ella le tenía fe. Encendió un cirio rogándole por el alma de su amiga y porque su marido no descubriera jamás sus mentiras. Se hincó en el suelo y alzó sus ojos fervorosamente mientras oraba: "Dale el reposo eterno y brille para ella la luz perpetua. Que descanse en paz". Hizo la señal de la cruz al terminar.

Al mismo tiempo, inclinó la cabeza. Por un instante, su mano quedó sobre su pecho y sus ojos miraron en el suelo algo que brillaba. Se quedo estupefacta, su corazón palpitó rápidamente y reconoció el pequeño objeto dorado que estaba debajo del altar. Era la llave de su casa. La misma que había dejado la noche anterior en poder de Juanita. Sin haberla cogido en sus manos para examinarla, sabía que no se equivocaba. Solo había dos. Una la llevaba siempre su esposo en el llavero y la suya era reconocible porque tenía una mancha

de herrumbre en la plana cabeza. Comprendió de pronto por qué estaba allí. El ruido que sintió cuando su esposo se desvestía en la oscuridad, como el golpe de un metal contra el suelo, y que supuso había sido una moneda que se le había escurrido del bolsillo, no fue sino la llave. La pista más importante y de la cual Rodolfo no le hizo mención alguna, cuando le refirió sus sospechas. Seguramente se le olvidó decírselo y luego, cuando se vistió apresuradamente para irse, no advirtió que le faltaba. Y eso significaba que no debía tardar en regresar a buscarla. Adriana recogió la llave, aturdida por completo, sin saber qué hacer en el primer instante. Se puso de pie y sus ojos, atormentados por la angustia, se quedaron contemplando la terrible evidencia que relucía en la palma de su mano.

IX

Y había suficiente motivo para su alarma. Rodolfo Hurtado era un astuto detective y si llegaba a notar el parecido que tenía aquella llave con la suya, sin duda alguna que la comprobaría en la cerradura de su propia casa y entonces sí que estaba perdida. ¿Cómo se le había pasado por alto tan importante detalle? Además, la misma circunstancia de habérsele caído allí le obligaría a fijarse y por lógica a comprobar si abría su puerta. "¿Qué debo hacer? ¡Ilumíname, Virgen Santa! —exclamó llena de angustia—. ¿Qué hago? No puedo esconderla. Además, tampoco puedo quedarme sin llave, pues podría recelar algo".

La pobre mujer exprimía su cerebro buscando una solución adecuada. De pronto, se le ocurrió algo. Sin pensarlo dos veces, se dispuso a llevarlo a efecto con toda la rapidez posible. Velozmente se desvistió, se puso un traje de calle y cogió su bolso, metiendo dentro la comprometedora llave. Al terminar llamó a Teresa. Cuando esta se presentó, le dijo que pensaba salir a las tiendas y que en caso de que su esposo la llamara por teléfono, le explicara el motivo de su ausencia y que no pensaba tardar mucho.

Luego salió a la calle y detuvo el primer taxi que pasó, indicándole una dirección. Al cabo de diez minutos el hombre se detuvo en una esquina. Se bajó y continuó a pie por la cuadra mirando las puertas por donde pasaba. No estaba segura de la dirección de la casa que buscaba, y temía haberse equivocado, perdiendo así un tiempo precioso. A poco de andar, la divisó desde lejos. En el

portal, un cartelón anunciaba: CERRAJERÍA. SE HACEN LLAVES EN DIEZ MINUTOS.

Un inmenso júbilo se apoderó de ella al darse cuenta de que había encontrado el establecimiento, que en una oportunidad, al pasar rápidamente por allí, recordaba haber visto. Penetró en el estrecho garaje que era utilizado como negocio, y le entregó la llave a un individuo de nacionalidad extranjera, que parecía ser el encargado, diciéndole que necesitaba que le hiciera otra exacta enseguida.

El hombre calculó, por el aspecto elegante de la joven y su visible premura, que podía sacar una buena propina y se mostró indeciso cuando dijo:

—¡Oh... cuánto lo siento, señorita! Pero tengo trabajo. Para la tarde…

La muchacha se quedó silenciosa un instante. Luego dijo nerviosamente:

—¿Para la tarde?... Imposible, señor, la necesito para ahora mismo. Estoy tan apurada que no puedo perder mucho tiempo. Le pagaré el triple del valor si me la hace inmediatamente —rogó con insistencia.

El hombre, ante el ofrecimiento de la joven, aceptó con un gesto mientras la miraba insolentemente de pies a cabeza. En su cara se dibujó una mueca que trataba de ser una sonrisa y dijo:

—Por ser usted tan bonita y simpática se la haré enseguida.

Pronto estuvo la nueva llave en las manos temblorosas de Adriana. Pagó la suma ofrecida al especulador portugués y rápidamente se dirigió por la misma calle, en la cual había pequeños comercios, buscando una tienda. Entró en una y compró al azar botones, cintas, hilos… No los necesitaba, pero significarían el pretexto de su salida. Después se alejó y tomó otro auto de alquiler que la dejó en su casa prontamente. Una hora escasa se había llevado en su diligencia. Abrió la puerta con la llave nueva y la cerradura cedió fácilmente. Al poner los pies dentro de su casa gritó llamando a la sirvienta:

—Teresa, Teresa, ¿llamó el señor mientras estuve fuera?

Lenta, la voz de la mujer respondió desde la cocina, como si hubiera tenido que pensar primero lo que iba a decir:

—Sí, misia… Preguntó por usté. Yo le dije que había salío pa las tiendas.

Adriana se acercó a la puerta de la cocina, en donde la mujer se afanaba por concluir su trabajo.

—¿Qué más dijo? —preguntó ansiosamente.

—Pues… más nada… ¡Ah!, sí, que en lo que acabara de terminar no sé qué cosa vendría a buscá algo que se le había quedao aquí… y que no barriera el cuarto hasta que regresara.

—¿Cuánto tiempo hace que llamó?

—¡Ay, misia!... ¿Qué me voy a fijá en la hora? Un buen rato después de que usté salió.

"Debe estar al llegar entonces —se dijo la joven—, tengo que apurarme". Corrió a su habitación, puso sobre su tocador los objetos que había comprado y registró en una gaveta del mueble de donde extrajo un estuche de manicura. De allí sacó una lima de acero, luego abrió su bolso y, antes de proceder, dudó un instante. Escogió la llave recién hecha. Las dos eran exactas y del mismo material. Rápidamente, limó uno de los pequeños dientes. Al calcular que estaba bien así, se dirigió a la puerta y la introdujo en la cerradura. Tal como lo había supuesto, la llave no abrió. Un "Gracias, Dios" se escapó de sus labios.

Regresó a su estancia nuevamente y la colocó debajo del altar. La otra, la que tenía la mancha de herrumbre, la ocultó. En el mismo instante en que la guardaba en su escaparate, sintió la voz de su esposo que la llamaba.

Salió a recibirlo con una sonrisa.

—Querido, ¿qué sucede?... Me dijo la muchacha que habías llamado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Hurtado.

—Tuve que salir un momento a las tiendas para comprar algunas cosas que necesitaba para arreglar unos vestidos. No estuve más de una hora afuera. ¿Qué fue lo que se te olvidó de tanta importancia que regresas a buscarlo?

—Se me ha extraviado algo que es un indicio importante en el caso de Juanita de López, y creo que, cuando me desvestí anoche en la oscuridad, se me cayó del bolsillo. Si barriste el cuarto debes haberla hallado. Es una llave.

—No he tenido tiempo de hacer la limpieza todavía. Si se te cayó allí, la encontraremos.

Ambos se dirigieron a la habitación. Rodolfo se inclinó mirando debajo de la butaca donde siempre dejaba la ropa. Adriana registraba debajo de la cómoda que estaba muy cercana a esta.

—¿Estás seguro de que la dejaste caer aquí?

—Sí, seguro. Cuando me desvestí anoche sentí algo que se cayó en el suelo. Pensé que era una moneda y no le di importancia. No me cabe la menor duda de que fue la llave esa.

La muchacha aparentaba buscarla. De pronto, Rodolfo, al mirar debajo del altar, gritó alegremente:

—¡Ya está, querida! La encontré. Mírala.

Se la mostró. La pequeña limadura no se notaba, pero Adriana todavía estaba asustada.

—¡Ah!, sí… Ya veo. Pero, Rodolfo, ¿qué tiene que ver esa llave con la muerte de Juanita?... ¿Cómo no me hablaste de ese detalle?

—Intencionalmente, no quise mencionártelo. Quería darte una sorpresa, y verás por qué. Esta llave es un duplicado de la auténtica que abre cerraduras exclusivamente de la marca Precisión, igual a la nuestra. Tiene un número serial y por medio de este descubriré al criminal que se oculta detrás de la puerta que abrirá únicamente esta llave. Te lo probaré de inmediato. Ven conmigo.

Juntos se dirigieron a la puerta de la calle y el detective insertó la llave en la cerradura.

Adriana estaba asombrada de que tan rápidamente sus cálculos al respecto se realizaran. No habían sido vanas las precauciones tomadas. No obstante, cuando vio entrar el brillante pedazo de metal en la abertura esperó con el corazón palpitante lo que iba a suceder.

El detective trató de darle vuelta. La movió de un lado para otro, la forzó un poco.

—¿Te fijas, querida? —dijo sacándola—. Siendo de la misma marca, no funciona en esta. Es para que veas que no existe crimen perfecto. En este momento, el asesino y su cómplice deben estar absolutamente tranquilos, siempre que no recuerden o sepan que esta preciosa evidencia la tenía en su mano, para señalarlos en el momento oportuno, su propia víctima.

Como el plomo derretido caían aquellas palabras, fundiendo la seguridad de Adriana. Con dificultad salieron las palabras de sus labios:

—Pero… ¿no estarás equivocado? A lo mejor esa llave es la de su apar…

—Ya sé lo que te imaginas —interrumpió sonriendo Hurtado—, pero ya eso lo he comprobado. Esta es una Precisión, y la cerradura de la puerta de su apartamento es una Eagle. Además, en la cartera que fue encontrada debajo de su cuerpo estaban sus papeles de identificación: título de manejar, cédula y la llave de su casa.

—¡Ah!... comprendo. Sí, tienes razón. Pero al principio creías que una mujer era la asesina, y ahora dices "el asesino y su cómplice". ¿Cómo es eso?

—No. La mujer no puede ser la causante de la muerte, pues por las huellas digitales que en estos momentos se confrontan en el archivo de la Seguridad Nacional, deduzco que es imposible. Los resultados de la autopsia que me entregaron hace poco fueron

los siguientes: "Muerte a consecuencia de fractura del cuello"… Y, asómbrate, querida, el golpe que la mató no fue propinado con objeto alguno: la señal que quedó en su piel era como una pequeña contusión alargada y lo único que pudo haber hecho semejante trabajo fue el canto de una mano muy acostumbrada a los golpes de jiu-jitsu. Rápida, veloz, precisa, cayó sobre la nuca de esta infeliz, fracturándole la cerviz limpiamente. Y eso fue obra de un hombre, una mujer no tiene ni la fuerza ni la pericia suficiente para hacerlo. No obstante, aunque no fue ella la asesina, es la cómplice del autor del hecho. Ella hizo el trabajo final, conduciendo el automóvil y llevando el cadáver lejos para abandonarlo. Supongo que antes de efectuar el viaje se pusieron de acuerdo sobre el sitio escogido y para no despertar sospechas, el asesino la siguió en otro automóvil, recogiéndola después y desapareciendo de esos contornos. Pero —prosiguió Rodolfo con voz concluyente y segura—, a pesar de su habilidad, esta llave significará un triunfo en mi carrera detectivesca, pues aunque será un trabajito arduo, yo, por medio de ella, descubriré a los criminales de tan horrible asesinato y vengaré a tu amiga.

Hizo una pausa, sacó su llavero y ensartó la llave. Luego se la metió en el bolsillo.

—Bueno, querida, me voy. No puedo detenerme más tiempo. Reza mucho para que tenga éxito en este asunto. Hasta luego.

Se acercó a ella y la besó cariñosamente. Adriana se retiró a su habitación sintiendo un nudo en la garganta y se echó en su cama, llorando sin consuelo durante mucho tiempo.

X

Los días pasaron. Rodolfo proseguía incansable las investigaciones sobre el asesinato de Juanita de López, quien fue enterrada teniendo por única compañía al sepulturero y dos enterradores. En el más absoluto silencio se mantuvo el misterio de su muerte y las pocas personas que la conocían pronto la olvidaron. Solo en un altar se elevaba la llama de una lámpara votiva por el descanso de su alma. Adriana también la lloró poco. La juventud es egoísta y olvida pronto, y la joven hizo lo posible por eliminar de sus pensamientos el torturante recuerdo de la amiga que, por su culpa, así creía ella, había muerto.

No dejaba de preguntarle a su esposo diariamente cómo iban las pesquisas, y este le respondía evasivamente, explicándole que se llevaría algún tiempo lograr una conclusión definitiva.

Las ironías del destino no dejan de ser muy curiosas algunas veces, y la muerte de la desventurada mujer vino a resultar casi como una solución para la felicidad de la pareja. Porque Adriana cambió totalmente su anterior actitud y Rodolfo, sobreestimando la nueva etapa sentimental, procuró que sus ocupaciones no lo retuvieran demasiado tiempo fuera de su morada, especialmente en las horas nocturnas.

No cabía duda de que la felicidad reinaba de nuevo en el hogar de los jóvenes esposos, y la muchacha procuraba en todo momento conservar aquella maravillosa dicha, que en un momento dado creyó perdida. Poco poco, en su corazón se fueron calmando las angustias

hasta casi llegar a convencerse de que 1a horrible pesadilla de aquella fatídica noche pertenecía a un pasado remoto.

Pasó una semana; ella no volvió a inquirir más sobre el peligroso tema ni tampoco Rodolfo lo mencionó nuevamente.

No obstante, el detective tenía plena fe en el éxito de sus indagaciones.

La llave fue entregada a un perito. Un breve examen hecho por este proporcionó un dato importantísimo. La llave había sido fabricada recientemente y además le habían limado un diente, seguramente, con el fin de despistar. Sin embargo, no fue difícil para el cerrajero reconstruirla.

Rodolfo Hurtado, pacientemente, se dedicó a visitar todas las cerrajerías de la ciudad en busca de la persona que hizo el duplicado. Arduo y laborioso trabajo, pues en Caracas multitud de extranjeros se dedican a este negocio.

Mientras tanto, Adriana, que ignoraba los temibles descubrimientos, proseguía su vida, la cual se desarrollaba en completa normalidad.

Acostumbraba, como todas las amas de casa caraqueñas, a acudir al mercado para ocuparse de las compras de la semana. Los martes eran días de "mercado libre" y las provisiones se rebajaban de precio. La pequeña economía que podía lograrse en este día especial atraía a multitud de personas y los mercados se llenaban. Adriana le pedía a su esposo el automóvil y se iba con la muchacha, quien la ayudaba a cargar los sacos con las vituallas suficientes para abastecerse toda la semana. Sin embargo, en esta ocasión decidió acudir sola.

A las seis de la tarde se abría el establecimiento y había que llegar temprano para aparcar el vehículo en el estacionamiento del mercado, antes de que fuera totalmente ocupado. En caso contrario, el tener que dejar el auto en calles lejanas al sitio significaba un verdadero trastorno para efectuar las compras.

Esa tarde, Adriana llegó con media hora de anticipación y logró conseguir un puesto muy cercano a la salida. Esto le facilitó partir rápidamente al terminar sus compras. Avanzó despacio para desembocar en la avenida Andrés Bello y tuvo que detenerse a esperar paso, pues el tráfico se había interrumpido y la larga hilera de vehículos estaba detenida.

Eran más de las siete de la noche y había oscurecido totalmente.

Las dos vías de la amplia avenida con capacidad para tres hileras de vehículos estaban totalmente ocupadas. Era una hora difícil para manejar y la joven tuvo que esperar pacientemente a que se descongestionara un poco el tránsito para poder avanzar. La distancia entre su auto y el vehículo más cercano no alcanzaba tres metros. Fijó su vista en la imponente máquina de último modelo que estaba frente al suyo. Era magnífica conductora y sabía apreciar las ventajas de un buen automóvil, y el que contempló admirada era verde oscuro, brillante, niquelado, como acabado de salir de la fábrica y parecía, por sus líneas modernísimas, un modelo único. Pensó que, sumado a su elegancia, debía ser también seguro, cómodo y veloz.

Sus ojos se dirigieron con cierta curiosidad al dueño que manejaba aquella maravilla, pero no pudo distinguir sus facciones, pues estaba en la sombra y del otro lado. Pero a Adriana le daba la luz de un farol eléctrico que estaba cerca, y de pronto se fijó en un detalle que la molestó. La persona que manejaba debía verla perfectamente y por este motivo se arrimó a la portezuela, y mirando por encima de esta, dirigió sus ojos a la placa de su automóvil. Fue fugaz el gesto del hombre que luego volvió a su puesto, y ella lo interpretó muy femeninamente, suponiendo que el desconocido chofer le demostraba con su atención un ademán admirativo.

Segundos más tarde, se reanudó la marcha y el gentil conductor le cedió paso, quedando justo detrás de ella. En la primera calle, la joven dobló hacia el sur para dirigirse a su casa, pero le pasó

por alto el hecho de que el dueño del automóvil la seguía, aunque tuvo muchas veces que tomar por calles distintas para evitar verse detenida de nuevo por el tráfico, que a esa hora era temible. Al llegar frente a su casa se bajó y los potentes focos del auto que la había perseguido la inundaron de luz. Alzó la vista enfurecida, pero quedó encandilada, no pudo distinguir al importuno y poco cortés admirador que velozmente arrancó delante de ella, después de haberla contemplado a su gusto.

Dos días más tarde, Adriana recibió una invitación de una amiga suya que vivía en Los Palos Grandes. La necesitaban para completar "la cuarta" en una mesa de canasta. A la joven le fascinaba la inocente distracción y le exigió a su esposo que le prestara esa tarde el automóvil para poder asistir a la cita. Le advirtió que regresaría temprano y, a las tres de la tarde, elegante y bonita, salió en dirección al Este.

Esta vez no se dio cuenta de que durante todo el trayecto fue seguida por un automóvil verde oscuro, manejado por un hombre que ocultaba a medias su rostro con un sombrero de ala ancha. Este había tenido la precaución de seguirla a una distancia prudencial para que ella no lo advirtiera. Adriana dejó su vehículo en la puerta de la residencia de su amiga y cuando lo volvió a ocupar horas más tarde era completamente de noche. Encendió el motor y, aprovechando la entrada del garaje, retrocedió haciendo un rápido viraje para tomar en sentido contrario. Pasó al lado de un automóvil que a poca distancia estaba estacionado y tan cerca del conductor, que pudo verlo perfectamente cuando pasó a su lado.

No cabía duda de que el inesperado viraje desconcertó al perseguidor, quien rápidamente avanzó y utilizó el mismo lugar para dar la vuelta, partiendo en su seguimiento.

Sin entender por qué, Adriana, al contemplar el rostro del individuo, fugazmente visto al pasar, sintió una extraña impresión. Le

pareció reconocer aquella cara. Pero no recordaba dónde la había visto. Por el espejo advirtió su maniobra y con cierto asombro descubrió que era el mismo automóvil que tanto le había llamado la atención dos días antes y que la había perseguido hasta su casa. "Es una coincidencia" —se dijo—. No obstante, se dio cuenta de que si el encuentro era casual, le facilitaba a su admirador una nueva oportunidad para molestarla, pues notó que venía siguiéndola.

Hundió el pie en el acelerador mientras se decía que si su propósito era alcanzarla, le iba a costar un poco de trabajo. En veloz carrera se lanzó doblando por una calle bastante solitaria, buscando una vía sin mucho tráfico para poder avanzar lo más rápidamente posible y perdérsele. Pero el chofer no se dio por vencido y aunque le llevaba una fuerte ventaja, la siguió tenazmente. Adriana pensaba que aquello era como un juego, y que no dejaba de resultar divertido el demostrar su pericia y habilidad en el volante al que la perseguía. Calles y más calles iban quedando atrás. Muchas veces tenía que retroceder un poco, tomando por sitios estrechos y oscuros, deteniéndose en los cruces para darle paso a otros vehículos. Por el espejito veía la luz de los faros de su perseguidor, que no tardaría en darle alcance y sabía que si esto no había sucedido aún, se debía a que el otro tenía que pasar por los mismos obstáculos que a ella se le presentaban. El marcador estaba en ochenta y ella aceleró a noventa y cinco, velocidad peligrosa y no permitida por las leyes de tránsito.

El chirrido del frenazo de un auto, que hábilmente la evitó al desembocar una calle, la hicieron comprender la locura que estaba cometiendo en aquella insensata carrera. Sin embargo, su argullo como conductora, o quizá una sutil angustia que la iba sobrecogiendo, la obligaron a proseguir, a pesar de que se daba cuenta de que, por momentos, perdía la serenidad y sus nervios estaban tensos.

"¿Por qué me persigue ese hombre? —se preguntaba—. ¿Qué se propone? ¿No se dará cuenta del peligro al que me expone con

su tenaz persecución?... Pero no le daré el gusto. No me alcanzará", se propuso.

Estos pensamientos la iban enervando por momentos; de pronto, al llegar a una esquina, se desorientó y para no perder tiempo dobló por ella, dándose cuenta un poco tarde de que había penetrado en un callejón ciego. Este inconveniente la llenó de contrariedad. Tuvo la precaución de apagar las luces, con la esperanza de que el otro siguiera de largo, pues pensó que el tener que retroceder y devolverse le daría tiempo a su atrevido perseguidor para alcanzarla. Aminoró la velocidad y detuvo el auto. Allí esperó en la oscuridad de la calle, atisbando por el espejo y llena de alegría vio al auto verde oscuro que pasó veloz, sin advertir dónde ella estaba oculta. Esperó un momento más, luego dio la vuelta y salió tomando una dirección contraria. Desviándose por completo de su ruta anterior llegó a la autopista del Este y en poco tiempo estuvo en su casa. Más tarde, en la quieta seguridad de su hogar, al recordar los incidentes de esa noche, reía para sí misma imaginándose la ira de su admirador, el cual fue defraudado por su hábil maniobra.

Otros asuntos y ocupaciones del momento la distrajeron y se olvidó de aquello. Pero durante el sueño no pudo desembarazarse de sus excitadas emociones y en el complicado mecanismo de su cerebro se desencadenaron reacciones que se tradujeron en una pesadilla. El rostro del hombre que miró fugazmente al pasar apareció en su ensueño, aterrorizándola en tal forma, que no podía abrir los labios para pedir auxilio. La mirada fija, extraña como la de un demente, la hipnotizaba, y el rostro medio oculto por un sombrero flexible se iba acercando hasta casi tocar el suyo. "¿No me reconoces? ¿No me reconoces?", le dijo muchas veces la voz de acento extranjero que salía de unos labios que sonreían cínicamente.

Al día siguiente despertó con un fuerte dolor de cabeza. Su marido la encontró un poco rara y al preguntarle qué le pasaba,

aludió al malestar sin más explicaciones. En el transcurso de las horas diurnas, al recordar su espantoso sueño, trataba de memorizar a quién le recordaba aquella cara y por qué el pánico la invadió a tal extremo.

En la noche, cuando Rodolfo llegó, corrió a recibirlo cariñosa, como acostumbraba últimamente. Este parecía cansado y exhausto y su saludo no fue muy cordial. Entró y se dirigió rectamente a su habitación. Adriana lo siguió, extrañada de su actitud. El joven traía en la mano su maletín, donde siempre guardaba papeles de importancia. Descorrió el cierre y sacó un sobre grande y abultado. Dejó el maletín en una butaca y se echó en la cama, llevando consigo el sobre.

—Adriana, acércate —dijo de pronto—. Mira esto.

La joven acudió solícita. Se sentó del otro lado del lecho frente a él y tomó de sus manos el sobre que le tendía su esposo.

—¿De qué se trata, querido? —preguntó con extrañeza.

Los ojos del hombre no se apartaban del semblante de su esposa mientras ella sacaba lo que había dentro.

—¡Ah!... un retrato. ¡Bonita mujer! ¿Quién es, Rodolfo?

Sus ojos admiraron la bella efigie semidesnuda, sin dar demostraciones de conocerla.

—Sigue viendo los demás —respondió su marido.

Adriana metió la mano y extrajo otra cartulina. La miró unos segundos, sintiéndose de repente dominada por un profundo horror.

—¡Dios mío!... ¡Qué horrible! Rodolfo, ¿quién pudo haber hecho esto?

Dejó caer el retrato sobre la colcha y miró a su marido, esperando una respuesta a su asombrada exclamación.

—¡Sin duda que es horrible! Fue asesinada igual que Juanita de López —afirmó con voz helada—. Tú no tienes la menor idea de

quién es ella, ¿verdad? Pues es la segunda víctima del asesino que puede eliminar una vida con un solo golpe de su mano.

Adriana se puso mortalmente pálida. Con dificultad sus labios balbucearon una pregunta, aunque presentía la respuesta:

—Pero, dime, ¿quién es esta mujer?

—¡Ah!, pero ¿tú no la conoces?... Esa mujer se llama Charlotte Renard.

XI

—¿Charlotte Renard?

Por instinto desvió la vista y la fijó en el retrato que estaba en la cama. Su esposo la contemplaba con unos ojos nuevos, fríos, helados.

Presente otra vez aquella mujer, le saltaba al paso, cogiéndola en una red de pavor. Más tarde, cuando pensaba en aquel momento en que el destino, de nuevo, la asía con su garra inexorable, no podía menos que reprocharse el haber sentido un relampagueo de súbita tranquilidad en su corazón, al saber que la causante de todas sus angustias había muerto. De pronto, se estremeció. Todavía resonaban las últimas palabras que pronunciara Rodolfo: "Es la segunda víctima de ese asesino". Callaba; no podía hablar, tenía horror a su propia voz llena de falsa hipocresía cuando preguntara, pero su silencio era peligroso también.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué te hace creer que la misma persona que asesinó a Juanita es la que ha matado a esa mujer?

El corazón le dolía. Sus latidos eran fuertes y a ella le parecía que podían ser visibles para la vigilante mirada de Rodolfo. Este no respondió. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Luego contestó:

—La forma de su muerte. Fue hallada en su apartamento del edificio Naiguatá, después de veinticuatro horas de haber sido asesinada. La descubrió una mujer que iba diariamente a hacer la limpieza. El médico diagnosticó la muerte por fractura de la columna en la base del cráneo. Por la posición en que se hallaba, tal como la has visto en la fotografía, suponemos que recibió el golpe de espaldas

y murió instantáneamente. ¡Lo mismo que hicieron con Juanita!... Estos dos crímenes están relacionados, porque, como puedes ver, sería demasiada coincidencia que dos homicidios provocados en forma tan exacta hayan sido cometidos por personas diferentes. Existe una ley que difícilmente falla en este aspecto. El individuo que mata la primera vez y advierte que ha tenido éxito, y que su acción no ha sido descubierta, se siente más seguro en utilizar la misma técnica anterior. El misterio, para nosotros los que investigamos este nuevo caso, es el siguiente: ¿qué clase de relación, complicidad, conexión, existía en dos personas tan diferentes como Juanita y la Renard? Esta era una cantante de cabaré sospechosa como traficante de drogas; nosotros recibimos el aviso de la Interpol y empezamos a ocuparnos del caso, que tuvo que interrumpirse por una temporada, y el único dato auténtico que teníamos era que la cabaretera vendía la droga, la cual era entregada a ella por un individuo "fantasma" del que no tenemos el menor indicio ni pista, nada… nada en absoluto. Solo la Renard, posiblemente, le conocía y se comunicaba con él por medio de una contraseña telefónica. Al recibir el aviso, ella salía inmediatamente y el hombre, que tenía un duplicado de la llave de su apartamento, penetraba en este y colocaba, en cierto sitio conocido por ella, la droga que debía vender. Antes de salir, la mujer dejaba siempre clavada en la puerta una tachuela blanca cerca de la cerradura, una señal, indudablemente. Deduje esto porque hallé la tachuela que el "fantasma" no se ocupó en retirar. Luego, en la requisa que hice en su apartamento, me llamó la atención un detalle. Sobre el cristal de su tocador había una caja plástica conteniendo muchas tachuelas de cabeza blanca y en la madera de la puerta, pequeños orificios donde había sido clavada y retirada múltiples veces la señal. No hay duda de que el asesinato de Charlotte Renard se debe a su intervención en el negocio de la droga. Posiblemente el jefe o intermediario de la banda internacional, que tiene sus agentes en Caracas, receló de

ella por cualquier motivo y la eliminó. El quid de la cuestión reside justamente en la coincidencia de las dos muertes y el posible lazo de unión entre ellas. ¿Era Juanita de López traficante en drogas? ¿Dónde fue asesinada? ¿Quién fue la mujer que la llevó en el automóvil y la abandonó en San Bernardino?... Ayúdame, Adriana. ¿No puedes decirme algo que me sirva para descifrar este misterio? La intuición femenina es superior a los conocimientos del mejor pesquisante, es un don maravilloso de percepción, de sexto sentido que no poseemos los hombres… ¿Qué se te ocurre a ti?

El rostro ceñudo, grave, interrogativo de su esposo, denotaba una expectación vacilante. Los labios de ella se movieron, buscando una palabra, una idea para darle una contestación apropiada.

Una estúpida respuesta salió de su boca:

—No hay duda, Rodolfo, que la mujer que llevó el cadáver de Juanita hasta… ese sitio donde la encontraron fue la artista esa…

Se calló. Sus palabras sonaron débiles y faltas de entonación. Rodolfo acertó a sonreír irónicamente.

—¡Qué ocurrencia! Te olvidas que las huellas digitales que dejó la cómplice no coinciden con las de la muerta. ¿Crees que a mí se me escapó tan importante detalle?... Además, la misma noche de la muerte de Juanita, yo estuve con esa mujer hasta las doce y media de la noche. La dejé en la puerta del ascensor y como mi plan era vigilarla, en vez de irme me oculté en la plaza, y allí, escondido, aceché la puerta del edificio; y la seguí cuando veinte minutos más tarde salió y tomó su automóvil en el estacionamiento. Desgraciadamente, no llegué a alcanzarla, pues había dejado el mío detrás del edificio, en la callecita de la iglesia, y a pesar de mi prisa, cuando di la vuelta, ella había desaparecido. De todas maneras, bajé por las calles por las que suponía que ella había tomado, y cuando me di cuenta de la inutilidad de mi persecución, resolví dirigirme a la Seguridad para presentar la información a mi superior.

Para Adriana se aclaró, de pronto, la verdad. Con verdadero asombro, inquirió:

—Pero, Rodolfo, qué extraño que tú nunca me hubieras hablado de que te ocupabas de un asunto tan importante… ¿Era por eso, entonces, que faltabas tanto de noche últimamente?

—No había querido decírtelo. Te lo oculté deliberadamente. Pensaba darte una sorpresa… Yo pedí la investigación de ese asunto porque del éxito del mismo dependía de un ascenso importante que definiría, de una vez por todas, mi carrera. El fracaso significaba mi dimisión. Pero estaba seguro de triunfar, y aun a pesar de que los acontecimientos me han desorientado por completo, tengo fe en mi tenacidad y llegaré como me lo he propuesto. Por ese motivo falté tantas noches a la casa, y mientras tú estabas ansiosa y preocupada por mí…, yo pernoctaba en un cabaré hasta altas horas esperando el momento en que la Renard, a quien hacía una simulada corte admirativa, aceptara mis insinuaciones. Tenía la esperanza de que se decidiera a acercarse y aparentarle que era un incorregible consumidor de estupefacientes. Después le manifestaría que daría cualquier cantidad de dinero por obtener la droga de la cual no podía prescindir. Por la suma que pensaba ofrecerle, si nuestras sospechas eran ciertas, no cabía duda de que ella me la vendería, y esto era justamente nuestro empeño, a fin de constituir una prueba y detenerla. Esa noche de la que te hablo, como de costumbre, ocupé mi sitio en la mesa; no quitaba la vista a la artista cuando esta se presentaba en su acostumbrado número de canto. Llevaba un mes actuando como un admirador de esa infortunada, le enviaba flores y con ellas incluía una tarjeta pidiéndole una cita. Parece que la mujer era muy cauta, pero se decidió al fin y vino a mi mesa. No tenía conversando con ella más de diez minutos, cuando una imprevista llegada de la policía trastornó mis planes. En el cabaré se jugaba y los agentes habían recibido órdenes de requisar esa noche

el local. Penetraron en este rodeándolo y no permitiendo que nadie saliera del lugar. Parece que a Charlotte Renard no le interesaba ser apresada, ni mucho menos interrogada, y aprovechando la agitación y confusión del momento le sugerí que huyéramos. A mí tampoco me convenía perder tiempo con la policía local, ni despertar en ella sospecha alguna. La seguí corriendo hasta su camerino, saltamos por una ventana y ambos huimos en mi automóvil. La mujer me indicó que la llevara a su domicilio y yo la acompañé hasta la puerta del ascensor. No me permitió que subiera con ella, estaba nerviosa y comprendí que esperaba a alguien. Entonces la dejé y la aceché igual que lo estaba haciendo desde que obtuve los datos de que era sospechosa en el tráfico de drogas. Como supondrás, me fue imposible continuar las investigaciones. El dueño del cabaré fue detenido y el establecimiento lo cerraron las autoridades al hallar en este una ruleta. La casualidad, llamémosla "mala suerte", de que dos investigaciones distintas se estuvieran haciendo en el mismo sitio, me obligó a interrumpir las averiguaciones. Esa misma noche, cuando llegué a la Seguridad, me encontré con la orden de salir inmediatamente para San Bernardino a ocuparme de un misterioso caso de asesinato y, asombrado, descubrí que la muerta era tu amiga. Como el otro asunto se había suspendido momentáneamente fui encargado del nuevo, no sospechando jamás la relación que podía existir entre una y otra. Los detectives subalternos, a mi disposición, se ocuparon de continuar espiando a la artista, quien desapareció misteriosamente y nada se llegó a descubrir, hasta que su muerte súbita, ocurrida ayer y descubierta hoy, me ha abierto mil insospechados caminos. Volviendo a Juanita de López, justamente hoy en la mañana obtuve la recompensa da mis desvelos. Localicé, después de haber visitado más de diez cerrajerías, al individuo que hizo el duplicado de la llave que ella tenía. Y, asómbrate, querida, fue hecha en la mañana del día después de su muerte. Inexplicablemente, ¿verdad?... Mientras tú

salías aquella mañana para comprar hilos y cintas alguien penetró en nuestra casa, adivinó que la llave estaba debajo del altar, la recogió, mandó a hacer otra igual, luego le limó un diente y la volvió a colocar en el mismo sitio. Dime tú si no es extraordinario. ¿Qué opinas al respecto? ¿Qué fin perseguía la cómplice del asesino para hacer toda esta maniobra?... Vamos, habla. No puedes ya volverte atrás. Estás atrapada. Posiblemente, te olvidaste de que te habías casado con un policía y a tus odiosos embustes y engaños se sumaron errores imperdonables, que no me fueron difíciles descubrir. Confiesa la verdad, no al esposo, porque entre tú y yo no existen lazos en este momento, sino al detective, al sabueso, al pesquisante.

"¿A quién ocultas tú? ¿Quién mató a Juanita de López? ¿Qué te obligó a manchar mi nombre con un crimen tan horrible?

XII

El detective… el pesquisante… el sabueso. Efectivamente, ese era en esos momentos su esposo. El enemigo que acechaba sus gestos, desconfiaba de sus palabras, descubría en cada una de sus frases una segunda intención. Su serenidad se desmoronó; sintió un anhelo súbito de desembarazar su corazón de aquella oscura red de misterios en que estaba envuelta. El momento crítico había llegado, al fin, y a ella no le quedaba más camino que decir la verdad. Tarde, quizá, porque en las profundidades de su conciencia latía el temible presentimiento de que su esposo no le creería. Él había adivinado algo, pero estaba confundido; había sentido rondar sus mentiras, sus falsas palabras, el superficial brillo alegre de sus ojos, su estudiado comportamiento de los últimos días y no se había engañado del todo. Sostuvo, por un instante, su mirada y no descubrió en ella amor. Eran los ojos de un juez que se enfrentaba con un delincuente peligroso, del cazador alerta, del perro de presa; que la miraban fríos, brillantes y seguros de atraparla.

No supo si deseaba más su cólera que aquella helada actitud. Él esperaba. Medía sus reacciones, observaba su faz descolorida y su frente cubierta de sudor, el visible temblor de las pequeñas manos sobre el regazo. De pronto, en su corazón se evaporó el miedo. Su instinto cobró fuerzas para defenderse y, a pesar de la gravedad del momento, una sutil tranquilidad se filtró por sus angustias al pensar que de inmediato desahogaría el secreto que la atormentaba y definiría de una vez por todas la situación. Su voz sin matices, vacía, pero firme, dijo:

—¡Basta, Rodolfo! No sabes lo que dices… Hablaré. Te contaré todo y tienes que creerme.

Su esposo rio sarcásticamente.

—No te afanes en decir nuevas mentiras, Adriana; es inútil.

—Me oirás. No intentaré convencerte si no lo deseas, pero la verdad es que yo no tengo nada que ver con ese odioso crimen, aunque todas las evidencias me acusen.

Adriana empezó a relatar su historia, desde el momento en que halló en su saco la huella de pintura de labios, la intervención de Juanita, hasta el minuto presente.

Rodolfo la escuchaba con el pleno convencimiento de que su mujer inventaba una historia tan llena de lagunas que el más tonto no podría darle crédito. Cuando ella calló esperando el fallo de su esposo, este, al primer instante, no respondió. Se incorporo en la cama, se puso de pie y con el rostro gris por la ira se enfrentó a ella. La sujetó por los hombros y alzando la mano la abofeteó con toda su fuerza.

—¡Infame, habla! ¡Di la verdad, traidora!...

La muchacha se estremeció. Un lado de su rostro se puso lívido por el golpe. De sus ojos no brotaron las lágrimas. Él volvió a golpearla con furia.

—¡Si no me dices la verdad, te mato ahora mismo!

—Suéltame, Rodolfo —pronunció con voz temblorosa—, me haces daño.

—¿Y tú a mí?... ¿Te imaginas que es poco todavía lo que me has hecho?

La soltó bruscamente y empezó a caminar nerviosamente por la habitación.

—¡Dios mío! ¿Cómo pude equivocarme contigo? —gritó—. ¡Qué falsa e indigna eres! ¡Qué viles sentimientos se amparan debajo de tu cara inocente y tu apariencia de mujer buena!

—Se acercó de nuevo a ella—. ¿Crees que soy tan imbécil para tragarme esa historia inverosímil?... ¿Por qué, si fue así, no me referiste eso la misma noche que ocurrió? ¿Por qué mentiste cuando te pregunté esa misma mañana si no habías visto a tu amiga recientemente? ¿Para qué fuiste a una cerrajería a hacer un duplicado de la llave y la limaste luego, simulando aquella falsa escena? ¡Cómo te habrías reído de mí! —añadió con voz ronca y amarga—. ¡Qué tonto e imbécil debo haberte parecido!

Hizo una breve pausa y su voz prosiguió inexorable:

—Tú estás complicada en el asesinato de tu amiga y de esa mujer. ¿Es acaso el asesino tu amante?... ¿En qué mundo de ignominias estás hundida, Adriana?

La joven guardaba silencio. Sus ojos atormentados miraban al vacío. Cada palabra la sacudía levemente, las escuchaba como si procedieran de lejos. De pronto, ante el insulto, sus nervios volvieron a vibrar y en un desesperado grito que salió de lo más hondo de su ser, dijo:

—Si crees eso, ¿por qué no me matas de una vez? Estás loco, Rodolfo… Tienes que serenarte. Te juro por mi vida que todo lo que te he dicho es la verdad.

El joven la agarró violentamente por la muñeca. La miró como si viera en ella un monstruo horrible.

—De modo que es la verdad, ¿no? ¿Y cómo podrías probármelo? ¿Por qué no pronuncias más bien el nombre de ese hombre a quien ocultas?

Ella se libró de su mano.

—¡Por Dios, Rodolfo! —se quejó—. No sigas. Me vas a volver loca. No puedo resistir más. No puedo resistir más… —Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, que lo miraron fijamente.

Rodolfo soltó una risotada sarcástica.

—¡Ah!, lloras ahora, maldita! Lograste lo que querías. No me digas nada. Ahora mismo renunciaré a mi cargo. Extraños caminos escoge el destino para aniquilar a un hombre y convertirlo en un guiñapo. Yo elegí por innata afición la carrera detectivesca, sin presentir jamás que mis conocimientos criminalistas me revelarían en mi primer caso, el más importante, en el que me comprometí a triunfar, que es mi propia esposa la cómplice de un asesino. —Sus ojos permanecían fijos en el rostro pálido y trémulo de su mujer—. ¿Por qué has sido tan cruel?... ¿Cómo no pudo conmoverte la dedicación y el gran amor que he sentido por ti?... Oye bien mis últimas palabras, Adriana. Salgo inmediatamente para la Seguridad. Mi orgullo y dignidad me impiden delatarte, pero deseo que a mi regreso no te encuentre aquí.

Sin decir una palabra más, Rodolfo salió de la estancia. Ella sintió el portazo violento y luego el roce de los cauchos de su automóvil que retrocedían al salir del garaje.

Se sintió perdida. Sin él, su vida no tenía objeto. El final había llegado para los dos. Se dejó caer sobre las almohadas llorando desconsoladamente. En su interior, su pujanza yacía inerte; un gran desaliento llenó su corazón; una profunda fatiga moral quebró definitivamente su resistencia, su deseo de luchar por algo que era imposible recuperar. Los sollozos se acumulaban en su garganta ahogándola. Le sobrevino de pronto el horror a la soledad, a la existencia sin él; ondas de dolor se mezclaban en su impotencia. Nunca se imaginó que se pudiera sufrir tan intensamente. En ese crucial momento de su existencia, la idea de morir se clavó en su mente y tomando una súbita resolución se levantó de la cama.

Se limpió con el dorso de la mano su cara mojada por las lágrimas y se dirigió hacia el interior de la casa, en busca de Teresa. La mujer estaba en su cuarto vistiéndose y esto le facilitó su plan, pues no deseaba que ella se alarmara al contemplarla como estaba.

Le indicó que al terminar podía salir y que no se molestase en regresar temprano porque ella y su esposo estarían fuera toda la noche.

Luego se dirigió al baño. En la pequeña alacena de los remedios recordaba haber guardado, en una oportunidad en que Rodolfo estuvo enfermo, un hipnótico poderoso.

Lo encontró, abrió el tubo de cristal y dejó caer en la palma de su mano las diminutas pastillas. Había veinticinco. Una dosis de tres bastaba para producir un letargo demasiado profundo; todas, significaban la liberación definitiva de sus angustias. Un sentimiento de profunda tranquilidad la colmó de pronto. Su exaltada tensión empezó a desvanecerse, porque en su decisión no existían alternativas. Antes de volver a su habitación pasó por la cocina y llenó un vaso de agua. Al entrar en su estancia, cerró la puerta pasándole la llave.

Volcó las pastillas en el agua para que se disolvieran y mientras tanto buscó en su cómoda una libreta y un lápiz. Se apoyó en la mesita de noche y empezó a escribir. No había terminado aún, cuando oyó la voz de la criada que decía adiós al despedirse. Esperó a oír que cerrara la puerta y prosiguió de nuevo. Al finalizar lo escrito, arrancó la hoja, la dobló y la puso sobre la mesita. Luego tomó el vaso y sin vacilación bebió hasta la última gota. Había escogido el único camino libre, pero del cual no se regresa jamás.

Antes de que sus párpados se cerraran, una especie de alucinación, quizá proporcionada por la droga o por la confusión de sus pensamientos, en ese mundo ilimitado de la vida mental, apareció ante sus ojos. Imaginó ver proyectarse contra la blanca pared la figura de una mujer. Adriana reconoció a Juanita de López. Los ojos verdes inconfundibles de la amiga muerta parecían burlarse de ella. El semblante amarillo, espectral, dejaba ver sus dientecillos de rata en una sonrisa de triunfo. Como nunca, parecía repugnante. A la joven le pareció oír en su semiinconsciencia la voz llena de

malignidad que pronunciaba palabras inconexas, pero conocidas por ella y que le traían desagradables recuerdos: "Tienes que acecharlo, perseguirlo… Yo te acompañaré. Ese problema lo hago mío desde este momento. Debes actuar lo más pronto, o si no, esa mujer acabará con tu matrimonio"…

Adriana lanzó un grito. No de terror, sino de pena por los errores cometidos. Sin duda alguna que aquello que miraban sus ojos era el espectro de Juanita, el fantasma del mal que aparecía en el último momento, con las mismas frases punzantes, oblicuas, insidiosas… Cerró los ojos. La luz brilló en las pequeñísimas gotas de sudor que aparecieron en su frente. "¿Cuánto tiempo pasará —pensó— para que me descubran rígida y fría, dejando tras de mí toda una historia de suspicacias y murmuraciones?". En su mente empezó a morir la conciencia y no supo cuándo se hundió en el sueño sin sueños del final.

XIII

Rodolfo salió como un loco de su hogar. Mientras manejaba, sin saber a dónde ir, sus labios repetían incesantemente una palabra: "Falsa… Falsa…".

Su cerebro estaba agotado de pensar, de darle vueltas a aquella incógnita. Tenía un temor horrible en profundizar y descubrir la infame verdad. Sentía la imperiosa necesidad de huir, de marcharse lejos, de no volver a verla más. Su idea primitiva, al salir de su casa, fue la de dirigirse a la oficina de su jefe y presentar su dimisión alegando el fracaso de sus gestiones, pero estaba tan perturbado que prefirió calmarse, serenarse un poco. Su vida, su carrera, sus ilusiones, habían quedado destruidas de un solo golpe ante el descubrimiento fatal de que la llave era la de su propia casa. Después, todas aquellas mentiras. Todavía hasta el último instante, Adriana había tratado de salvarse, inventando… inventando siempre…

Recordaba que, cuando le hablaba últimamente, ella se sobresaltaba y respondía casi ausente, sin darse cuenta. Recordó también que durante una corta etapa estuvo hostil, indiferente, y luego, de un día a otro, trocó su anterior actitud y volvió a ser amorosa y dulce, encantándolo de nuevo. Sí, porque la verdad era esa. Ella tenía el don de absorberlo. Y a pesar de todo lo sucedido, sentía que la vergüenza le enrojecía el rostro al reconocer que seguía adorándola, y que mucho tiempo pasaría para que él pudiera desalojarla de su corazón y de sus pensamientos.

Trataba, en sus razonamientos, de buscar un argumento de lógica que atenuara su culpa, pero no lo hallaba.

De pronto, advirtió que había salido fuera de la ciudad; buscó un sitio apropiado y detuvo el automóvil en lo alto de una colina. El espléndido espectáculo de la ciudad lejana se veía desde allí y mil puntos de luz de variados colores emergían de la oscuridad como joyas refulgentes.

Permaneció en el silencio de la noche mientras encendía un cigarrillo tras otro; hundido en ciego estupor, trataba de construir la historia que le había referido su mujer.

¿Podía existir un remoto viso de realidad en esta?... ¿Era factible que por celos, exacerbada su pasión por la insidiosa y malévola Juanita, hubiera salido para seguirlo y… la otra murió asesinada sin que ella lo supiera? No había respuesta sensata.

Se repetía las mismas preguntas que en aquella noche fatídica se hiciera Adriana: "¿Quién podía tener interés en matar a esa infeliz? ¿Por qué la asesinaron?".

Evocó todos los detalles y al final volvía al desconcertante pensamiento de que Adriana, por algún motivo, había inventado la inverosímil historia. ¡No comprendía cómo tuvo corazón y ánimos para hacer eso!

No tenía justificación alguna su actitud. Imaginaba que su mujer había sido seducida por un hombre sin escrúpulos y seguramente eso no databa de ayer. Sus manos se crisparon solo de pensarlo… y por ese motivo, dominando su violencia, había salido de la casa como un demente, porque sus reflexiones lo llevaron a sospechar de ella en esa forma, y temió matarla en un arrebato de locura. En el corazón de Rodolfo vibraban sentimientos desconocidos; oscuras sombras auguraban para él un futuro de tortura y desesperanza. Había leído en su faz, cuando le dijo que no le creía, que era falsa y que se marchara de su hogar, una singular perplejidad mezclada con una infinita angustia. "¿Qué estará haciendo en este instante?...

¿Qué habrá ocurrido? —se preguntaba, a su pesar, ansiosamente—. ¿Se habrá ido?... Se habrá marchado a reunirse con su amante, seguramente"…

Se encontraba asido por la garra de la incertidumbre. Siempre había sido celoso, pero por orgullo logró disimularlo; por eso la perdonaba cuando ella lo asediaba a preguntas y recelaba de su lealtad, comprendiendo sus sentimientos. Recordó después su diaria intimidad en los dos años de matrimonio con la joven y no encontró motivos, en todo ese tiempo, que le obligaran a sospechar de ella. Su amor apasionado, su absoluta abnegación en todos los momentos que habían pasado juntos, la dulce felicidad que había rodeado su vida en esos años, no podían ser simulados. No concebía, en el fondo, que Adriana estuviera enamorada de otro hombre. De todas las mujeres que había conocida, ella era la menos inclinada a flaquear, por ligera, frívola o falta de sentimientos. Se dijo que si la hubiera querido menos, quizá habría permitido que ella se defendiera o por lo menos se explicara; pero no había podido ser indulgente porque los celos lo enloquecieron. "Entonces —se preguntó perplejo—, si ella en realidad es cómplice de algún crimen, pero me quiere y su honor no ha sido mancillado, ¿la perdonaría?". No pudo menos que confesarse que haría todo lo que estuviese en sus manos por salvarla. Preferiría morir él mil veces antes que perderla. "Y si la quieres tanto —volvió a decirse—, ¿por qué no cedes y la escuchas? Antes que decidirte a tomar una definitiva resolución, tu deber es investigar, perseguir la verdad a toda costa y después… sea lo que sea, resolver".

Poco a poco sus razonamientos lo fueron convenciendo. Debía regresar para hablarle. De súbito le vino a la mente aquella expresión indefinible en sus ojos, cuando él se marchó enfurecido, y una pesada angustia cayó sobre su corazón, porque si había errado en sus reflexiones, si había sido torpe en su violencia y ella era de verdad inocente, víctima solo de una casual circunstancia, como le había

manifestado momentos antes con la voz temblorosa, no se iría nunca de su casa, sino que…

El horrible pensamiento le torturó. Y la idea que se le clavó en el pensamiento de que ella, inocente, desesperada, podía matarse, lo hizo reaccionar rápidamente. Puso en marcha el motor y veloz, urgido por su angustia, se dirigió a su casa.

Durante todo el trayecto, asido a la débil esperanza de que ella, si era verdaderamente inocente, no cometería semejante locura antes de aclarar su posición ante él, sintió cierta intranquilidad, no advirtiendo que el gran amor que le tenía era la única fuerza que lo obligaba a regresar.

Cuando estuvo frente a su casa vio luces encendidas. Sintió una fugaz alegría y pensó que ella estaba allí, esperándolo. ¡Que no se había ido!…

Penetró en el recibo y el absoluto silencio le extrañó un poco. "Debe estar en la habitación", pensó. Se dirigió hasta allí y cuando vio la puerta cerrada presintió lo sucedido. Aterrado, trató de abrir. No le cupo la menor duda de que algo horrible sucedía en la estancia y con inusitada fuerza le dio un violento empujón, con todo el peso de su cuerpo, y esta se abrió.

La luz estaba encendida. Desde el umbral la divisó en la cama como si estuviera dormida. A su lado, dispersos sobre la cama, los retratos de Charlotte Renard.

Corrió hasta el lecho y al verla palidísima, su primera reacción fue auscultar su corazón. Débiles latidos le anunciaron que aún vivía.

Buscó desesperado el motivo de aquello y vio sobre la mesa de noche el frasco vacío y el vaso. Un grito desolado salió de su pecho. La tomó en sus brazos y la estrechó contra su corazón. Una y otra vez, sus labios se posaron en su rostro. La llamaba dulcemente, enronquecida la voz por los sollozos.

De pronto se dio cuenta, en medio de su intenso dolor, que debía hacer algo. La depositó suavemente en la cama, y cuando fue a levantar el auxiliar del teléfono que estaba sobre la mesa de noche, advirtió el papel doblado que ella había escrito. Lo abrió y sus ojos, enturbiados por las lágrimas, leyeron su adiós y sus protestas de inocencia: "Sin ti me sería imposible vivir, Rodolfo, y más aún ante la seguridad de que me consideras una infame y una mujer desleal. No quisiste creerme, pero la verdad es que soy inocente. Te quiero. No he manchado ni mi hogar ni tu nombre; yo misma no podría explicar nunca lo que ocurrió y por ese motivo, ante las imprevistas circunstancias que me señalan y puesto que tú tampoco puedes comprenderlas ni creerme, he resuelto matarme. Te he adorado siempre y muero con tu nombre en mis labios. Adriana".

XIV

Adriana no fue llevada a una clínica. Un médico llamado por Rodolfo vino rápidamente y logró salvarla, en conocimiento de la droga que había ingerido, la cual se mantuvo poco tiempo en el estómago y no llegó al torrente sanguíneo. Su misma juventud, su naturaleza fuerte y el enérgico tratamiento que se le administró, no tardaron en hacerla reaccionar favorablemente.

Rodolfo permaneció a su lado toda la noche, pendiente del menor de sus movimientos, transida su alma de pena y seguro de que ella era inocente, y que no podía menos que pedirle perdón cuando volviera de su letargo. Se acusaba de haber sido cruel, violento y haberla lanzado a la muerte. La contemplaba a la luz velada de la lámpara, y su pequeño rostro descolorido, con la huella de su mano en la mejilla, le producía un agudo dolor. Lleno de ternura y arrepentimiento, le besaba las manos y acariciaba su frente. El médico, gran amigo suyo, no inquirió el motivo del accidente; él le había dicho que después de una fuerte disputa que habían tenido, ella, durante su ausencia, había tomado aquellas pastillas, encontrándola en ese estado una hora más tarde, cuando regresó. El facultativo aceptó sus explicaciones y procedió hábil y rápidamente, haciéndola expulsar el tóxico. Luego le recomendó ciertos medicamentos, advirtiéndole que despertaría diez o doce horas más tarde. Prometió ir al día siguiente, y cuando se retiró dejó a Rodolfo tranquilo, pues el peligro había pasado por completo.

Cuando Adriana abrió los ojos, no comprendió en un primer momento qué había sucedido. No recordaba absolutamente nada y sus labios intentaron sonreír cuando vio cerca de ella los ansiosos ojos de su esposo, que la miraban llenos de amor o infinita devoción. Intentó pensar, pero un fuerte dolor de cabeza la hizo gemir quedamente y volvió a cerrar los ojos.

La voz preocupada de su esposo llegó lejanamente a sus oídos; y súbitamente se admiró de que él estuviera allí a su lado y que lograran salvarla. Comprendió, a pesar de la turbación de su mente, que algo milagroso había sucedido en el lapso en que había estado casi muerta. Una deliciosa calma mezclada con una alegría casi dolorosa la sobrecogió al sentir la fuerte mano, que aprisionaba la suya, cálida y protectora. Él estaba a su lado otra vez. Aquello significaba que un nuevo amanecer surgía para ambos. No podía precisar más que aquel maravilloso sentimiento de tranquilidad que liberaba sus nervios y su angustia, y antes de rendirse nuevamente al sueño, su mano estrechó suavemente la de su esposo y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

ᔓ

Al día siguiente, Adriana y Rodolfo hablaron. Por indicación médica, la joven no había dejado el lecho, pero se recuperaba rápidamente; el color había vuelto a sus mejillas y sus ojos brillaban como antaño, ahora plenos de infinita dicha y tranquilidad.

Una y otra vez, sus labios repitieron la historia y Rodolfo, ya convencido de su veracidad, se asombraba de cómo ella pudo resistir tantas y repetidas emociones, estupefacto ante su audacia y rápida reacción para actuar en los momentos de peligro. El detective permanecía firme en su idea de que solo el "fantasma" podía haber cometido los dos crímenes.

—Veamos, querida —le decía a su esposa—, es necesario resolver esta incógnita. Trata de pensar y meditar bien tus respuestas, pues

quiero interrogarte otra vez sobre ciertos puntos de tu historia que no puedo comprender. Empecemos por el momento en que saliste de la casa. ¿A qué hora te vino a buscar Juanita de López?

—A las once y media.

—Bien, a esa misma hora yo me encontraba en el cabaré. ¿Qué hicieron luego?

—Salimos directamente para el edificio Naiguatá, pero no pudimos estacionar inmediatamente porque no había sitio sino en el callejón de la iglesia, y solo nos interesaba aparcar enfrente de la puerta para acecharte.

—¿Por qué suponían que yo había de entrar por allí precisamente, cuando el pasaje tiene dos puertas?

—Juanita me explicó que por el otro lado que daba a la plaza y al estacionamiento privado no era frecuente que entraran los visitantes, sino los inquilinos de los apartamentos. Y en cambio, por la puerta que vigilábamos, era seguro verte si entrabas, puesto que como todo el mundo tendrías que estacionar el automóvil en la cuadra y ya anteriormente ella te había visto venir del callejón y penetrar por allí.

—Es cierto. Yo entré al edificio dos noches seguidas por ese lado y salí a la plaza, donde me escondía para vigilar. ¿Cuánto tiempo estuvieran esperando hasta verme llegar con la Renard?

—Media hora. Lo recuerdo porque ella me hizo ver que la artista esa noche regresaba más temprano, pues, según había comprobado, su última presentación en el cabaré era a la una, y me sugirió que solo el interés de estar contigo más tiempo la habría hecho prescindir de efectuar el espectáculo.

Rodolfo frunció el ceño. Sus ojos llenos de benevolencia se endurecieron al oír las palabras de su esposa. El tono de su voz denotaba desprecio y cólera cuando exclamó:

—¡Qué insidiosa era! Estoy por creer que la muerte que tuvo fue merecida. Dime, Adriana, ¿cuánto tiempo tardaste en seguirme?

—Yo quise salir detrás de ti, pero ella me retuvo diciendo que era un error proceder tan violentamente, que debía esperar un poco hasta que tú estuvieras dentro y luego, cuando la mujer abriera la puerta, sin darle tiempo a reaccionar, la empujara y penetrara para sorprenderte. Por eso esperé veinte minutos antes de proceder. En el mismo instante de abrir la portezuela, como no llevaba cartera sino únicamente la llave de la casa, se la di para no perderla.

—¿Cuánto tiempo calculas tú que transcurrió mientras subiste, golpeaste la puerta y regresaste?

—No más de quince minutos.

—Aparte del individuo que te obligó a salir del piso amenazándote, ¿no viste a nadie más?...

—No.

—Piensa bien. ¿Estás segura de que no viste a ninguna otra persona?...

—Bueno, sí… Era tal mi confusión y cólera, que cuando bajaba las escaleras iba tan abstraída que tropecé con un hombre que subía apresuradamente. Casi me caí y este me sujetó. Luego salí por el pasaje hasta la puerta y me dirigí al auto.

—¿Recuerdas la cara del hombre con quien te tropezaste?

—Sé que era alto, fornido y tenía una cicatriz en la frente. Llevaba el pelo cortado en forma de cepillo, como lo usan algunos luchadores…

Súbitamente, la joven, al terminar de decir la última palabra, se puso pálida, y un grito ahogado se escapó de sus labios. En ese preciso instante recordó algo que se le había borrado por completo de la memoria. Cuando habló de nuevo, su voz tembló llena de temor:

—¡Por Dios, Rodolfo!... Sí, un luchador… El asesino, el hombre del sueño, el hombre que me ha perseguido dos veces. Estoy segura, es él… es él…

—¿Qué dices? No entiendo, querida… Pero ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal?

La joven se había dejado caer sobre las almohadas y un temblor nervioso estremecía su cuerpo. Su pulso se debilitó y un sudor frío cubrió su frente. Su marido, alarmado, se incorporó y corrió a buscar un frasco de Coramina. El médico le advirtió que, en caso de que ocurriera algo parecido, dejara caer unas gotas debajo de la lengua. Su corazón había quedada afectado por las fuertes emociones padecidas y ante el recuerdo que imprevistamente la llenó de pánico, este acusó la conmoción y casi sintió un principio de vértigo. Rodolfo se apresuró en atenderla y le prohibió hablar más del asunto por esos momentos, pero la joven, en lo que se recuperó, dijo:

—No, Rodolfo. Es importante que hable ahora mismo. Ya me pasó un poco el malestar y debo decirte que ese hombre con quien tropecé en la escalera esa noche es el asesino de Juanita. Ahora se aclaran mis ideas y te explicaré por qué estoy segura de ello.

Tomó aliento, excitada, antes de proseguir:

—Me había olvidado por completo de un detalle. Cuando yo logré, después de muchos esfuerzos, poner en marcha el auto, ese mismo individuo salió por la puerta del pasaje y al verme se lanzó corriendo hacia mí. Yo, en mi desesperación por huir rápidamente, no entendí por qué aquel había procedido en forma tan extraña, y lo pude reconocer porque al pasar a su lado estaba debajo del farol eléctrico a plena luz. Me asusté por su mirada horrible y amenazante. No busqué explicaciones al hecho y hui velozmente, aturdida sin saber qué iba a hacer y cómo podría deshacerme del cadáver de Juanita y salvarme de la imprevista y horrible situación en que me hallaba. Lógicamente, me olvidé del asunto. Pero hace pocos días…

Adriana refirió a su esposo la extraña persecución del individuo con que casualmente tropezó saliendo del mercado y luego, más

tarde, la improbable coincidencia de verle por segunda vez cerca de la casa de su amiga y su tenacidad en perseguirla.

—… No le reconocí —continuó— porque llevaba, en las dos oportunidades, un sombrero de ala flexible que daba sombra a su rostro, pero la segunda vez, al ver el lujoso automóvil que tanto me había llamada la atención, me admiró la coincidencia del encuentro con dicha persona e instintivamente, al pasar a su lado, miré su rostro y este me causó una impresión extraña, como si lo hubiera visto anteriormente. Me resultó repulsivo sin saber por qué y ante la idea de que se le ocurriera perseguirme nuevamente, aceleré y desviándome traté de perderme para que no insistiera en sus propósitos, suponiendo que era uno de esos tenorios que acostumbran importunar a las mujeres. Advertí con fastidio que me seguía y logré por una casualidad escapar… quizá de la muerte, ahora lo comprendo. Llegué a la casa nerviosa y preferí no decirte nada porque me hubieras prohibido salir de nuevo y yo no consideraba el asunto digno de un disgusto entre ambos.

Rodolfo escuchó un poco pálido y expectante el relato de su mujer, y cuando terminó dijo:

—¿Y cuáles fueron esos sueños que te perturbaron tanto y que tampoco me los dijiste?

—Supongo que en mi subconsciente latía un aviso… No sé, pero lo curioso fue que esa misma noche soñé que veía la cara del hombre que se iba acercando, acercando, y me decía: "¿No me reconoces?... ¿No me reconoces?...". No recuerdo más… Yo gritaba desesperada, llena de angustia en el sueño, hasta que me desperté.

En la mente del detective se iban recomponiendo las mallas de aquel intrincado enigma y su corazón se agitó por el temor de que su esposa estuviera en peligro nuevamente. Sin demostrar su angustia para no alarmarla, le preguntó con voz serena:

—¿Por qué supones que ese individuo es el asesino de Juanita?

—Está claro, querido. ¿No te has dado cuenta? Ese hombre debe haber sido el que suministraba la droga a la Renard. Supongo que, dado al trabajo a que se dedicaba, estaba alerta y la insistente vigilancia de Juanita, por varias noches alrededor del edificio, luego su imprudente visita a la artista que, seguramente, advirtió del hecho a su cómplice, le hizo pensar que era alguna espía de la policía. La noche en que la mataron, quizá la Renard, cuando entró en su apartamento, después de que tú la dejaste, se asomó a la ventana y se alarmó al ver de nuevo el auto con una mujer adentro vigilando. Avisó por teléfono y luego salió apresuradamente de allí, tal como sucedió. Coincidió su salida con mi llegada al apartamento, que estaba solo, y que yo creí que no me abrían porque tú y ella… Bueno, ya te he referido cómo me trastornaron los celos y empecé a golpear la puerta como una insensata. Supongo que durante ese corto lapso el asesino llegó, se acercó al automóvil en donde Juanita me esperaba y rápidamente, sin hacerse sentir, se vino por detrás y de un golpe en la nuca la mató. Luego se dirigió al apartamento en el preciso momento en que yo bajaba. No me explico por qué motivos se devolvió, salió por la misma puerta y corrió hacia mí, en el justo instante en que yo, con el cadáver en el auto, huía ante sus ojos. No sé si lo alertó el hombre que me vio en el piso o si fue casualidad. Pero cuando me reconoció en el mercado, suponiendo que yo sabía algo, no explicándose qué hice con el cuerpo de Juanita, puesto que el suceso se silenció para el público, y quizá imaginando que yo sabía demasiado, me persiguió con la idea de matarme.

—Tienes razón. Todas tus deducciones son acertadas. Creo, querida, que el desenlace se aproxima. Desde luego que no te pasará nada —dijo con repentina dulzura en la voz— y no debes alarmarte más. Haré vigilar la casa desde ahora mismo por detectives, y así estarás protegida. Ahora lo que interesa es que estés bien, pronto. Ya no hablemos más. Trata de dormir, que yo me quedaré a tu lado.

Cuando la joven se durmió, Rodolfo apagó la luz, la cubrió bien con las mantas y silenciosamente salió de la estancia.

Se dirigió al teléfono que estaba en el comedor y marcó un número. Dio rápidas y precisas órdenes a la persona que atendió y luego se dirigió al salón donde se sentó a leer un rato. No habían transcurrido veinte minutos cuando un suave toque en la puerta lo hizo saltar del asiento y correr a abrirla. Un hombre alto, de anchos hombros y rostro agradable estaba frente a él. Rodolfo lo hizo pasar sin pronunciar palabra y cuando estuvieron sentados le dijo:

—Lo he llamado, oficial Romero, para que encargue a dos subalternos de la vigilancia de mi casa. Yo debo salir a efectuar una misión urgente y como mi esposa se encuentra enferma, no quiero dejarla únicamente en compañía de la criada. Además, según un aviso recibido hace poco, por esta misma calle se ha visto rondando a un individuo alto con aspecto de luchador, tiene una cicatriz en la frente y lleva el pelo cortado a cepillo. Maneja un Cadillac de último modelo color verde oscuro. Le ordeno seguir a este hombre como una sombra, manteniendo la vigilancia constantemente y siguiéndolo a donde vaya. Particípeme sus gestiones por teléfono, aquí o a la oficina. Deje órdenes a los agentes de que vigilen mi casa, de no separarse por ningún motivo de ella y de que estén alerta, deteniendo a cualquier individuo de esa filiación que intente penetrar aquí. Eso es todo por esta noche.

Al terminar Rodolfo, el oficial se puso en pie y antes de salir dijo:

—Está muy bien. Ya los detectives se encuentran aquí; les dejaré las órdenes y yo me situaré con mi automóvil en esta calle para la vigilancia.

Rodolfo, antes de salir, dio un último vistazo a su mujer; esta dormía profundamente y supuso que no despertaría en toda la noche. Llamó a la criada y le encargó que ocupara la habitación contigua al cuarto donde dormía Adriana y estuviera pendiente

por si necesitaba algo. Le explicó que tenía que salir para un asunto urgente y que no tardaría mucho.

Minutos más tarde corría en su automóvil, en dirección al edificio Naiguatá.

XV

El apartamento donde se había cometido el crimen estaba custodiado por dos agentes. Rodolfo los conocía y les ordenó que lo abrieran, pues necesitaba hacer una investigación de importancia. Al entrar encendió la luz y el desorden que reinaba en el pequeño recibo lo llenó de desaliento. La idea que lo había impulsado repentinamente a regresar al lugar del crimen era la de ganar el tiempo perdido, efectuando una acuciosa revisión en busca de cualquier pista que se hubiera escapado a los ojos de águila de los inteligentes detectives. Pero aquella confusión que estaba ante su vista, le decía a las claras que Calvo hizo un registro a fondo de la habitación en busca de un indicio, por más insignificante que fuera. La alfombra estaba arrollada en un rincón, las tres pesadas butacas arrimadas contra la pared, lo mismo que el diván. Todos los muebles tenían la tapicería destrozada, dejando salir de su interior los resortes y parte del algodón. Se dio cuenta de que poco podía hacer allí. Sin embargo, buscó con la vista algo donde sentarse un momento, pues deseaba concentrar lo más posible sus ideas para luego proceder. Una pequeña banqueta laqueada en color beige, que supuso era la de la peinadora, estaba tirada a un lado. La enderezó y se sentó en ella. Paseó su mirada lentamente, apreciando todos los detalles, hasta fijarla en la puerta abierta del cuarto, que correspondía al dormitorio que ocupara en vida la artista, y sus ojos quedaron fijos por un instante. Volvió su vista a recorrer el salón tratando de recordar cómo era el orden en que se encontraba, cuando entró llamado urgentemente por el inspector, que ya estaba allí desde hacía tiempo, tomando

notas y preocupado por los acontecimientos. Este le había referido que cuando la criada que hacía el servicio del apartamento descubrió a la artista muerta, por sus gritos, todos los inquilinos del edificio, enterados primero que la policía del suceso, habían penetrado en las habitaciones aprovechando la confusión del momento, antes que las autoridades impusieran el orden y desalojaran a los curiosos.

Rodolfo fue llamado más tarde, por hallarse en las investigaciones sobre el asesinato de la López, y el inspector general de la S. N., al tener conocimiento de quién era la muerta, hizo acto de presencia en el lugar del crimen. En conocimiento de que aquella era precisamente la persona de quien tanto se habían ocupado últimamente —en las investigaciones sobre el comercio de drogas—, no le fue difícil llegar a la conclusión, al ver la forma de la muerte de la Renard, de la relación que existía entre el asesinato de la viuda de López, recientemente ocurrida, y la de esta, por lo que envió a buscar al detective Hurtado, quien había sido encargado desde el principio del importante asunto.

Durante varias horas, los dos hombres, jefe y subalterno, estuvieron tomando notas y efectuando las investigaciones. Después de que los fotógrafos y peritos en huellas digitales cumplieron su cometido, se efectuó el levantamiento del cadáver, que fue llevado al hospital para ser sometido a la autopsia.

Hurtado recordaba que cuando él y su jefe se quedaron solos en el apartamento, que estaba en un completo desorden, se sentaron en el salón para cruzar ideas a solas, por primera vez desde ese día.

El inspector Calvo le confesó que estaba desorientado y al mismo tiempo deprimido. La inesperada muerte de la única persona que hubiera podido darles una pista cierta, con respecto al jefe de la banda de traficantes internacional, había sido eliminada y no le cabía la menor duda de que se debía a una medida tomada por aquellos para evitar que la mujer los delatara. Mientras sus palabras

deductivas las iba confiando a Hurtado, este conservó durante todo el tiempo una actitud de reserva y se limitó a escuchar las acertadas conclusiones de su superior. No podía hablar a su vez, porque, en el preciso instante en que fue reclamado para acudir a la urgente llamada, llegaba a la oficina con la desoladora creencia de que su esposa estaba comprometida en el asesinato de su amiga, al descubrir —por la relación que le dio el cerrajero— sobre la filiación de la mujer que había mandado hacer la llave y demás detalles comprometedores que la hacían aparecer como cómplice. No había tenido tiempo todavía de tomar ninguna decisión al respecto, pues cuando llegó a la S. N. ya lo esperaban con la otra noticia, que lo dejó estupefacto, aunque no se imaginó jamás todas las complicaciones que para él tendría aquella llamada.

Por ese motivo, cuando el inspector le mencionó el otro crimen relacionándolo con el de la cubana, detalle que él había advertido, en su corazón se agolpó la sangre y un estremecimiento lo sacudió. Sin embargo, trató de esbozar una sonrisa para dominarse ante aquellos ojos de águila, y dijo:

—Inspector, permítame decirle que… usted está en lo cierto, desde luego, pero… recuerde que yo llevo quince días trabajando sin descanso en las averiguaciones sabre el asesinato de la viuda de López y, aunque no he hallado todavía una pista segura sobre el asesino, esa infortunada no tenía nada que ver en ningún asunto penado por la Ley, por lo que no considero factible que los dos crímenes hayan sido cometidos por la misma persona.

—Vamos… Bien sabe usted que sí es posible. Aunque en las investigaciones no existan sospechas en este sentido contra ella, la madeja empieza a desenredarse, amigo… En estos dos asesinatos no existe coincidencia y en cambio tenemos la seguridad de que hay una cómplice por las huellas digitales halladas en el automóvil de la López. A propósito, Hurtado, ¿qué me dice de la llave?... ¿Qué

resultados ha obtenido de sus investigaciones sobre tan importante pista?

Rodolfo titubeó antes de responder:

—Bueno…, en realidad…, no he podido descubrir nada por intermedio de esta. Visité multitud de cerrajerías sin encontrar una pista cierta. Por lo tanto, supongo que ha sido una pérdida inútil de tiempo

El inspector mira a Hurtado detenidamente. Algo, en la voz, en la expresión de su cara, le sorprendió. Lo notó raro, nervioso y trató de adivinar qué le ocurría a su subalterno, con relación al reciente asesinato de la Renard. Conocía su carácter decidido y sabía que el joven detective no estaba así debido a que creyera que sus investigaciones habían fracasado, ni a titubeo alguno con respecto a proseguir las averiguaciones; estaba seguro de que nada se encontraba más lejos de su pensamiento. No obstante, su turbación lo traicionaba ante sus ojos.

El interés de Calvo se excitó de pronto y dijo con voz suave:

—Es curioso, Hurtado. Algo me dice que usted ha perdido interés en este asunto o ha averiguado cosas de suma importancia que teme comunicármelas, no sé por qué motivo.

Las morenas mejillas de Rodolfo se colorearon súbitamente. Se sintió, ante la mirada inteligente del inspector, completamente desarmado. Temía que aquel supondría lo que le estaba ocurriendo, y a la vez, su propio sentido del deber, el principio de autoridad que el otro representaba, lo obligaba a no infringir las reglas que estaban firmes, enclavadas en el más íntimo reducto de su conciencia. Sin embargo, temía el castigo que podría recaer lógicamente sobre la mujer que amaba, a pesar de que la consideraba una traidora.

—No, inspector, de ninguna manera. Usted se equivoca. Nunca como ahora me he sentido más dispuesto a poner de mi parte todo lo que sea necesaria para el descubrimiento del asesino. No le oculto

nada, pero no deja de ser curioso, en el crimen de la López, un detalle de vital importancia.

—A ver, ¿cuál es ese detalle?

—El motivo que pudo haber tenido el asesino para eliminarla. No le aseguro a usted que esa mujer no tenía nada que ver en el tráfico de estupefacientes, y a pesar de la coincidencia de las dos muertes, hay que buscar por otro lado, e insisto en que es un absurdo el relacionarla con la artista, a quien estoy seguro ni siquiera conocía. Con respecto a la cómplice, o sea, la mujer que condujo el automóvil con su cadáver hasta dejarlo abandonado en San Bernardino, me encuentro ante la imposibilidad de descubrirla, no obstante la minuciosa investigación que he hecho sobre las amigas de la víctima. Eran muy pocas, y en los interrogatorios me di cuenta de que las cuatro mujeres, todas de clase humilde y casadas, con varios chiquillos, presentaban coartadas indudables y atestiguadas sobre sus movimientos en la noche del crimen.

Recordaba claramente haber continuado haciendo sus observaciones con el fin de despistar al inspector, quien lo estuvo oyendo con una indefinible expresión pintada en su rostro. Poco después salieron y se dirigieron a las oficinas de la S. N., en donde los retratos de la Renard le fueron entregados y con los que trató de desconcertar a su esposa para obligarla a confesar la verdad. Luego, la disputa en su hogar y el intento de suicidio de Adriana le obligaron a retirarse momentáneamente del asunto hasta esa noche en que, llevado por un súbito impulso, regresaba al apartamento de la bailarina asesinada, para tratar de reconstruir el crimen y obtener alguna pista que le ayudara a resolver el intrincado problema.

En su pensamiento latía una idea obsesiva. No se había hallado la droga en ninguna parte y él presentía que, a pesar de la minuciosidad en el registro efectuado por el inspector, debía estar escondida en alguna parte. Se puso de pie y se dirigió al dormitorio. Encendió la

luz. Allí también se notaba la mano de los investigadores, y hasta el colchón de la cama estaba rajado por completo y tirado en un rincón junto con las sábanas, la colcha y las almohadas. Se acercó al tocador, del cual, después del registro, no se habían retirado los potes de cremas y demás artículos de maquillaje que usaba la mujer, y uno por uno los tomó en sus manos, los abrió y hundió su dedo en la espesa crema blanca de que estaban mediados. No sabía por qué había hecho eso, pues quizá a los detectives no se les había pasado por alto ese detalle. Con el dedo pringoso de crema buscó con los ojos algo con qué limpiárselo. Abrió una de las gavetas buscando una toallita de papel y entre la multitud de fruslerías que allí se encontraban, distinguió un pequeño estuche de cuero verde cerrado con un cierre. No hallando lo que buscaba, sacó de su bolsillo un pañuelo y se limpió; luego tomó el estuche y lo abrió. Dentro había algunos útiles para coser, dos tijeras pequeñas y agujas de diferentes tamaños, una de ellas estaba enhebrada con hilo verde, y le llamó la atención el hecho de que los dos carretes que estaban dentro del estuchito eran blanco y negro. Sacó la aguja enhebrada y se la prendió detrás de la solapa. Continuó registrando la habitación, movió la cama y debajo vio un pequeño tubo verde. Era un carrete de hilo. Lo recogió y comparó el hilo que estaba en la aguja, dándose cuenta de que era el mismo. Volvió a prenderse la aguja y guardó el tubo en su bolsillo. Con la vista empezó a buscar en el amplio recinto alguna prenda de ese color. La colcha tirada en el suelo, igual que las cortinas, eran azules. De pronto se dirigió, con una súbita esperanza, al clóset. Corrió la puerta movible, a la cual, por suerte, no le habían pasado llave y vio en desordenado montón los trajes que habían sido descolgados de sus perchas y tirados en el suelo. Uno por uno los sacó, los había de diferentes colores y tipos: largos, descotados, de fiesta, de mañana; rosa, azul, crema y, al fin, uno verde de mangas largas. Ansiosamente buscó el ruedo y palpó a todo

lo largo de la amplia falda, pero ningún bulto extraño le confirmó sus sospechas. Sin embargo, no se dio por vencido. Volvió el traje al revés, del cual se desprendía la fuerte esencia que usara la cubana, y buscó en las costuras, en los drapeados, sin hallar nada. De repente notó el exagerado tamaño de las hombreras y sintiendo una absurda emoción las arrancó con cuidado del traje y las examinó. Estaban cosidas a mano con un hilo del mismo color del traje, y al tacto, Rodolfo comprendió que había dado con lo que tan ansiosamente buscaban. Efectivamente, al descoser la almohadilla, una pequeña bolsa plástica llena de un polvo blanco como bicarbonato apareció ante sus ojos. Las sospechas de Calvo sobre la artista no habían sido meras presunciones, y una vez más se admiró de la sutileza del investigador y de su infalible perspicacia.

Sintió de pronto el impaciente deseo de correr a buscarle para enseñarle su hallazgo, y se adelantó hacia el salón con el fin de hablarle por teléfono; pero en el mismo momento en que alzaba el auricular y su dedo marcaba el primer dígito, pensó cuántas veces Gina Montes habría marcado en ese teléfono un número para avisar a su cómplice de que tenía la droga en su poder. Y evocó el recuerdo de la historia que le refiriera su esposa y que fue el motivo de su equivocación, cuando su amiga llamó por teléfono imitando la voz de un hombre y la contestación recibida: "¿Eres tú, Rodolfo?". Rodolfo… y luego aquella frase que la bailarina le dijera la noche que lo conoció: "Los Rodolfos siempre me han traído mala suerte". Seguramente que ese era el nombre de un individuo que debía mantener íntimas relaciones con ella. Allí, precisamente, estaba la incógnita y quizá la clave del misterio. ¿Quién era Rodolfo? ¿El hombre que perseguía a su esposa? ¿Un amante de la Renard? ¿El asesino?

Sin terminar de discar el número, colgó. De pie, con el ceño fruncido, meditaba. Se acercó a la ventana y miró a la calle a través de los visillos. Distinguía perfectamente los carros estacionados en el

área que su vista alcanzaba desde allí. Y comprendió que las deducciones de Adriana eran perfectas, cuando le expuso la posibilidad de que la mujer hubiera atisbado a Juanita de López, extrañada de su insistente vigilancia durante varias noches. Quizá aquella, después de saber que su cómplice había eliminado a la mujer que misteriosamente había desaparecido del sitio donde había sido asesinada, intentó un chantaje contra el "fantasma" y este, que tenía la llave del apartamento, penetró silenciosamente y la mató con el mismo procedimiento, considerándola demasiado peligrosa.

Hurtado le daba vueltas en su pensamiento a los posibles acontecimientos ocurridos en aquel apartamento, reflexionando que el misterioso asesino debía vivir en algún sitio en donde había un teléfono. "Si pudiera localizar ese teléfono", pensó. Pero bien sabía la imposibilidad de aquello. La Renard llevaría el número en su memoria y no iba a ser tan tonta como para apuntarlo, arriesgándose a que, en caso de una inesperada investigación, fuera controlado y descubierto. A pesar de que sus razonamientos eran lógicos, de todas maneras, se dispuso a buscar incansablemente, y poniendo manos a la obra empezó por registrar los muebles, gavetas y cualquier rincón que pudiera contener el más pequeño pedazo de papel.

En la mesa de noche encontró unas revistas pequeñas. Eran seis álbumes de canciones que seguramente guardaba para aprenderlas y que formaban parte del repertorio de su programa. Esto le interesó y se puso a hojearlas. Cuando iba por el tercero, sin hallar nada digno de mención, vio al lado de una canción con título en francés una llamada hecha en lápiz. La canción se llamaba "Mademoiselle de París", y recordaba habérsela oído cantar, con su voz ronca y sensual, muchas veces. Siguió pasando las páginas, y más adelante otra llamada señalaba otro título. "¿Qué podía significar aquello?... Pues muy sencillo —objetó—, una inocente marca que podía indicar que había que repasar la letra o algo por el estilo". En todo el

folleto había otras marcas. Entonces buscó en el índice, y en el lugar donde correspondía a la pieza musical estaba señalada nuevamente una llamada. Siguió con la vista el número de la página a la cual correspondía; era el número quince. En las otras, por orden, venía el treinta, el cuarenta y cuatro, el cincuenta y cuatro. No dejó de extrañarle el curioso detalle y se propuso dilucidar el jeroglífico, pero recordando que había dejado a Adriana sola, y que ya había transcurrido más de una hora y media, se dispuso a salir. Continuaría en su casa, tratando de estudiar minuciosamente el significado de aquellas notas en el álbum y luego trataría de localizar al inspector para darle cuenta de su importante hallazgo.

Cuando llegó a la puerta de su hogar ya era bastante tarde y le extrañó ver las luces encendidas en el salón. Buscó con la vista a los detectives y distinguió a uno en la acera del frente, recostado con aparente indolencia en un automóvil, fumando un cigarrillo. Esto lo tranquilizó y prefirió entrar a la casa rápidamente, pensando en pedirle las novedades más tarde. Pero cuando iba a meter la llave en la cerradura, la voz de su mujer, que hablaba con alguien en el salón, detuvo su intento. No se explicaba quién podía ser la persona con quien ella conversaba, y aunque no lograba distinguir las palabras percibía la voz fuerte y grave, que no le era del todo desconocida. Nerviosamente introdujo la llave y abrió con la idea de sorprender; pero el asombrado, el estupefacto, fue él mismo cuando contempló a su mujer que, muy pálida, se había puesto en pie al verle y al hombre que, a su vez, iniciaba el gesto de incorporarse y que lo miraba con ojos en los que también se reflejaba el desconcierto.

XVI

Después de haberse marchado Rodolfo de su casa, sonó el timbre del teléfono. En medio de su profundo sueño, Adriana sentía el repique, espaciado, tenaz, y en sus oídos una insistente molestia la despertó sobresaltada. Se incorporó en la cama, buscó a su esposo y no lo vio, extrañándose de que no estuviera a su lado. Comprendió que había salido. El teléfono continuaba dando sus llamadas y ella alargó la mano y cogió el auricular:

—¿Quién es?

La voz de un hombre respondió:

—Habla el inspector Calvo. ¿Se encuentra ahí Hurtado?

—¡Ah! Es usted, inspector. ¿Cómo está? Le habla Adriana. Rodolfo no se encuentra en casa, supongo que salió mientras dormía.

La voz del detective se tornó amable cuando dijo:

—¿Cómo está, señora? ¿Cómo sigue? Me apena haberla despertado. Supe por su esposo que está enferma y que se encuentra en cama. No sabe usted cuánto lo siento.

—Sí, no me he sentido bien últimamente, pero ya estoy bastante mejor. Muchas gracias.

—Me alegro de veras. Entonces, perdóneme usted la molestia, pero es que tengo urgencia de hablar con su marido. Le ruego que le avise, cuando llegue, de que me llame a la hora que sea a mi casa. Hasta luego, señora Hurtado, que se mejore pronto.

—Un momento, inspector, no se retire. ¿Pensaba usted venir para acá?

—Pues sí… En conocimiento de que Hurtado no se movía de su lado por su gravedad, pensaba acercarme hasta allá, pero de todos modos, antes de hacerlo, quería estar seguro…

—Comprendo. En realidad no sé qué motivos tuvo para ausentarse, pues también se disponía a acostarse y nada me dijo. Pero ¿por qué no se viene de todas maneras? Rodolfo no debe tardar y… a mí me interesa hablar con usted urgentemente. Vea, inspector, creo que es mi deber y ya lo he decidido. Quizá mis confidencias despejarán la incógnita en el asesinato de la Renard.

Hubo un silencio, y Adriana supuso, en un primer momento, que se había cortado la comunicación.

—¿Está usted ahí?...

—Sí —su voz le dio la impresión de que estaba un poco perplejo—, espéreme usted. Salgo enseguida.

Con lento ademán colgó el receptor.

No se explicaba la joven, minutos más tarde, qué repentino impulso la llevó a confiarse al inspector y cómo había tenido valor para hacerlo. No obstante, después de haber dicho las últimas palabras tuvo la certidumbre de que satisfacía el ardiente deseo de reivindicarse totalmente ante su esposo y eliminar con el paso dado cualquiera sospecha que pudiera recaer sobre él. Temía que Rodolfo, por amor a ella y para salvarla, echara sobre sus hombros la responsabilidad de sus errores y no consideraba justo que esto sucediera.

Se levantó de la cama y sintió debilidad, pero haciendo un esfuerzo se vistió con un sencillo traje de casa y se puso un abrigo. Cuando el detective llegó, ella abrió la puerta y este se impresionó un poco con el aspecto demacrado de su rostro. Además, la joven parecía muy nerviosa. Adriana lo pasó al saloncito y luego de que se sentaron, el inspector dijo, sin preámbulos:

—Bien, señora Hurtado… Me ha dejado usted estupefacto con lo que me dijo por teléfono. Cuénteme lo que pasa.

—Simplemente, inspector, que yo soy la única quo conoce a ese asesino "fantasma" que fue el autor de las dos muertes recientes y que, según tengo entendido, es el intermediario en el tráfico de estupefacientes.

—¡¿Qué?! —exclamó el inspector Calvo, profundamente asombrado—. Pero, señora, ¿sabe lo que está diciendo?

Calvo frunció las cejas. Su instinto natural receló de inmediato y reflexionó si la joven esposa de su subalterno no estaría loca.

—Le ruego que me crea usted, inspector. Cuando le relate los acontecimientos de los cuales fui la principal protagonista, hace más o menos quince días, dudará, posiblemente, de mis palabras por lo inverosímil de los hechos. Sin embargo, antes de empezar, le juro a usted por Dios que todo es cierto.

—No intento suponer siquiera, señora, que usted me haya exigido que viniera para inventarme un cuento. Creo en su palabra, no faltaba más, pero ¿cómo es posible que Hurtado no me haya participado absolutamente nada sobre tan importante asunto, en el cual los dos estamos tan interesados?

—No lo culpe usted, señor Calvo. Yo le oculté a mi marido hasta el último momento la realidad de los hechos, por temor a su indignación, a que no me creyese, tal como sucedió hace tres noches cuando él mismo descubrió, asombrado, que yo era la supuesta cómplice en el asesinato de Juanita de López, la dueña de la llave que se encontró en sus manos, y que era la de esta casa, y de las huellas digitales femeninas que se hallaron en distintos sitios en el automóvil. Ante la monstruosa evidencia que me señalaba, Rodolfo, en un estado imposible de describir, llegó a la casa y me culpó de complicidad en un crimen del que soy inocente, pero que, dadas las misteriosas circunstancias que me implicaron en este, me era imposible convencerlo de la verdad que durante tantos días le había ocultado. Cuando le relaté mi historia, no me creyó; y ahora

lo comprendo. Para poder dominar su ímpetu de furia, en medio de una escena horrible, manifestó que pondría su dimisión ante usted para no verse involucrado, en el caso de acusarme y me exigió, en el momento de marcharse, que me fuera de su casa porque no deseaba volver a verme. Yo adoro a mi esposo, inspector Calvo… y su reacción ante lo sucedido me convenció de una sola cosa: sin él, no deseaba la vida. Y después de lo ocurrido no era posible un arreglo entre los dos. Por eso, cuando él se marchó, yo…

Calvo contemplaba a la joven atónito. La muchacha era simpática y no parecía una mujer falsa, sino todo lo contrario, y algo en la grave expresión de su rostro le hizo pensar que no estaba mintiendo. Cuando se interrumpió, comprendió inmediatamente la tragedia que había surgido en aquel humilde hogar. Sintió lástima por la joven que, en un momento dado, por reivindicarse ante el esposo, había buscado la muerte.

—Siga usted, señora —dijo el detective con voz suave, en la que se traslucía una gran simpatía por ella—, sé lo doloroso que es recordar ciertas cosas, pero es importante que lo sepa todo.

La joven levantó los ojos hacia él con esa serena dulzura que era uno de sus principales encantos y lo miró como implorando ayuda.

—Sí, inspector, hice lo que me pareció la única solución. Tomé unas pastillas de un poderoso tóxico y no supe más de mí hasta que desperté al día siguiente y hallé a mi lado a Rodolfo, que me contemplaba angustiado. Aunque casi no podía concentrar mis ideas, comprendí, llena de felicidad, que me había perdonado, que me creía, aunque continuaba atrapada en aquella red de circunstancias misteriosas. Volví a referirle la historia y por los datos precisos que le di, ya con más calma, se dio cuenta de que no podía ser mentira lo que le contaba. Me juró que él descubriría aquel misterio solo, sin participarlo a nadie, pues le aterraba la posibilidad de que yo saliera complicada en tan desagradable asunto, pero en el fondo de

mi conciencia sabía que, además de peligroso, le era imposible llevar a efecto las investigaciones necesarias; y que aunque él por mí no se lo confiaría a usted, mi deber era participárselo yo misma entonces. Por eso, inspector Calvo, le ruego me comprenda y me pongo en sus manos. Haga usted lo que considere su deber.

En los brillantes ojos de Calvo se reflejaba un ardiente interés. Su voz tenía un timbre suave cuando habló:

—Cuente todo y no se preocupe, señora Hurtado.

La joven, antes de comenzar, paseó su mirada llena de desconsuelo por el pequeño salón; Calvo notó que estaba a punto de llorar, sin embargo, después de una larga pausa, Adriana se dominó y haciendo un esfuerzo sobre sí misma inició, con voz temblorosa, aquella desagradable historia que oprimía su corazón.

Cuando terminó cerró los ojos y su rostro estaba tan pálido, que Calvo temió que pudiera desmayarse. La voz del inspector sonó en el silencio de la habitación con extraño acento:

—Puede usted decirme, Adriana, si los detectives que al llegar aquí encontré vigilando, ¿se debe a una orden especial de Hurtado, por temor a que el "fantasma" se atreva a penetrar en su domicilio?

La joven abrió los ojos y el detective vio el asombro reflejado en ellos.

—No puedo decirle nada, inspector. Supongo que después de lo que le relaté a mi esposo, este salió para efectuar alguna investigación y por temor a dejarme sola tomó esta precaución. Debe considerar que existe un gran peligro para mí.

—Es cierto. Existe peligro para usted siempre que salga sola, pero no creo que sea tan audaz el asesino como para tratar de penetrar en la casa. Créame, señora, que su relato me ha tentado a proponerle que nos ayude en la identificación del individuo.

A la joven le brillaron los ojos al oír aquellas palabras, e interrumpió al detective para decir:

—Justamente es lo que deseo. Quiero ayudar, aunque sea en algo, para descubrir al asesino de mi amiga y dejar a salvo de toda sospecha mi casual intervención en este horrible asunto.

—¡Oh!, no… ¡De ninguna manera! Nunca la expondría a usted. Ya le llegará su momento de actuar, pero en diferente forma. Por ahora, lo que interesa es que se reponga lo más pronto.

El detective se interrumpió. Adriana se puso en pie y su rostro reflejó una inexplicable angustia. El ruido de una llave insertada en la cerradura de la puerta de la calle, no le dejó la menor duda de que Rodolfo había regresado. Calvo la miró consternado cuando ella dijo, dominada por un temor sin nombre:

—Inspector, invente algo… ¡Que no sepa nunca que yo le he referido todo!

—Cálmese, por favor. Es mejor así. Recuerde lo pasado y las terribles consecuencias que para usted ha significado el ocultar la verdad. Esté tranquila que yo hablaré con Hurtado y todo se arreglará satisfactoriamente.

No había terminado de decir las palabras anteriores cuando la puerta se abrió y Rodolfo Hurtado apareció en el umbral.

XVII

—¡Inspector! —pudo apenas balbucear Rodolfo, sorprendido— ¿Qué sucede?

Calvo se puso en pie y respondió.

—No pasa nada en particular, Hurtado. Me interesaba hablar con usted urgentemente y me vine acá a esperarlo, a pesar de que su señora me advirtió que había salido.

Rodolfo dio unos pasos hacia él y le tendió la mano, que fue estrechada por el detective. Este añadió:

—Siento mucho que su señora se haya levantado; me opuse a que lo hiciera, pero ella se empeñó en recibirme, y hemos estado conversando desde hace una hora de muchas cosas interesantes.

El pálido rostro de Adriana y sus rasgos descompuestos no engañaron a Rodolfo. Repentinamente, se dio cuenta de que ella, en su afán de reparación, le había hablado al inspector y temió que en el estado en que se encontraba, con los nervios desequilibrados por tantas emociones seguidas, hubiera cometido torpezas al relatar su historia. Se acercó a su mujer y la besó con ternura en la frente; luego, mirándola directamente a los ojos, le preguntó:

—¿Qué clase de cosas interesantes le has hablado al inspector, querida?

Antes de que ella tuviera tiempo de responder, Calvo intervino oportunamente:

—Muchas y de capital importancia, Hurtado. Me ha contado punto por punto su desgraciada intervención en el asesinato de la López. Pero… no se preocupe ni la culpe. Yo casi la he obligado a

ello con mis interrogatorios, puesto que cuando vine aquí esta noche algo sospechaba al respecto. Además, para su tranquilidad, le advierto que no he dudado de sus palabras y su relato me confirma una vez más la idea que tuve al principio: que el individuo que mató a Juanita de López es el mismo asesino de la Renard.

Adriana suspiró aliviada. Sintió en su corazón un profundo agradecimiento hacia el gesto caballeroso con que el inspector trataba de defenderla, para evitarle futuros desagrados con su esposo. Se sentía débil y mareada, y se sentó.

Los dos hombres hicieron lo mismo, y Rodolfo dijo de pronto:

—Es mejor así… Le presento mis excusas, inspector, por haberle ocultado lo ocurrido, pero no sé si usted podrá comprender mis angustias e incertidumbres.

—No hablemos de eso. Es muy difícil que yo me equivoque con los hombres, amigo Hurtado, y le comprendo a usted perfectamente. Ahora, dígame, ¿de dónde viene?

—¡Ah, inspector! Después de haber hablado con mi esposa hace más de dos horas, se me ocurrió que debía volver al apartamento donde se cometió el asesinato, con el fin de recobrar el tiempo perdido y ver si lograba hallar alguna pista, en conocimiento de que el asesino era ese tipo que persiguió a Adriana en dos oportunidades. Y fui afortunado en mi requisa, pues le traigo una sorpresa…

Su voz se había animado de pronto; hundió la mano en su bolsillo y sacó de este las dos almohadillas de seda verde. Se las pasó al inspector, diciéndole excitado:

—Vea usted eso, y dígame qué le parece mi descubrimiento.

Calvo, interesado, cogió una de las almohadillas que estaba medio descosida y terminó de abrirla, sacando de adentro la bolsa plástica. Haló el hilo con que estaba cosida fuertemente y dejó caer en la palma de su mano un poco de polvo. Se llevó este a sus labios

y probó con la punta de la lengua. Degustó el sabor y sus ojos se alzaron hacia Rodolfo.

—¡Pero Hurtado! ¿Cómo halló usted esto? Sinceramente, lo felicito. Durante dos días estuvimos como locos buscando en todo el apartamento y no hallamos nada.

El joven detective estaba radiante de satisfacción. Le contó al inspector cómo había descubierto el escondite donde se encontraba la droga y luego le refirió sus deducciones e hipótesis sobre el álbum de canciones y las extrañas marcas que señalaban números, que a su juicio obedecían a un motivo especial.

Calvo tomó el álbum y estuvo en completo silencio durante un corto rato estudiándolo. De pronto, observó:

—Hurtado, esta noche ha sido de suerte. Creo como usted que en estos números se oculta la clave de alguna combinación, y no debemos cejar hasta descubrirla. Tratemos de descifrar esta charada entre los dos. Fíjese usted que hay tres números pares y que al lado de cada uno de ellos, hay un solo número escrito a lápiz.

Adriana se levantó prestamente de su asiento para buscar una libreta y luego de que se la entregó a su esposo, sintiendo que el sueño y el malestar la vencían, se excusó ante el inspector y se retiró a su dormitorio.

—Escriba, tal como le dicto:

"Primero: "La vie en rose", n.º 30-2. Día 10.

"Segundo: "Mademoiselle de Paris", n.º 54-4. Día 15.

"Tercero: "Trois cloches", n.º 90-6. Día 30.

"Cuarto: "C'est si bon", n.º 93, sin raya ni numeración, pero señalado con una V.

"Quinto: "La ronde", n.º 101, sin raya ni numeración, pero señalado con una V."

Al terminar, el inspector, tirando a un lado el álbum, hizo la siguiente observación a Hurtado:

—Note usted la circunstancia de que los tres primeros títulos están marcados con guion, número y fecha adicional, escrito en lápiz, al lado del número de la página. En cambio, los dos últimos solo están señalados con una V, especie de señal indicadora sin más nada. Permítame un momento. —Se interrumpió, y alargando la mano cogió el papel escrito que le entregaba su interlocutor. Un corto espacio de tiempo transcurrió sin que sus reflexiones fueran interrumpidas. De pronto, dijo con voz excitada—: ¡Ya está! Si no se equivocan mis deducciones existen realmente en estas señales varias combinaciones telefónicas de números existentes. Las cifras separadas por un guion significan la hora y la fecha en que las llamadas se efectuaban. Ahora busquemos el orden de la combinación que vaya de acuerdo con las series que corresponden al sector de Caracas. Se me ocurre, y creo que es lo más lógico, que la numeración primera, o sea, el n.º 30, descartando la señal 2 y la fecha viene a completarse con el n.º 93, sin raya ni numeración, y nos daría el número 3039; pero como no existe combinación de cuatro números sino para teléfonos magnéticos, que corresponden a circuitos de larga distancia y esto ya no nos interesa, es muy posible que el número que falta y que no es difícil de recordar sea el 0. Por lo tanto, la primera numeración sería así: 30093, la segunda, 54095 y la tercera, se completa por sí misma: 90101. ¿Tiene usted una libreta telefónica?

—Sí, enseguida se la traigo.

Rodolfo salió en busca de la guía y a los pocos momentos regresó con ella. El inspector la abrió por las primeras páginas y dijo:

—La serie 30 000 corresponde a Chacao, El Rosal, Las Mercedes. La 54 000 pertenece al sector del centro de la ciudad y abarca también Los Caobos y parte de La Florida. Y la 90 000 corresponde a Nueva Caracas y Catia. Como usted verá, Hurtado, si hemos descubierto el jeroglífico, estos tres teléfonos están ubicados a grandes distancias unos de otros, pero el que más nos interesa es el que

corresponde al sector de Catia… Porque si tenemos suerte de haber acertado con la verdad, tendría entonces la certeza de que por vía aérea o marítima, atravesando la autopista, traen la droga. —Se puso de pie y le dijo al detective—: No quiero dejar esto para mañana. Siento la excitación de las corazonadas. Vamos inmediatamente a la central telefónica para comprobar de dónde proceden estos números.

Los dos hombres salieron a la calle. Calvo le indicó al detective que irían en su vehículo oficial, pero como este no se veía cerca de la casa, el joven le preguntó extrañado dónde lo había dejado. El inspector le explicó a Hurtado el motivo que le obligó a ocultarlo a dos cuadras de distancia. La alarmante insistencia de Adriana por hablarle, luego la presencia insólita de los detectives en actitud de vigilancia, le hicieron sospechar que algo grave ocurría y que por prudencia no era conveniente dejar estacionado su automóvil con placa oficial frente a la casa o cerca de ella.

No fue difícil para el inspector jefe de la Seguridad Nacional averiguar rápidamente, con ayuda del personal que permanecía de guardia en la central, a qué sitios correspondían aquellos números, y no se sorprendió al saber que el correspondiente a Catia pertenecía a una bomba de gasolina.

Desde el principio había sospechado que las llamadas debían ser hechas desde un sitio en donde existía un teléfono a la orden del público. La segunda numeración pertenecía a una fuente de soda y restaurante, sita en La Florida y el tercero, a un hotel ubicado en la urbanización El Rosal. Con aquellos importantes datos se retiraron los pesquisantes, y ya en camino a la casa de Hurtado, el inspector le dijo:

—Creo que por esta noche es suficiente; debemos descansar un poco y dedicarnos desde muy temprano a efectuar las investigaciones sobre estos tres sitios, y roguemos a Dios que no nos hayamos equivocado.

Minutos más tarde, Hurtado entraba en su casa y el inspector, optimista por primera vez en el caso que durante tantos días lo había traído de cabeza, se dirigió a su hogar para consultar con la almohada los últimos acontecimientos.

XVIII

Muy temprano, Rodolfo se dirigió a las oficinas de la S. N. para conferenciar con su jefe. A las ocho de la mañana, conducía velozmente en dirección a Catia. Pronto divisó lo que buscaba. La bomba de gasolina estaba situada al terminar la avenida, y antes de entrar en esta, Hurtado observó de un vistazo su ubicación. Era la primera que se encontraba a la salida de la autopista. El establecimiento era igual a todos los de su clase. Los vehículos, para abastecerse de gasolina, se ubicaban frente a las bombas a una distancia de dos metros de la construcción de estilo moderno, pequeña, de un piso, con vidrieras en donde se exhibían artículos de carrocería para la venta. Dentro del local había un mostrador, donde el dueño o encargado permanecía vigilando a sus empleados, tomando parte activa en la atención y venta. Rodolfo entró sin vacilar, desviando su auto de la carretera. Al muchacho que se le acercó le pidió que le llenara el tanque de gasolina y se bajó del vehículo, penetrando en el establecimiento. El hombre que se hallaba sentado detrás del mostrador leyendo un periódico alzó la vista y, al verlo, se incorporó con presteza, preguntándole qué deseaba. Pareció un poco desilusionado cuando Hurtado le explicó que todo lo que necesitaba era su teléfono.

Con un gesto, le señaló el aparato telefónico que estaba colocado en un ángulo del recinto, volvió a sentarse y se abstrajo de nuevo en la lectura.

El detective se acercó, descolgó el receptor y marcó un número. Después de hablar unas palabras en voz baja tapó con la mano el receptor y volviéndose al individuo, dijo con voz suplicante:

—Oiga…, señor, por favor. Si es usted tan amable, le ruego que me diga el número de su teléfono. Me han de llamar urgentemente para darme una contestación y, si no es demasiada molestia, desearía esperar la llamada aquí. No se llevará mucho tiempo, apenas unos minutos.

—Sí, sí… Con mucho gusto. El número es 90101.

—Gracias.

El detective repitió el número a la persona que estaba al otro lado de la línea y colgó. Luego se recostó en la pared, junto al teléfono, esperando el repique. Observó los movimientos del hombre, quien dobló el periódico y lo colocó sobre la mesa, y al advertir su inquisitiva mirada alzó los ojos y le sonrió.

—Hace calor, ¿eh? —dijo Hurtado, tratando de simpatizar—.

—¡Oh!, sí, mucho. Y eso que es temprano aún.

—¿Cómo marcha el negocio?... Es usted el dueño, supongo —inquirió el pesquisante.

—Sí, soy el dueño. A esta hora no hay mucho movimiento, pero por lo regular, sobre todo en días festivos, hay bastante trabajo. Vea usted, la mayoría de las automóviles que vienen del Litoral tienen por fuerza que pasar por delante de la bomba y, por lo general, se abastecen aquí.

Un timbrazo del teléfono interrumpió el diálogo. Rápidamente, la mano de Rodolfo se posó en el auricular. El hombre dijo:

—Esa llamada debe ser la que espera. Atienda usted.

Rodolfo se volvió de espaldas, habló brevemente y al terminar, en vez de despedirse y marcharse, se acercó al individuo.

—Amigo —dijo de pronto con voz grave—, me interesa hacerle varias preguntas.

Cuando el hombre vio la brillante placa que le mostraba el policía, palideció y una profunda alarma se retrató en su rostro.

—Pero… ¿cómo? ¿Preguntas de qué clase?... Perdóneme usted, pero no entiendo. Yo no he hecho nada.

—No se inquiete… Si me responde sinceramente, usted prestará una colaboración importante para un caso que se investiga. Veamos: ¿Recuerda usted en especial a alguna persona que haya procedido igual que yo hace un instante? Es decir, si le han pedido prestado el teléfono y luego, después de hablar, esperaron una llamada.

El hombre exclamó con voz temblorosa:

—¡Caramba!, es esa una pregunta difícil de contestar.

Comprenderá usted que aquí viene mucha gente y, por lo general, siempre ocupan el teléfono.

—Trate de recordar. Le voy a suministrar un dato que quizá le refresque la memoria. La persona que nos interesa hace la llamada a eso de las dos de la tarde, según las averiguaciones efectuadas, desde aquí y con diferencia de dos semanas entre una y otra.

El dueño de la bomba no contestó inmediatamente, quedó un momento en silencio tratando de hacer memoria y luego dijo:

—No. No… me es imposible responderle. ¿Dice usted las dos de la tarde, particularmente?... A las dos de la tarde… —repitió como para sí mismo—… A las dos… De pronto, sus ojos se alzaron hacia el detective y dijo con voz en la que aún persistía la incredulidad:

—¿Está usted seguro —y perdone, señor agente—, que no están equivocados?

—No haga chistes, amigo —repuso impaciente Rodolfo—, dígame cómo era la o las personas que a esa hora actuaron en la forma que le he indicado.

—Bueno…, le diré que… recuerdo a alguien que ha actuado en forma parecida. Pero no creo sea esa la persona que buscan ustedes. El individuo a quien me refiero es un caballero —concluyó con acento cauteloso.

—¡Me está impacientando usted! —exclamó el detective con dureza—. Hable… rápido. No puedo perder un minuto de tiempo y se trata de la captura de un peligroso asesino que está a punto de escapar de manos de la justicia. Sus vacilaciones en contestar le hacen a usted responsable o cómplice de lo que pueda suceder.

El hombre se puso rígido de pronto. Se dio cuenta de que tenía que aclarar su posición y con manifiesto disgusto dijo repentinamente:

—¡Eso de ninguna manera! Soy un hombre honrado y nunca he tenido nada que ver con la policía. En realidad, le voy a decir lo que sé, y ya que usted me lo impone, salvo mi responsabilidad en caso de que mi declaración señale a un inocente

—No se preocupe usted. De eso nos encargaremos nosotros.

—Pues bien, desde hace algún tiempo acostumbra a venir una persona que pide el teléfono y espera una llamada, precisamente a las dos de la tarde. Hace ocho días, la última vez.

Los ojos de Rodolfo brillaron. Su interés aumentaba a cada palabra que pronunciaba el dueño de la bomba de gasolina.

—¿Cómo es ese hombre?

—Muy alto, de espaldas anchas y elegante presencia. Supongo que es mexicano por el acento y su aspecto difícil de olvidar, por las características extraordinarias de su figura. Debe haber sido luchador en sus buenos tiempos. El tipo, sin duda alguna, es millonario. Yo lo atiendo cuando viene con especial deferencia por su generosidad en las propinas para con los muchachos que hacen el servicio.

—¿Qué clase de servicio exigía?

—Él mismo daba las órdenes precisas. Parece tener un gran conocimiento en mecánica automovilística. "Échenle agua al motor cuando esté encendido y pónganle una bobina que le falta al carburador y que ocasiona el ruido que tiene en tal o cual sitio", y así por el estilo. Otras veces, solo indicaba que le completaran el tambor o ajustaran los frenos.

—¿Cómo es el automóvil de ese individuo? —preguntó ansiosamente.

—Es un auto magnífico. Un Cadillac de último modelo color verde oscuro.

—¿Dice usted que cada vez que venía solicitaba los servicios de la bomba? Si era una máquina tan nueva, ¿a qué respondían, a su juicio, los desperfectos?

—En realidad no era gran cosa, y eso siempre ocurre aún en los automóviles acabados de salir de fábrica. Además, siempre supuse que hacía completar el tambor o revisar el aceite solo para tener un pretexto y utilizar el teléfono. Lógicamente, se aprovisionaría en el Litoral antes de subir a Caracas…

—¿Cómo? ¿Por qué supone usted eso? ¿Cómo sabe de dónde venía ese individuo?

—¡Ah!, no es difícil imaginarlo. Si al motor había que echarle agua, lo más razonable era pensar que había venido por la autopista a la mayor velocidad permitida y por eso se recalentaba tanto la máquina.

—Tiene usted razón —dijo Hurtado pensativo. Reflexionó que las deducciones del inspector no habían sido equivocadas. En la primera inspección de ese día había hallado una pista cierta.

—¿Cómo es el rostro de ese individuo?

—Notable. Sus facciones son toscas, tiene una marca en la frente y la cicatriz blanquea su piel muy morena.

—¿No recuerda usted, para completar sus informes, el número de su automóvil?

—No, nunca me fijé en el número.

—Bien.

Rodolfo sonrió con afabilidad. Estaba alegre, por primera vez desde hacía mucho tiempo. A continuación extendió su mano al hombre y este la estrechó satisfecho.

—Ya sabe, señor detective, que cualquier otra cosa… estoy a su disposición.

—Gracias. Me supongo que está demás el que le advierta que debe usted ser discreto…

—¡Oh!, no faltaba más. Ni hablar de eso. No solo seré discreto, sino que estaré alerta.

—Bien, hasta luego entonces, amigo.

Una media hora a lo sumo le llevó el trayecto de Catia a La Florida. Detuvo el vehículo frente a un lujoso edificio que hacía esquina en una de las principales avenidas. En la planta baja vio un gran aviso luminoso que anunciaba: FUENTE DE SODA - SERVICIO DE RESTAURANTE.

Una muchacha rubia, que estaba frente a la caja, levantó la vista cuando lo vio entrar y respondió displicente cuando le pidió prestado el teléfono.

—Sí, en aquella cabina —respondió. Luego continuó anotando en una libreta sin hacer mayor caso de él.

Rodolfo penetró en el pequeño cuarto donde estaba el aparato telefónico. A través de los cristales podía divisarse perfectamente todos los detalles del local, solitario en esos momentos por la hora. Sin duda alguna, era lujoso y elegante; una docena de mesitas y al fondo un bar tapizado en cuero rojo. Rodolfo se giró y alzó el auricular. Discó el número de la oficina de su jefe. Con breves palabras le participó dónde se encontraba, advirtiéndole que poseía interesantes informaciones y que al terminar esa investigación iría a reunirse con él. El inspector le respondió muy animado que se diera prisa en lo posible, pues, a su vez, le urgía verle.

Al terminar, salió de la cabina y se aproximó a la joven, que proseguía haciendo cuentas frente a su caja registradora.

—Señorita… Por favor…

—¿Qué quiere usted? —Frunció el ceño al decir estas dos palabras. No parecía muy acogedora.

—Soy detective y deseo que me responda algunas preguntas.

La joven alzó las cejas en un gesto de asombro y se mostró un poco nerviosa al contestar:

—¿Detective?... ¿Está usted seguro de que es conmigo que desea hablar? Vea, el dueño se encuentra aquí. Si quiere voy a llamarlo.

—No es necesario. —Registró en uno de sus bolsillos y le mostró una tarjeta—. ¿Cómo se llama usted?

—Amalia Rojas. Soy la cajera del establecimiento.

—¿Desde cuándo?

—Dos años.

—¿A qué hora comienza usted trabajar?

—Mi horario empieza desde las ocho a las doce y de las tres de la tarde hasta las seis. —De pronto sonrió, enseñando una brillante dentadura—. No parece usted un detective —agregó con picardía.

Hurtado la miró con interés reconociendo que, sin duda alguna, la muchacha era atractiva. Sonrió a su vez y dijo:

—¿Cómo suponía usted a los pesquisantes? ¿Con rostros atrabiliarios y grandes bigotes?...

—Posiblemente. —Soltó una breve risa y repuso—: Pregunte lo que quiera.

—Bien. Dígame usted, los clientes que entran al restaurante y ocupan sitio en las mesas, utilizan el teléfono libremente, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y los que como yo han entrado únicamente para servirse del aparato, ¿le piden a usted permiso?

—Sucede pocas veces, pero así se acostumbra.

—Ajá… Píense entonces un poco y dígame si recuerda a alguna persona en especial que le haya pedido el teléfono prestado y luego esperase una llamada.

La señorita Rojas se cruzó de manos y quedó pensativa.

—No. Es difícil responderle. Viene tanta gente aquí…

—Comprendo. No obstante, si esto hubiera sucedido en dos o tres oportunidades y a una misma hora quizá le habría llamado la atención. Por ejemplo, a las seis de la tarde, hace cuatro o seis días la última vez…

La joven lo miró silenciosamente, tratando de recordar. Su cara indicó que algo había venido a su memoria.

—Sí… Hace pocos días, no recuerdo exactamente la fecha, un tipo de aspecto muy curioso ocupó una de las mesas pidiendo un servicio, y a los pocos minutos se levantó y se dirigió a la cabina. Al salir llamó al camarero y le dio una propina, exigiéndole que le avisara en cuanto recibiera una comunicación que esperaba. De inmediato, este me advirtió para que estuviera pendiente. Al poco rato, posiblemente diez minutos más tarde, llamó una mujer y pidió que le pasaran la llamada al Sr. Adolfo, que se encontraba aquí. Como tenía en cuenta, por la indicación del camarero, de quién era la persona interesada, alcé la vista y me encontré con la mirada del hombre, que según parece estaba alerta, y entonces le hice un gesto indicándole el teléfono. Este se puso de pie rápidamente y se dirigió a la cabina. Yo colgué el auricular y después no me preocupé más.

—Dijo usted que el hombre se llamaba Adolfo… ¿Está segura?... ¿Adolfo o Rodolfo?

—¡Ah!, sí, tiene usted razón… Rodolfo, es cierto. Pero…

Hurtado se irguió de pronto y dijo ansiosamente:

—Siga, por favor… ¿Puede usted describirme a ese individuo?

—Es difícil. A esa hora hay mucho movimiento, apenas puedo fijarme en los clientes.

—Pero se contradice usted entonces —suavizó la frase con una sonrisa cordial—. Hace un momento dijo que era un tipo de aspecto curioso.

La señorita Rojas no respondió. Movió la cabeza dubitativamente y repuso:

—Es la verdad. Sé que es un individuo de aspecto extraño, pero no puedo recordarle exactamente.

—Vamos… vamos —interrumpió Hurtado impaciente—. Esto es más serio de lo que usted cree. Le daré las características del hombre que me interesa, a ver si coincide con el que ha utilizado el teléfono. Vea, es de mediana estatura, muy delgado, rubio…

La joven interrumpió al detective para responder con cierta excitación:

—¡Oh, no! ¡De ninguna manera! Todo lo contrario. Es más bien alto, corpulento, muy moreno y de facciones ordinarias. Parece, más bien, uno de esos luchadores de la televisión.

Rodolfo sonrió satisfecho. Con su pequeño ardid había logrado hacerla decir lo que deseaba.

—¡Ah!, cuánto lo siento. Según parece no encaja su descripción con la mía. La he hecho perder inútilmente el tiempo. Le ruego me excuse, señorita Rojas.

La joven le extendió la mano. En el apretón había bastante entusiasmo de parte de ella; en los azules ojos se reflejó una mirada en la que no había limitaciones. A pesar de que Adriana estaba presente en su mente en todo momento, Rodolfo Hurtado no pudo menos que apreciar estéticamente a la cajera del restaurante y decirse que la muchacha reunía cualidades muy agradables de contemplar nuevamente.

XIX

Fue un Rodolfo alegre el que se presentó ante su jefe a las once y media de esa mañana, para darle las informaciones que había recogido en sus dos inspecciones. Ismael Calvo, sin interrumpir su copiosa explicación, le escuchó con sonrisa satisfecha. Cuando terminó, Calvo le dijo:

—Pues bien, amigo, yo también tengo que decirle algo que lo sorprenderá mucho.

—¿De qué se trata?

—El automóvil de nuestro hombre fue hallado anoche en horas de la madrugada completamente destrozado, en lo que parecía ser un accidente. Recibí el informe a las nueve de la mañana y me dirigí rápidamente al sitio donde se encontraba, no lejos, en la carretera que conduce hacia Los Teques. Con bastante dificultad logramos bajar la pendiente, pero no había nadie dentro. Pudimos comprobar que fue hecho ex profeso; lo llevaron hasta la orilla de la carretera y le soltaron el freno para que se desbarrancase. En estos momentos, los peritos en huellas digitales se ocupan en buscar alguna pista, aunque estoy seguro de que el tipo evitó dejar huella alguna que lo identificase más tarde. ¿Qué le parece a usted?... El hombre debe haber sido advertido por alguien y trató de destruir una preciosa evidencia que lo señalaría en un momento dado.

—Caramba, inspector, esto sí que es misterioso. ¿No se halló nada dentro, dice usted?

—Absolutamente. Sin embargo, el cerco se estrecha a su alrededor. Desde luego que debe haber salido fuera de Caracas, no

obstante, he remitido órdenes a todas las alcabalas de detener a cualquier individuo con la filiación de este; pero de lo que puede estar seguro es que por la autopista o por la carretera vieja de La Guaira ha escapado, después de destruir su automóvil. El "fantasma" no debe estar en Caracas; procurará huir muy pronto del país y nosotros tenemos que evitarlo. ¿Quiénes están complicados en el asunto? ¿Cuántos? ¿Cómo entra la droga a Venezuela?... Pero ya le haremos hablar, si logramos detenerle. Hice examinar el polvo que usted encontró en las hombreras del traje de la artista y era cocaína purísima, sin mezclar. Había exactamente doscientos cincuenta gramos en cada almohadilla. Figúrese usted que lo menos a que los traficantes expenden el gramo es a cincuenta bolívares, por lo tanto, esa mujer llevaba encima veinticinco mil bolívares. Durante los dos días que usted no pudo estar presente por la enfermedad de su esposa, se interrogaron a dos cabareteras que conocían a la muerta; estas respondieron que la habían tratado muy poco, pues la Renard era muy pretenciosa y no le gustaba hacer amistades. Añadieron que la mujer actuaba siempre con mucho misterio y que no se le conocía amante alguno. Lo mismo declaró el dueño del cabaré en donde ella había trabajado durante seis meses. A este, como usted sabe, lo tenemos preso todavía, esperando el juicio por el asunto de ruleta, y contó que de la Renard sabía poco. La contrató en La Habana a la Asociación de Artistas Cubanas y cuando llegó se dedicó a transformarla, la educó un poco; descubrió que tenía una voz agradable y logró hacer una sensación de la artista, que nunca había pasado de ser una vulgar cabaretera. Fuera de su trabajo no conocía su vida privada y suponía que debía tener amantes, aunque jamás ningún hombre la esperó después de terminar su número; y como le tenía prohibido alternar con los clientes del cabaré, ella marchaba sola, algunas veces en su lujoso Cadillac y otras, en un auto de alquiler. Sí le llamó la atención que al poco tiempo de empezar a trabajar,

a pesar de que no ganaba un sueldo para derrochar, adquirió el automóvil pagándolo al contado, lucía costosas joyas y cancelaba puntualmente una renta altísima en el apartamento de lujo, donde se mudó al mes de haber llegado. Señala Ponti que receló al principio, pero supuso que la cantante había conseguido un rico protector, el cual, por conveniencia, actuaba muy discretamente, y de quien ella jamás hizo la menor mención. —El inspector hizo una pausa y prosiguió—: No cabe duda de que el dueño del cabaré no está complicado en el tráfico de drogas, ni tenía la menor idea de que la Renard, o sea, Gina Montes, viniera comprometida desde Cuba para actuar en Caracas como intermediaria de la banda. ¿Recuerda usted cómo fue que nuestras sospechas se dirigieron a ella?... Habíamos recibido aviso de la Interpol de que casi tenían la certeza de que en Venezuela se encontraba uno de los principales jefes en el tráfico de cocaína, aunque no nos pudieron dar indicación alguna sobre el individuo que actuaba en la sombra y desaparecía como por encanto. Se suponía que había entrado con pasaporte falso a distintos países centroamericanos, en donde se descubrió que en varios lugares de corrupción y cabarés se expendían estupefacientes, pero cuando llegaban a tener una pista cierta, el pájaro había volado. Sus cómplices nunca confesaron nada o por menos dijeron que no conocían ni de vista a su jefe, pero que obtenían pingües ganancias en la venta del peligroso producto. El único que lo vio fue un detective americano, quien, cuando ya casi lo tenía en sus manos, murió de un certero balazo en la sien derecha y se llevó a la tumba su secreto. El hombre es una bestia peligrosa, audaz y no titubea en matar para salvar su vida. Todas estas informaciones las recibí de la Interpol y pasaron tres meses antes de que encontráramos a aquel individuo borracho que chocó espectacularmente en la autopista del Este, salvándose milagrosamente, sin un rasguño, y que fue llevado por agentes de una radiopatrulla a un puesto de emergencia, por

haberlo hallado sin sentido. Allí pudieron comprobar que el hombre estaba dopado y que era consuetudinario tomador de cocaína. Al dar el parte aquí, a la Seguridad, me interesé de inmediato y con el pretexto de infracción de las reglas de velocidad lo retuve preso, a pesar de que sus familiares, personas de influencia, trataron de dar una fianza por él. Debe recordar también los subterfugios que usamos, conociendo la psicología de esta clase de viciosos, para hacerlo hablar y solo logramos que nos dijera, después de un largo interrogatorio, que "la rubia del Ávila" se la había vendido. Luego se contradijo tratando de despistarnos y, por carecer de motivos, tuvimos que soltarlo sin poder averiguar más nada. Pero aquella frase imprudente de "la rubia del Ávila" nos condujo a la Renard, que era rubia y trabajaba en el Cabaré El Ávila. Había que hilar muy fino, no despertar recelos en la mujer y por eso lo comisioné a usted a que la vigilara, actuando a la vez ante ella como un vicioso capaz de dar fortunas por adquirir un gramo de cocaína. La policía local nos trastornó la investigación cuando se presentó en el cabaré la misma noche en que usted había logrado un acercamiento con la artista. Esta desapareció del apartamento desde esa noche y nada se pudo averiguar en ese lapso, hasta que apareció asesinada. Ahora vienen los interrogantes: ¿A dónde se dirigió la noche que usted la estuvo acechando frente al edificio, y que por su inesperada salida, medio disfrazada, no pudo alcanzarla? ¿Tenía conocimiento el "fantasma" cuando perseguía a su señora de que era la esposa de un detective? ¿Cómo entró ese tipo a Venezuela y bajo qué nombre? Los tres teléfonos que acertamos ya están controlados y solo dos, los que usted inspeccionó, han dado comunicaciones sin importancia, lo que prueba que fueron utilizados oportunamente, y los dueños de los establecimientos no están implicados. Pero el tercero, el del edificio, permanece mudo. Esa inspección debemos hacerla juntos, aunque tengo la seguridad de que ese individuo, si vivía allí, ya debe haber

abandonado el nido. De todos modos tengo cercado el edificio por detectives desde el mismo momento en que usted me llamó desde la bomba de gasolina, y debemos salir inmediatamente sin perder más tiempo para hacer personalmente esas averiguaciones.

ᔓ

El dueño de la casa de apartamentos tenía ocupado el primer piso del mismo. Aunque Calvo sabía cuál era el apartamento que le interesaba, por el informe que le dieron en la central telefónica, prefirió dirigirse a este para interrogarle. El propietario y a la vez encargado del edificio era un italiano de nombre Giuseppe Bartoli, que adolecía de todas las características de su raza. Al conocer la profesión de los dos hombres que lo visitaban, en el mismo instante en que se disponía a almorzar rodeado de su extensa prole, con exagerados aspavientos manifestó a los detectives:

—*¡Per la madonna! Io sono* un hombre honrado… No tengo *niente* que ver con la policía.

Sus inflados carrillos se movieron como gelatina y la mortal palidez que apareció en su rostro despertaron lástima al inspector. Con voz suave pero imperativa calmó al extranjero:

—No se inquiete, Sr. Bartoli. Nuestra presencia en este edificio se debe a una averiguación, en la cual nos puede ayudar mucho. Conteste usted francamente, ateniéndose a la verdad rigurosa, y no tendrá por qué temer. ¿Dónde se encuentra el inquilino del apartamento número seis?

—¡Oh!, ¿el *signore* Montes, dice usted? ¿Cómo puedo saberlo? Desde que alquiló ese apartamento, hace más de seis meses, por *intermezzo* de su mujer, *io* nunca lo he visto. Poco me interesa más o menos la vida de mis inquilinos, siempre que paguen puntualmente el alquiler, y ellos, sin duda alguna, han sido los más puntuales.

De la contestación obtenida, Calvo comprendió que era necesario interrogar ampliamente al italiano, pero prefirió hacerlo en

otro sitio más apropiado, puesto que detrás de la puerta que daba al interior del apartamento, y que debía ser el dormitorio, advirtió que varias personas atisbaban, escuchando cuanto se hablaba en el pequeño salón-comedor.

—¿Tiene usted un duplicado de las llaves de ese apartamento?

—No. Los señores Montes cambiaron la cerradura de la puerta a los pocos días de habitarlo.

Ante la negativa del extranjero, Calvo dijo a Hurtado:

—Demostrará usted sus habilidades entonces, busque en el automóvil todo lo necesario para abrir la puerta.

—¡Oh, *signore*!... Entonces, esto es un asunto grave puesto que van a allanar el domicilio de los esposos Montes. Pero ¿por qué no tocan a la puerta? Es posible que se encuentren allí.

El inspector sonrió y dijo:

—Sería inútil. La señora que le alquiló ese apartamento efectuó recientemente un largo viaje con pasaje de ida solamente, y en lo que respecta a su cumplido inquilino, el señor Montes, puede estar seguro de que no habrá dejado ni la menor huella de que vivió allí durante medio año. Vamos, Hurtado —dijo al detective, que en ese momento regresaba con unas llaves en la mano—, subamos a ver qué podemos sacar en limpio de esta última inspección.

XX

Cuando el alarmado Giuseppe cerró la puerta, se dejó caer en un sillón con la cabeza entre las manos. Su esposa y los chiquillos le rodearon. Él les explicó que estaba preocupado ante la expectativa de lo que podían haber hecho sus inquilinos y las probables complicaciones o sospechas que recaerían sobre él. Su estado de ánimo era más que desalentador, sobre todo porque Calvo, antes de subir a efectuar el registro, le ordenó que estuviera listo para su regreso, pues tenía que dar algunas declaraciones a la policía.

Mientras tanto, los detectives llegaron a la puerta y sin molestarse en tocar empezaron a trabajar rápidamente, para desprender la fuerte cerradura de seguridad.

El apartamento se componía de salón-comedor, un baño pequeño y dos habitaciones. El mobiliario consistía en sencillos muebles de fibra. Ni un papel en el suelo, aunque sí polvo y poca limpieza. Pasaron al dormitorio, amoblado con una cama grande de dos plazas, una cómoda y dos mesitas de noche. El lecho estaba revuelto y las sábanas arrugadas daban la impresión de que habían dormido en ellas muchas veces sin cambiarlas. El piso estaba bastante descuidado y por todos lados se veían colillas de cigarros. Calvo se inclinó y recogió una, reconociendo una marca de cigarrillos rubios americanos; la dejó caer no pareciendo interesarle, pero hizo un comentario a su subalterno:

—La última noche que pasó aquí el inquilino de este apartamento, no durmió mucho. Observe la cantidad de colillas que llenan

el cenicero que está en la mesa de noche y las que hay tiradas por el suelo.

—Es cierto —repuso Hurtado mirando el piso. De pronto dio unos pasos hasta la cómoda y se inclinó a recoger algo. Era un insignificante pedacito de tela que se asomaba debajo del mueble. Lo revisó cuidadosamente y dirigiéndose a su jefe, observó—: Vea, inspector, qué interesante… Una etiqueta que ha sido arrancada de alguna prenda de vestir.

—A ver… —El detective tomó el pedazo de tela y después de comprobar lo que le había dicho Hurtado, respondió—: ¡Diablos! La etiqueta dice Miami, y el nombre de la casa es muy conocido. Hum… Sin duda que es una pista valiosa.

No dijo más. Se la metió en el bolsillo y, precedido de Hurtado, pasaron al baño que comunicaba con la habitación. No parecía haber nada de interés. Los ojos de Hurtado se posaron en la jabonera y cogió un pequeño pedazo de jabón de color oscuro que habían dejado allí. Estaba completamente seco; se lo llevó a la nariz y aspiró el olor haciendo una mueca.

—¡Qué bárbaro!... Se lavaba la cara con un jabón para quitar grasa…

No había terminado de decir las palabras anteriores cuando el inspector le arrancó el jabón de las manos.

—¡Hombre, por Dios! El bárbaro es usted —dijo después de haberlo olfateado y contemplado como si hubiese hallado una importante pieza de convicción—. Vamos, Hurtado, ¿en qué emplea usted sus conocimientos detectivescos? ¿No le dice nada este precioso hallazgo?

—Pues… no.

—¿No se le ocurre pensar que un pedazo de jabón que ha sido utilizado muchas veces y que sirve solo para limpiar la grasa que se

adhiere en las manos, y que es tan difícil de despegar, se encuentre en la casa de una persona que no sepa para qué sirve?

—¿Sugiere usted, inspector, que ese individuo lo necesitó después de trabajar en alguna máquina o cualquier objeto lleno de grasa?

—Estoy seguro de ello. Nuestro hombre, Hurtado, debe ser un mecánico. Recuerde lo que le dijo el dueño de la bomba cuando le dejaba el auto para que le llenaran el tambor: "Échenle agua al motor cuando esté encendido y pónganle una bobina que le falta al carburador y que ocasiona el ruido que tiene en tal o cual sitio"… Comprenderá usted que solo el que conoce muy bien de mecánica sabe de estos detalles minuciosos, que un automovilista corriente generalmente ignora. Las suposiciones del vendedor de gasolina de que su cliente venía del Litoral no estaban equivocadas, y por la etiqueta que halló usted y este pedacito de jabón, las conclusiones están a la vista. El hombre que buscamos es mecánico de aviación y esa droga han debido traerla por el aire desde Miami. Recuerde que el aviso de la Interpol partió de allá, y por lo tanto, no es acertado suponer que la hayan introducido al país por barco o utilizando la vía terrestre. El asesino anoche desbarrancó su automóvil y salió para Maiquetía en algún vehículo de alquiler. Allí, con otro nombre, debe encontrarse confundido entre los mecánicos que reciben los aviones de líneas particulares.

Hizo una pausa, se pellizcó el labio inferior como reflexionando y dijo de pronto con voz excitada:

—¡Sí! Estoy seguro de no equivocarme. No podemos perder tiempo, porque ese hombre sabe que tiene a la policía pisándole los talones y tratará de huir lo más pronto. No creo que haya tenido tiempo, y según la anotación que hallamos al lado de los números telefónicos en el álbum de canciones… —Se interrumpió de súbito y después de breves instantes preguntó—: ¿Qué fecha tenemos hoy?

—Veintinueve de julio.

—Ajá, eso es… Las tres fechas anotadas eran diez, quince y treinta, las cuales no me cabe la menor duda que significan los días en que el aparato aterriza en Maiquetía. Sí, eso es, apuntaron estas fechas al lado de la numeración en clave para que no fueran olvidados los números telefónicos que correspondían a las diferentes llamadas… ¿Comprende ahora, Hurtado?

—Sí, inspector, perfectamente. Al llegar el avión y recibir el "fantasma" la droga, subía con ella a Caracas, luego, de la bomba de gasolina a la hora que correspondía a esa fecha, o sea, de la llegada de este a Catia, daba la señal a su cómplice, posiblemente con algunos repiques telefónicos y esta, a su vez, respondía llamándole al número que aquel le había indicado; pasados seis días hacía lo mismo, pero llamándole del restaurante y a otra hora, por supuesto… Caramba, inspector…, mañana es treinta, fecha en que debe llegar ese avión que lo ayudará a escapar de la justicia.

—Exacto. Como puede usted ver, ese tipo se las trae. Es astuto, hábil y peligroso como una cobra. No hay tiempo que perder… Tiene usted que salir de inmediato para el Aeropuerto de Maiquetía. Desgraciadamente, no podré acompañarle, pues debo quedarme para efectuar averiguaciones importantes en Extranjería. De acuerdo con mis órdenes, ofrecieron entregarme esta misma tarde varias documentaciones de extranjeros sospechosos llegados a Venezuela en los pasados seis meses. No quiero retener tampoco al propietario del edificio donde vivía el tipo ese y me urge interrogarle lo más pronto. Al terminar con estos asuntos que me impiden acompañarle, saldré a reunirme con usted. Entretanto, debe dirigirse al inspector de aeropuertos, el teniente Rosales, con quien me pondré al habla antes de que usted llegue para que le facilite las informaciones necesarias y le permita la entrada libremente en los hangares particulares. Lleve su revólver y váyase en mi automóvil particular, que no tiene placas oficiales, y comuníquese conmigo por el teléfono oficial a su llegada

y las veces que lo considere conveniente. Detrás de usted saldrá una radiopatrulla con seis oficiales, la cual se ubicará de acuerdo a las instrucciones y cerca del hangar que usted indique.

Rodolfo escuchó gravemente las órdenes de su jefe. En sus ojos brillaba una luz de excitación y su rostro estaba un poco pálido, pero no se podía percibir en su actitud nada parecido al miedo.

—Está muy bien, inspector. Pero antes de irme quiero pedirle un favor…

—Diga lo que sea, Hurtado. Con mucho gusto, pero ya supongo que debe ser avisar a su esposa para que no se preocupe, en caso de que se prolongue demasiado su ausencia, ¿no es eso?

Había una sonrisa simpática en el rostro del jefe de la Policía cuando pronunció las palabras.

—Efectivamente, inspector. No quiero utilizar este teléfono por temor de borrar alguna huella digital que pueda haber dejado ese individuo, y no tengo tiempo para detenerme a llamar desde ninguna parte.

—Váyase tranquilo y no se preocupe, amigo. Yo me encargaré de eso.

Después de que Hurtado salió, el inspector Calvo se detuvo poco tiempo en el apartamento. Dio un último vistazo y bajó las escaleras en busca de Giuseppe. Tocó la puerta. El italiano lo esperaba rodeado de su esposa e hijos, quienes lo contemplaron con ojos implorantes. Con demostraciones de gran desconsuelo se despidieron de Bartoli y Calvo se creyó obligado a advertir a la señora que su esposo no iba detenido, sino a prestar algunas declaraciones y que no tardaría en regresar. Ya en la puerta paró un auto de alquiler, porque el suyo particular y sin placa oficial, en que habían venido, se lo llevó Hurtado, y minutos más tarde penetró acompañado del italiano en las oficinas de la Seguridad Nacional.

Había interesantes noticias a su llegada. Se descubrió por el número serial del automóvil que había sido vendido hacía cinco meses a una mujer, que se identificó presentando su cédula con el nombre de Gina Montes, la cual pagó al contado y se llevó el vehículo conduciéndolo ella misma.

De Extranjería le rogaron que esperara un poco, pues no habían tenido tiempo de terminar con la ardua indagación de los miles de documentos de inmigrantes que habían llegado en los últimos seis meses a Venezuela. Asesorado de lo que le interesaba, se puso en comunicación con el Aeropuerto de Maiquetía y llamó a su amigo Manuel Rosales, encargado de la vigilancia de los hangares, recomendándole muy especialmente a Hurtado. "Hace media hora salió —le anunció Calvo— y ya debe estar al llegar el detective Rodolfo Hurtado, quien es el encargado de este asunto; por lo tanto, amigo Rosales, le ruego ponga todo su interés en facilitarle las averiguaciones que necesita. No me moveré de la oficina y recuérdele que espero su llamada. Avísele también que salió para allá una radiopatrulla, que se ubicará en el estacionamiento del aeropuerto, del lado oeste".

Al terminar de hablar, marcó otro número y habló con Adriana. Le explicó brevemente que su esposo estaba en una misión importante y que no se preocupara, pues posiblemente regresaría tarde. Cuando terminó de hablar oprimió el timbre que estaba en la mesa y apareció una joven. Era la secretaria de Calvo y este le indicó que hiciera pasar al italiano y que tuviera listo el aparato de grabación, porque pensaba tomarle declaraciones al extranjero.

El señor Bartoli, en extremo nervioso, tomó asiento y de las declaraciones que dio al inspector, este se dio cuenta de que no se había equivocado en sus apreciaciones. Las siguientes preguntas fueron contestadas así:

—¿Desde qué fecha le alquiló ese apartamento a la señora Montes?

—Desde el quince de enero de este año; ya estamos a fines de julio y ella se empeñó en cancelar seis meses por adelantado, en vez de los tres que se exigen como depósito.

—¿Qué nombre le dio la señora?

—Presentó una cédula bajo el nombre de Gina Montes, cubana y de profesión artista. Explicó que deseaba el apartamento amueblado porque no pensaban, ni ella ni su esposo, residir en Caracas por más tiempo, y que luego regresarían a Cuba. También dijo que como de continuo estaban haciendo viajes por el interior de la república, solo necesitaban el apartamento para pasar una que otra noche en él y no tener que verse en la incomodidad de hospedarse en un hotel a su llegada.

—¿Fue ella quien le dijo que su esposo se llamaba Rodolfo Montes?

—Sí, señor inspector.

—¿Lo conoce usted de vista o personalmente?

—Nunca lo llegué a ver. Suponía algunas veces que se encontraba en su apartamento, por el automóvil que siempre ubicaba en el estacionamiento que pertenece al edificio.

—¿Cómo era el automóvil?

—Un Cadillac verde oscuro.

—¿Veía con frecuencia a la señora Montes?

—Muy pocas veces. Únicamente cuando había que cancelar el recibo de la luz del apartamento. Ella tocaba a la puerta y me entregaba el importe de este. Consumían poquísima corriente.

—¿Recibían visitas sus inquilinos?

—No puedo decirle con seguridad nada de eso. Como paraban allí poco tiempo, yo no sabía nunca cuándo estaban o no adentro. Jamás vi a nadie visitarlos.

—¿Recuerda usted si el automóvil verde oscuro estuvo anoche en el estacionamiento?

—Sí. En horas tempranas estuvo el automóvil, pero esta mañana se lo habían llevado. Debo advertirle que el señor o la señora estuvieron en el apartamento en días anteriores, porque vi el Cadillac verde en el estacionamiento del edificio.

—¿Por qué dice usted el señor o la señora?

—Supongo que uno de los dos, porque ella también manejaba ese automóvil verde y en una oportunidad la vi estacionando un vehículo muy elegante de color blanco frente al edificio, el cual venía manejando.

—¿No le despertó curiosidad la forma misteriosa en que vivían sus inquilinos y el hecho de que, a pesar de que usted sabía que allí habitaba una pareja, jamás vio a uno de ellos?

—No, de ninguna manera. No me llamó la atención porque solo me interesan los inquilinos morosos, a quienes fastidio de vez en cuando para que no se olviden de pagar, y en cambio, con estos jamás tuve el menor incidente.

—¿Quién les hacía la limpieza?

—Supongo que la señora se ocupaba de eso. Yo le ofrecí los servicios de una camarera que hace la limpieza por las mañanas en los apartamentos y se le abona una cantidad modesta, pero se negó diciendo que no valía la pena, que ella misma se ocuparía de hacerlo.

—¿Qué motivos le dio la señora Montes para cambiar la cerradura de la puerta?

—Simplemente llamó a un cerrajero y lo hizo sin advertirme. Luego se acercó a mi domicilio y me explicó que como ellos casi siempre estaban de viaje y dentro guardaban cosas de mucho valor, no querían exponerse al considerar que la cerradura no era segura.

—¿Qué dijo usted a eso?

—Acepté sin demostrar disgusto alguno. Al final, ellos tenían derecho a protegerse, no me habían causado ninguna molestia y la señora era muy amable.

—Descríbame a la señora Montes.

—¡Ah!, es una bonita mujer… Alta, un poco gruesa, muy rubia. En traje de noche se veía hermosísima.

—¿En traje de noche?... ¿Cuándo la vio usted vestida así?

—En una oportunidad que estuvimos de visita mi esposa y yo y nos retardamos más de lo acostumbrado. Sería como la una de la mañana. Nosotros nos bajamos del automóvil que habíamos estacionado y la distinguimos un poco más lejos bajando ella del suyo. Un hombre la acompañaba y pensamos que era su esposo. No pudimos verle la cara porque iban delante de nosotros y nos llevaban algunos metros de distancia. Recuerdo que mi mujer y yo comentamos que hacían buena pareja, a pesar de que la señora Montes es muy alta y él apenas le llega al hombro. Pocas veces he visto espaldas más anchas y fuertes que las de ese individuo.

—¿No pudo fijarse en más nada?

—No. Cuando llegamos al apartamento, ya ellos habían subido.

Calvo consideró que el interrogatorio había terminado y dejó libre al italiano.

Mientras tanto…

XXI

En una de las oficinas del Aeropuerto de Maiquetía, Rodolfo Hurtado y el inspector de Aeropuertos, sentados uno frente al otro en cómodas butacas, conversaban animadamente. Eran apenas las dos y media de la tarde y los rostros de ambos hombres relucían sudorosos por la fuerte temperatura. El teniente Rosales, hombre de absoluta confianza y gran amigo de Calvo, escuchaba atentamente las palabras de su interlocutor, quien le daba precisas explicaciones sobre el asunto que lo había llevado allí.

—El inspector tiene la sospecha —decía el detective— de que el asesino es un mecánico que presta servicios en un hangar, donde llegan aviones particulares. El que nos interesa es uno que procede de Miami y, por datos que ha descubierto, tiene casi la certeza de que ese avión hace tres viajes mensuales a Caracas.

—¿Tres viajes mensuales? ¿Están ustedes seguros? —preguntó con interés el teniente Rosales.

—Sí. El primero lo efectúa el día diez y aterriza en Caracas, más o menos, a las doce del mediodía. El segundo el día diez, quince y treinta, y llega a las cinco de la tarde y el tercer viaje, el día treinta y calculamos que el arribo sea a las ocho de la mañana.

Hurtado calló esperando la respuesta a sus observaciones y el teniente Rosales se quedó, durante un breve momento, reflexionando. De pronto frunció el ceño y dijo:

—Ya sé… Creo saber de quién se trata… —Movió la cabeza dubitativamente y añadió—: No obstante, insisto en que debe haber algún error… A pesar de todo lo que afirma, los pilotos del avión con

las características que usted me señala, no pueden ser sospechosos… Permítame un momento.

Se puso de pie y se dirigió al archivo en donde llevaba el control de las salidas y entradas al país de aviones particulares. Sin titubeo alguno sacó una carpeta, la hojeó rápidamente y luego la cerró. Con ella en las manos se dirigió a su sitio y dijo con voz grave:

—Aquí tiene que haber algo raro… Sin duda alguna, que por los datos que me ha facilitado se trata de… —Se interrumpió y abriendo la carpeta leyó—: "Avión particular, perteneciente al Sr. Heriberto Madriz, quien lo pilotea junto con su hermano Alfonzo Madriz. Ambos son venezolanos"… —Se detuvo mientras pasaba la vista rápidamente hasta hallar lo que buscaba—: Ajá, aquí está… "Hacen viajes a Miami por intermedio de una casa comercial venezolana y aterrizan en el aeropuerto los días diez, dieciséis y treinta de cada mes. Dejan la mercancía, que ya es esperada por una camioneta, y vuelven a salir… a las seis horas más o menos". —Alzó la vista y Hurtado vio en su cara un signo de interrogación. Prosiguió—: Ustedes temen, lógicamente, que el tipo ese huya mañana en la aeronave que debe aterrizar, como acostumbra, a las ocho, y es natural que piensen que los pilotos estén complicados y le ayuden a salir del país. Pero el caso es, señor Hurtado, que baso mi insistencia de que los señores Madriz son inocentes de lo que sucede, y que el inspector Calvo comprenderá cuando le explique el asunto. De todas formas, esto pertenece a investigaciones particulares en las que no debo intervenir, pero que es mi deber advertirlo. Sin embargo, los traficantes de drogas son en extremo audaces y poseen recursos inagotables para introducir su mercancía. No tiene nada de extraño que hayan utilizado ese avión, que dada la ocupación oficial y privada de los dueños serían los últimos en despertar sospechas a la policía. Es casi seguro que los señores Madriz desconocen que son portadores de la cocaína, que un cómplice en Miami introduce en el avión, guardándolo en

un sitio estratégico solo conocido por el mecánico de quien ustedes recelan, quien la recoge y la vende en Caracas. La descripción que usted me ha dado de ese asesino "fantasma" la utilizaremos para tratar de localizarle en el hangar correspondiente, y si existe alguien con parecida filiación que trabaje como mecánico, lo tendrá dentro de pocos momentos frente a usted.

Hurtado se quedó pensativo ante las explicaciones que le dio el teniente. Este se dirigió a su escritorio y alzó el auricular del teléfono que estaba en el mueble. Pidió un número a la central del aeropuerto, y después de un instante, su voz fuerte y sonora dijo a quién atendió:

—Habla el teniente Rosales. ¿Quién está al teléfono? ¡Ah!… ¿Martínez? Oiga, es importante que me localice de inmediato al mecánico de los señores Madriz. Ha llegado un cable para él de Miami… ¿Cómo dice? ¿No se encuentra ahí? ¡Qué contrariedad!... Sí, sí, ese mismo, Rodolfo… Rodolfo…. Ah, sí, Lara…. Dígame, Martínez, ¿a qué hora acostumbra a llegar para recibir el avión?... Bien… Entonces, esperaremos… Sí. Muchas gracias… Ah, oiga, también me interesa hablar con usted inmediatamente. Lo espero.

Al colgar el teléfono se volvió a Hurtado y dijo:

—Por lo que ha oído, señor Hurtado, no se encuentra el mecánico allí. Pero ya sabemos que el tipo ese no lleva aquí el apellido Montes, sino Lara. El joven mecánico con quien acabo de hablar parece conocerle. Viene enseguida para acá y podrá usted interrogarlo al respecto.

No tardó en presentarse el hombre. Era un muchacho de elevada estatura, constitución fuerte y piel muy morena. Vestía un mono azul de mecánico manchado de grasa. No aparentaba más de veinte años.

Cuando penetró en la oficina, al ver a Hurtado, dio las buenas tardes e hizo un gesto de vacilación. Rosales le ordenó que se acercara y le dijo:

—Martínez, el Sr. Hurtado es detective de la Seguridad Nacional y desea hacerle unas cuantas preguntas, las que usted debe responder ateniéndose a la verdad estricta.

Al oír las palabras del teniente Rosales, el joven miró a Hurtado con una expresión de temor reflejada en sus ojos. Con voz temblorosa, respondió:

—Estoy a la orden.

—¿Desde cuándo conoce usted a Rodolfo Lara?

—¿Al mexicano?... Desde que empezó a trabajar con los señores Madriz, hace unos seis meses.

—¿Por qué lo llama usted el mexicano?

—¡Ah!, porque él mismo lo ha dicho y además habla como si lo fuera.

—¿Son ustedes muy amigos?

Martínez, ante la pregunta, miró fijamente a Hurtado, parpadeó y repuso:

—Eso depende, señor. Amigos amigos, no. Trabajamos juntos y nos tratamos.

—¿Trabaja usted con los señores Madriz?

—No, pero sí en el mismo hangar, y para otros aviones particulares.

—¿Ve usted con frecuencia a Lara?

—Solo en las ocasiones que a él le corresponde prestar sus servicios al avión que lo ha contratado, tres o cuatro veces en el mes. Es un mecánico de primera y yo le consulto cuando me encuentro en dificultades.

—Descríbalo.

—Es un hombre corpulento, moreno, de carácter muy violento.

—¿No se fijó usted en la cicatriz que tiene en la frente?

—¡Caramba, no! Nunca lo he visto sin la gorra.

—¿Sabe usted dónde vive?

—No, señor. Una vez se lo pregunté y me respondió que paraba en una pensión en Macuto, pero que pensaba mudarse de allí, pues la atención era pésima y la comida, peor aún.

—Fuera del aeropuerto, en horas de trabajo, ¿no lo ha visto usted?... ¿No han salido juntos?

—Nunca hemos salido juntos. Es un tipo raro, y no demostró jamás interés en hacer amistad con nadie. Fuera del trabajo lo vi dos veces, la primera de paso. Estaba yo esperando el autobús y él venía en un auto muy lujoso acompañado de una mujer rubia. No me vio. Al primer momento dudé de que fuera él, porque sin el traje de mecánico parecía un tipo rico, un señorón, pero luego, fijándome bien, reconocí al mexicano. Al día siguiente, cuando lo encontré, se lo dije y le pregunté si era su novia la mujer que lo acompañaba. Parece que no le gustó. Me miró en una forma extraña y respondió bruscamente que debía estar equivocado. Yo me reí creyendo que bromeaba Y le insistí diciéndole que no era tonto y que le había visto bien. Entonces se puso furioso y trató de armar lío. Sentí pánico de pensar que un hombre como ese, por una tontería, tratara de golpearme. De una sola trompada me hubiera dejado medio muerto. Traté de calmarlo pidiéndole excusas y me retiré para que el asunto no fuera más lejos. Su actitud no me gustó y procuré no acercarme más.

—¿Dónde lo vio por segunda vez?

—En un botiquín que queda en la esquina de la calle de la iglesia de Macuto. Estaba vestido elegantemente y parecía esperar a alguien mientras distraía la espera tomándose una cerveza. No me acerqué, pero como el tipo ese me resultaba un poco misterioso, me quedé cerca, acechándolo. Al poco tiempo se acercó un Cadillac de color verde manejado por la misma mujer con quien lo había visto la otra vez, y se detuvo por pocos instantes cerca del botiquín; entonces

el mexicano salió a la calle, se metió dentro y el automóvil arrancó dando la vuelta hacia el este.

Rodolfo Hurtado estaba satisfecho. Por las declaraciones de Martínez no le quedó la menor duda de que el mexicano, o sea, Rodolfo Lara o Rodolfo Montes, era el hombre que buscaba.

Al terminar con el muchacho, lo despidió y levantándose le dijo a Rosales, señalándole la hora:

—Faltan pocos minutos para las tres de la tarde. Debo salir de inmediato hacia Macuto, y registraré hotel por hotel si es necesario hasta dar con él. No creo que el mexicano aparezca por estos lados en el curso del día. De todas formas, le dejaré un papel escrito con órdenes a la radiopatrulla para que vigilen el hangar y detengan al tipo ese si se presenta. Usted me hará el favor de entregárselo después de que yo salga.

—No olvide usted que el inspector Calvo espera su llamada —le recordó Rosales.

—Sí; pero no pienso telefonearle ahora, pues deseo darle la sorpresa, en caso de que me acompañe la suerte. Le ruego a usted que lo llame y le avise que salí hacia Macuto para efectuar investigaciones sobre el paradero del asesino. Debe usted, teniente, estar alerta, pues lo llamaré de un momento a otro. Tengo la esperanza de darle noticias mías en el curso de la tarde.

Actuando con rapidez, el joven detective escribió en una hoja ciertas instrucciones que debía entregar el teniente a los oficiales de la radiopatrulla; le dio el papel firmado y le estrechó la mano efusivamente, despidiéndose con agradecidas palabras por su eficaz ayuda.

Minutos más tarde conducía velozmente en dirección a Macuto.

XXII

Rodolfo Hurtado pensaba, mientras conducía rápidamente, que la tarea que se había impuesto de perseguir al peligroso asesino, solo, sin ayuda alguna, se debía al inconfesable deseo que latía en lo más íntimo de su conciencia, de destruir hasta la más mínima sospecha que pudiera tener su jefe con respecto a la absoluta inocencia de su esposa en todo aquel desagradable enredo. Iba al azar, guiado únicamente por su intuición y su fe; ya no le incitaba la ambición de triunfar para recibir un ascenso. Consideraba que capturar al mexicano era un asunto de honor y que a más nadie que a él le correspondía llevarlo a efecto. Meditó también que tenía que evitar matarle y conducirlo vivo en la presencia de su jefe para que fuera interrogado. Llevaba su revólver en la funda, debajo de la chaqueta, y se prometió no usarlo en ningún momento, aunque en ello le fuera la vida.

Al llegar frente a la iglesia de Macuto, Hurtado se detuvo. Buscó un lugar en donde estacionar el automóvil y cuando se bajó de este vaciló un instante, mirando hacia todos lados. De pronto, marchó bajando la cuadra en busca del botiquín que Martínez, el mecánico, le había mencionado en la conversación. A medida que avanzaba, el pensamiento fijo, obsesivo, de atrapar al misterioso traficante de cocaína sin ayuda alguna lo llenaba de júbilo, y se dispuso a tratar de conseguir una información en el sitio donde una vez había sido visto tomándose una cerveza.

La fatiga le hizo recordar que eran más de las tres de la tarde y que desde las ocho de la mañana no había ingerido sino una taza de

café con leche. El recorrido desde la iglesia a la esquina donde estaba situado el botiquín era corto y lo efectuó apresuradamente, sintiendo la fuerza del sol que caía ardiente sobre su cabeza y el intenso calor que le pegaba la camisa al cuerpo, que sudaba copiosamente debajo de la tela gruesa de casimir.

El pequeño establecimiento donde se expendían bebidas, y había servicio de restaurante, estaba solitario a esa hora. El detective ocupó una mesa de metal corroída por el salitre, de la cual había sido retirado recientemente el mantel y la vajilla, y le pidió la carta al camarero que se le acercó —de aspecto no muy limpio— para ordenar su consumición. A Hurtado no le agradó el menú que ofrecían y cuando le pidió al camarero dos tostadas y media botella de cerveza escrutó sus facciones, de impenetrable expresión. No le agradó el rostro del individuo y pensó que tenía cara de pocos amigos y no era culto ni amable, por lo que prefirió no hacer preguntas que pudieran despertar en el hombre recelos y descubrir su profesión de investigador. Pronto terminó su frugal refrigerio y al concluir dejó el importe sobre la mesa y se dirigió a la puerta. Allí se quedó por un momento mirando hacia la calle, que minutos antes había recorrido. Su mirada se detuvo en un cartel que anunciaba una peluquería en la acera de enfrente, cuatro casas más arriba. Recostado en la puerta del establecimiento vio a un individuo que supuso sería el dueño, el cual, con aire de pereza, fumaba un cigarrillo en espera, quizá, de algún cliente. Era un hombre como de cuarenta años, reluciente e hinchado por la gordura; vestía un pantalón blanco y una guayabera de hilo.

Una idea luminosa cruzó por la mente del detective y sin detenerse a pensarla mucho atravesó la calle y se dirigió rectamente al individuo. A su cortés saludo, el peluquero respondió amablemente e hizo un gesto permitiéndole el paso. Le señaló al joven uno de los tres sillones vacíos y Hurtado se sentó mientras el hombre, tirando

a un lado el cigarrillo, descolgó de una percha su bata de trabajo y se la puso.

—Recórteme el pelo en forma de cepillo —dijo el detective—; luego me da un champú de aceite.

Una toalla de tela fue agitada ante sus ojos y antes de ponérsela el hombre titubeó un momento y observó con bonachona sonrisa:

—¿Por qué no se quita el saco, señor?... Se sentirá más cómodo y con menos calor.

Rodolfo no podía hacerlo porque no le interesaba dejar ver el revólver que tenía debajo de la chaqueta, y repuso:

—¡Oh!, no. Estoy transpirando tanto que temo coger un resfriado. Además, aquí no se siente tanto la temperatura por el ventilador eléctrico.

—Como usted quiera.

El hombre le anudó la toalla en la nuca. Y a poco de empezar a caer, junto con el seco chasquido de la tijera, el tupido cabello oscuro, un nuevo visitante irrumpió en el salón. Era un chiquillo de nueve años, mal vestido, casi andrajoso, que llevaba en la mano una caja de madera conteniendo cepillos y cremas para limpiar calzado.

—¿Le limpio los zapatos, señor?

Se había dirigido a Rodolfo. Pero antes de que pudiera responder, el barbero detuvo su trabajo e hizo un ademán al chico para que se marchara.

—Epa, chico. ¿No te he prohibido entrar aquí? ¿Qué cuestión es esa? Bien sabes que no me gusta que molestes a mis clientes cuando se están afeitando.

El muchacho dio media vuelta para marcharse, pero Rodolfo, contraviniendo la orden del dueño de la casa, gritó:

—Muchacho, ven acá. Límpiame los zapatos. —Luego, dirigiéndose al hombre, añadió—: Me perdona usted, amigo, pero el chico

no me molesta. Necesito que me pase el cepillo por los zapatos, que los llevo inmundos y además me ahorra tiempo porque estoy deprisa.

Desde el espejo colocado enfrente veía cómo el hombre trabajaba eficazmente en su cabeza y cuando este en un movimiento alzó la vista, sus ojos se encontraron. El detective aprovechó la oportunidad para sonreír, tratando de ser simpático con el peluquero.

—Está quedando muy bien. Amigo, usted conoce su oficio como ninguno.

—Mi nombre es Pedro Pereira, señor, y estoy a su orden —respondió halagado, sonriendo abiertamente—. Tengo fama aquí de buen peluquero… Imagínese que llevo haciendo esto mismo día a día, desde hace diez años…

Pocos parroquianos había tenido ese día Pereira y tenía deseos de conversar. La charla empezó:

—¿De paso en Macuto?

—Más o menos… Me veo obligado a pasar la noche aquí porque ando en busca de una persona que vive por estos lados, a quien tengo que entregarle un paquete, y como parto mañana en un avión que sale muy temprano, me veré en el caso de solicitar hospedaje en algún hotel solo por esta noche para no tener que regresar a Caracas.

—¡Ah!... Si me permite usted, puedo recomendarle una pensión muy buena que queda cerca, es la de un amigo mío, y no se arrepentirá del servicio.

—¡Encantando! Me facilita usted las cosas. A propósito, usted que conoce tanta gente, y supongo debe tener una extensa clientela, quizá pueda darme una información que me interesa.

—Con mucho gusto le diré lo que desea, en caso de que lo sepa. ¿De qué se trata?

Mientras respondía, el hombre contorneó la silla y le volteó la cabeza. En ese momento, el limpiabotas interrumpió para decir:

—El otro pie, señor.

Desde la posición en que estaba distinguía la negra y alborotada cabeza del muchacho que se inclinaba sobre sus zapatos, lustrando su calzado.

—Se trata de la persona a quien debo entregarle el paquete —prosiguió Hurtado—, tengo que localizarlo y no me dieron la dirección exacta. Se apellida Lara y lo llaman "el mexicano"; es mecánico de aviación y me dijeron que se hospedaba en una pensión en Macuto. Así es que suponga usted lo difícil que me será encontrarle de aquí a mañana, con tan dudosos informes.

—Tiene razón. Por aquí, cerca de la iglesia, la única pensión que conozco es precisamente la que quiero recomendarle. A lo mejor es allí donde se hospeda. Dígame cómo es esa persona, a ver si la recuerdo.

—Bueno, francamente le diré que nunca lo he visto. Por lo que me explicaron es un tipo alto, de hombros anchos y recia musculatura, moreno, lleva el cabello igual al corte que usted me está haciendo…

Pereira irguió la cabeza. Miró al detective por el espejo y exclamó:

—¡Hombre! Creo que ese individuo ha sido cliente mío, jamás olvido una cara y pocos son los que se arreglan el pelo en la forma en que usted y él lo hacen. Desde luego que tiene que haberse sentado en uno de estos sillones para que yo lo afeitara.

Hizo una pausa, se quedó con la tijera en el aire, reflexionó y añadió de pronto:

—Ya sé de quién se trata. ¿Es boxeador ese tipo?

Rodolfo se movió inquieto en la silla; sus ojos, reflejados en el cristal, miraban a Pereira con gran expectación.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—No sé… Algo en su aspecto, en su rostro. Tiene la nariz aplastada como si se la hubieran roto de un puñetazo… Además…

El peluquero pronunciaba las palabras despacio. Rodolfo hubiera querido arrancárselas de la boca. Su corazón palpitaba de excitación al darse cuenta de su inesperada suerte y la buena estrella que lo había guiado al único lugar, quizá, en donde una veraz información le sería suministrada sin suspicacia alguna.

—¿Además qué? —preguntó con voz en la que se notaba su impaciencia.

—Bueno, se me ocurre en este momento que a lo mejor no es el tipo que busca, porque el que yo calculo no es mecánico, sino un señor rico que da espléndidas propinas.

—¡Ah!, pero siga, por favor. ¿No dice usted que se parece al que yo busco?

Rodolfo casi no podía controlar su nerviosidad.

—Se parecen en parte. Es fuerte, alto, moreno, pero no es un obrero.

Rodolfo respiró pesadamente. Al fin se iba acercando al asesino. Con voz que salió de sus labios con indiferencia, exclamó:

—¡Caramba! Ese detalle me desconcierta. De todos modos, amigo, vale la pena buscarle e informarse, en caso de que viva cerca de aquí.

—Lamento no poder indicárselo, porque no lo sé. Aunque lo he atendido varias veces, no es de mis clientes fijos. Sin embargo, no tendría nada de particular que se hospedara en la pensión de mi amigo González y como usted va para allá, no le será difícil localizarlo.

—Así lo haré. Mil gracias por su información. En caso de que no lo encuentre allí lo solicitaré en otro lado. Haré la posible por cumplir lo ofrecido y nada más. No es de tanta urgencia, tampoco.

La voz del muchacho le anunció a Hurtado que había finalizado la limpieza de su calzado. Registró en su bolsillo buscando un sencillo y la moneda más baja que encontró fue una peseta de

dos bolívares. Se la dio al chiquillo y cuando este hizo el gesto de sacar el vuelto, Hurtado, con un ademán, le dio a entender que lo dejara así. Los ojos del niño brillaron de contento y dio las gracias alegremente al detective. Recogió sus cepillos y demás útiles y salió silbando hacia la calle.

También el peluquero terminaba su operación. Una rociada de intenso perfume cayó sobre la cabeza de Rodolfo, y los hábiles dedos de Pereira friccionaron el cráneo casi depilado de Hurtado. Cuando se vio en el espejo se encontró desconocido. Una sonrisa distendió sus labios dejando ver la blanca dentadura, y se imaginó la cara que pondría su mujer cuando le viera con aquel aspecto de gánster americano. Antes de despedirse de Pereira, le preguntó:

—¿Dónde queda la pensión González que usted me ha recomendado?

—En misma calle de la iglesia, transversal a esta. En la puerta está el cartel con el nombre de la casa. Cuando le hable al dueño, dígale que lo mandé yo para que lo atienda bien.

—Muchísimas gracias.

—De nada. Que encuentre a su amigo y tenga un buen viaje.

Cuando Rodolfo salió en busca del hospedaje miró el reloj y vio que eran las cuatro de la tarde. Subió por la calle en dirección a su automóvil y mientras introducía la llave para abrirlo, una voz que le llamaba le hizo volverse. Corriendo hacia él venía el pequeño que hacía unos minutos le había limpiado los zapatos.

—¿Qué quieres, muchacho?

—¡Cónfiro! Hace rato le estoy silbando y ni siquiera voltea. Tuve que correr pa'alcanzalo.

El muchacho jadeaba, y Rodolfo dijo impaciente:

—Bueno, ¿y qué quieres?

—Guá, que si me da una cola en su carro, lo llevo onde vive el hombre ese que usté busca.

Rodolfo sintió ira por el entrometimiento del muchacho. Había escuchado toda la conversación y lo había seguido, posiblemente con la idea de darle una falsa dirección para sacar una propina mejor que la que le había dado.

—¡Ah, no, vale! Vete. Déjate de cuentos. Con razón el barbero te tiene miedo, porque eres un águila.

—¿Yo? ¡Qué va! Ese no quiere que yo entre en su barbería porque es un maluco. Él sabe que yo trabajo pa sostenerme porque soy huérfano y no tengo a nadie…

Hurtado interrumpió la charla del muchacho con cierta aspereza.

—Ya sé entonces lo que buscas. Toma, aquí tienes otros dos bolívares y en paz, amigo.

En la mano que le extendió Hurtado relucía la moneda. El muchacho no la retiró. Hizo un movimiento negativo con la cabeza y dijo:

—No, eso no. No vengo a buscá plata. Si usté no quiere i conmigo, está bien. Pero como oí que estaba apurao por encontrá al mexicano y yo sé dónde vive, quería enseñale dónde era la casa.

Al terminar de hablar dio media vuelta y meciendo en su mano la caja de madera echó andar por donde había venido.

Rodolfo abrió la portezuela, encendió el motor y arrancó suavemente. Alcanzó al muchacho que ya iba doblando la esquina y detuvo el automóvil:

—¡Muchacho! Da la vuelta y sube.

Cuando el chico estuvo a su lado en el asiento le dijo:

—Vamos a ver si es verdad que sabes dónde vive mi amigo. Habrá un regalo para ti muy bueno, si no mientes.

—Ya le dije, señor, que no quiero regalos. Lo llevo con gusto, y eso no me cuesta nada; además, hacía tiempo que quería montarne en un carro güeno como este. ¡Si me vieran mis amigos!

El detective miró al harapiento limpiabotas y su corazón se conmovió. Sonrió jovialmente al pequeño y repuso:

—Así me gusta. Ya veo que no eres interesado, sino un hombre completo que trabajas para ganarte la vida. Ahora dime, ¿hacia dónde vamos?

—Eche por aquí p'arriba derechito, yo le voy diciendo.

Habían llegado a una esquina y Rodolfo torció a la derecha, donde le señalaba el muchacho.

—¿Y por qué conoces tú al mexicano?... ¿Cómo sabes que es el hombre que yo busco?

—Ah, porque es igualito al que usté explicó al Pereira, y también le he limpiao los zapatos muchas veces en la barbería. Usté sabe que nosotros los limpiabotas nos metemos en toas partes; cuando no encuentro a quien trabajale en la calle, voy por las casas y pregunto si me necesitan. Un día entré por casualidá donde vive ese señor y él mesmito me salió y me dijo que no me necesitaba y que me fuera enseguida y no molestara más allí.

—¿Y no volviste de nuevo?

—¡Qué va! Ese hombre es muy bravo. Yo no m'atrevo a pisale más su casa… "¿Quién lo mandó a llamar?", me gritó cuando me vio. "Váyase inmediatamente y si vuelve, lo voy a echar a patadas", así mesmito me dijo, y con esa cara que se gasta, ¡qué voy a volvé!

—¿Qué tiene su cara de especial?

—Güeno, cara de hombre malo. De esos que salen en películas y matan a todo el mundo. Por algo le aflojaron ese machetazo que tiene en la frente…

—Chico, creo que exageras. Bueno, ¿y qué hubo?... Ya llevamos más da cuatro cuadras y no me has dicho todavía por dónde queda.

—Tenga pacencia, falta toavía cuatro más. Ahora cruce pa'bajo… Eso es. Ahora otra vez pa'rriba y ya no falta nada,

El detective estaba asombrado de sus aciertos esa tarde. No cabía duda de que el muchacho decía la verdad y que minuto a minuto se acercaba, no sabía si a la muerte o al triunfo definitivo. La voz del muchacho lo sacó de su abstracción:

—Pare aquí, señor. No puede seguir porque es una calle estrecha y no va a poder estacionar. Mire, ahora usté se baja y sigue derecho esta cuadra, al final hay un pasaje y la casa que está en alto pintá de rosao, que da en to el frente de la placita, es la de su amigo. Yo me bajo aquí y sigo a pie pa mi casa, que no está muy lejos.

Rodolfo detuvo el vehículo y lo estacionó en un sitio cómodo, mientras el muchacho abría la portezuela y con su caja al hombro se despidió del policía. Este le preguntó dónde vivía.

—¿Pa qué quié sabelo?... ¿No le dije que no quería nada? —respondió. De pronto hizo una pausa, alzó los brillantes ojuelos, miró al detective fijamente y añadió—: Güeno, adiós. Que encuentre a su amigo y que le vaya bien.

Hasta que no vio desaparecer la pequeña figura al doblar la esquina, Rodolfo no se movió de su sitio. Con paso lento empezó a caminar por la calle. No transitaba mucha gente; las casas por donde pasaba eran de un solo piso y de tejas rojas, con estrechas ventanas que daban a la calle. En algunas de estas había mujeres sentadas detrás de los balaustres. Algunos niños jugaban tranquilamente en medio de la vía y como esta era una especie de callejón ciego y no pasaban vehículos, los chicos podían permanecer allí sin peligro alguno, observados desde las ventanas por sus madres. Hurtado se dio cuenta de lo difícil que le iba a resultar acechar en aquellas condiciones; pero continuó avanzando lentamente con aire despreocupado hasta llegar al final de la cuadra. Vio un arco de mohosos ladrillos que daba paso a una calleja de piedras y sin titubeo alguno la atravesó hasta llegar a la plazuela que le había indicado el muchachito. Tres construcciones se alzaban en lo alto,

y vistas desde abajo, a Hurtado le dio la impresión de que estaba en el fondo de una quebrada. La que se ubicaba en todo el frente se veía semioculta por una tupida vegetación y descubrió la mancha rosada de sus muros y la línea recta del tejado. Para llegar a las tres casas había que subir una escalera de cemento con muchos escalones, y antes de acercarse a la que le interesaba, advirtió que la pequeña cancela de hierro estaba abierta. Por la soledad y tranquilidad del sitio, si no eran falsas las indicaciones del limpiabotas, Hurtado comprendió que el escondite era ideal para un individuo que deseara vivir sin temor a despertar sospechas ni curiosidades en la vecindad. Supuso que, en especial, la casa que contemplaba desde la plaza debía tener salida por el fondo a otra calle, por la posición en que estaba ubicada, y que no le sería difícil a sus inquilinos atisbar desde arriba y huir en caso de que un peligro inminente los amenazara. Una voz de mujer le hizo volver el rostro y vio que por la escalera de una de las quintas descendía una joven criada con un niño de la mano. Bajaba despacio, conversando con él, y un impulso hizo que Rodolfo se acercara a la puerta de hierro en el mismo instante en que la mujer ponía el pie en el último escalón.

Interpeló a la joven saludándola con cortesía.

—Buenas tardes, señorita. ¿Puede usted darme una información? —La joven respondió al saludo y esperó la pregunta—: ¿Sabe usted si esa casa de enfrente está alquilada?

—Sí, señor.

—¡Ah!, entonces me dieron mal la información. Me dijeron que estaba desocupada y que el dueño vivía cerca.

—Que yo sepa el dueño no vive por aquí, pero esa casa no está desocupada. Allí reside un señor extranjero. Parece que viaja mucho porque se le ve pocas veces. En la actualidad debe estar ausente. Hace tiempo que no se le ha visto por estos lados.

—¿Y en la casa no queda nadie que pueda informarme?

—Creo que no. Ese señor vive solo ahí. Cuando sale, la casa queda sin nadie que la cuide.

—Muchas gracias por su información.

La mujer continuó su camino y Rodolfo, ante su respuesta, se llenó de júbilo. Esperó que desapareciera, y sin titubeo alguno se dispuso a trasponer aquella puertecita abierta que lo conduciría al portal de la misteriosa casa, probable guarida del peligroso traficante de cocaína.

XXIII

Sus pasos no hicieron el menor ruido. Contó treinta escalones que lo condujeron al frente de la construcción, la que estaba parcialmente oculta por arbustos y algunos árboles grandes plantados en el pequeño jardín. Un estrecho caminillo lo llevó hasta el vestíbulo, donde se veía la puerta de entrada y dos ventanas grandes defendidas por rejas de hierro. Se detuvo un instante contemplando el portal, luego avanzó para dar vuelta a la casa por uno de los costados. Observó que apenas dos metros distaban de la empalizada de alambre de púas que estaba clavada al pie del cerro cubierto de vegetación. Se veía que la desidia o negligencia de los actuales propietarios o inquilinos de la casa-quinta permitieron libre curso a las silvestres trepadoras que invadían el suelo entre hierbajos, extendiendo sus guías por las paredes hasta el techo de tejas donde se habían asido fuertemente. En la parte de atrás, Rodolfo calculó que había un espacio de terreno de seis metros planos. Algunos mangos grandes daban bastante sombra al pequeño patio. Caminó hasta donde terminaba este y vio un declive que descendía hacia la quebrada. Pensó que no era difícil, en caso de apuro, bajar por allí, atravesarla y escapar hacia otra calle. No disponía de mucho tiempo para investigar a dónde conducía aquella pendiente y la menor demora podría ser fatal. Miró su reloj de pulsera y vio que eran las cinco y quince minutos de la tarde. Tenía que actuar veloz como el rayo, antes de que el dueño apareciera. Una sola puerta cerrada en la parte exterior de la quinta le impedía el paso. Rodolfo avanzó, le dio un vistazo a la cerradura y sacó de su bolsillo una llave maestra. Antes de introducirla acercó su oído

tratando de captar algún ruido, pero en el interior de la casa reinaba un absoluto silencio. Con sumo cuidado insertó la ganzúa y en un segundo la puerta se abrió. Esperó un instante alerta, con la mano debajo de la chaqueta, pero nada aconteció. Dio un paso y estuvo dentro de una habitación que, según calculó, era la cocina. Se veía a las claras que había sido utilizada por personas que desconocían los útiles servicios de la escoba y el agua. Se percibía el característico olor de los recintos que son aireados pocas veces. La luz de la tarde que penetraba por una claraboya dejaba ver el piso, del cual no se podía distinguir su verdadero color. Tirados por todas partes había potes de alimentos vacíos y papeles llenos de grasa. Vio dentro de una vitrina de madera, oculta tras una tela metálica, varias latas de comida en conserva y en una caja, algunos cubiertos de plomo y platos de loza ordinaria. En un ángulo de la habitación había una mesa quemada en los bordes por cigarros, sobre esta había un plato sucio y un vaso. Dedujo que hacía tiempo, alguien tomó allí un frugal almuerzo sin ocuparse de lavar la vajilla que había ensuciado.

Siguió avanzando silenciosamente, atravesó un pasadizo pequeño; de un lado vio una puerta entreabierta, con sumo cuidado la empujó descubriendo un baño. No se detuvo en hacer exploraciones en aquel sitio; prosiguió hasta llegar a otra puerta también abierta. De un rápido vistazo comprobó que era un dormitorio; no quiso entrar en ese momento, pues prefería conocer al detalle toda la casa antes de efectuar un acucioso registro. Pasó de largo y penetró en el salón-comedor, al cual daba la puerta de entrada y las dos ventanas. El salón se veía amplio por la escasez de muebles. En un ángulo de la puerta de entrada vio un diván con una mesilla al lado, sobre esta una lámpara eléctrica con el bombillo al descubierto, un cenicero repleto de colillas, una botella de *whisky* mediada y un vaso donde quedaba un resto de licor. Contra la pared frente a la puerta, un mueble grande, especie de cómoda con varias gavetas; dos sillas

ordinarias de paja, llenas de periódicos. El diván, tapizado con una cretona sucia y llena de manchas, llamó la atención de Hurtado. Era bastante alto y la tela que lo cubría bajaba hasta el suelo. Se acercó, alzó la tela y descubrió bajo esta una maleta. La arrastró y leyó, en una etiqueta bastante nueva, el nombre de un hotel de Miami. Era una maleta grande de piel color castaño, particularmente de las buenas. La levantó colocándola sobre el diván y notó que no era muy pesada. No tardó en abrirla forzando la cerradura. Sobre el diván fue depositando su contenido. Primero, un traje de gabardina, el cual registró rápidamente recordando su experiencia con el vestido de la cubana. Tanteó en los bolsillos, ruedos y hombreras sin hallar nada. Lo apartó a un lado. Sacó interiores, camisas, corbatas, pañuelos, medias y un estuche de viaje con implementos para afeitarse. Nada. Le sorprendió no encontrar papeles o documento alguno y ni un solo centavo. Pensó que si la maleta estaba allí preparada, el hombre dueño de ella vendría a buscarla, y no consideraba acertado suponer que si aquel salía para regresar dentro de poco, hubiera marchado con el dinero producto de sus ventas, que debía ser una gruesa cantidad; sobre todo, teniendo la seguridad de que su guarida no había sido descubierta aún, y por ese lado, estaría más a salvo allí su dinero que en su propia persona. Porque Hurtado estaba seguro de que el hombre tenía planeado huir llevándose una fuerte suma de dinero. Llegó a pensar que a lo mejor el mexicano, después de arreglar su maleta, pudo haber meditado que sería mejor escapar sin ella y que quizá no regresaría esa noche ni nunca más a la casa, permaneciendo escondido en alguna otra parte hasta la llegada del avión que, según sospechaban, debía trasladarlo fuera del país. Este pensamiento lo desalentó y contempló nuevamente la maleta vacía. De pronto, se le ocurrió que podía tener un doble fondo. Sacó una navaja de su bolsillo y rasgó el cuero. Era plana. Solo logró estropearla sin encontrar nada. Continuó con la parte de la tapa. Sajó los bordes y

dio un tirón al pedazo de piel desprendiéndola. ¡Qué simple todo! Un recurso conocido, y el precioso hallazgo estaba allí, en una depresión especialmente hecha para ocultar un grueso fajo de billetes atados con una goma. De repente, su corazón empezó a latir a un ritmo acelerado. En ese preciso instante, claros, reposados, llegaron a sus oídos el roce de unas suelas que subían la escalera de cemento. Era casi imposible salir con vida si lo encontraban allí. Velozmente sacó el revólver y recogió apresurado los billetes, metiéndoselos en el bolsillo; reunió toda la ropa en un confuso montón, guardándola dentro de la maleta, la cual ocultó bajo el diván. Alzó la vista buscando un sitio por donde atisbar, pero las ventanas eran de madera y no se atrevió a empujar uno de los postigos. No le quedaba más remedio que huir por donde había entrado y acechar desde fuera. Corrió por el pasillo; ya los pasos se sentían cerca de la puerta; no faltaba más que unos instantes para que el mexicano penetrara y al buscar su maleta, hallarla violada y rota, y descubrir el robo del dinero… Hurtado salió rápido cerrando suavemente la puerta tras de sí; recorrió los seis metros que lo separaban de la pendiente que conducía a la quebrada. Bajó por ella con dificultad, dejándose resbalar hasta que se agarró de unas hierbas altas, de fuerte raíces, y se ocultó con el revólver listo. Esperó allí con el corazón palpitante, y de pronto se le ocurrió que el dinero que tenía en el bolsillo debía, ante todo, ponerlo a salvo. No tardaría el asesino en darse cuenta que la persona que había registrado la casa tenía que haber huido por la quebrada; y eso era lo que esperaba Hurtado, que al bajar este podría atontarlo de un golpe con la cacha de su revólver. Estaba en cuclillas en una pequeña meseta que daba a la curva por donde había bajado casi arrastrándose. Buscó con la vista un sitio apropiado dónde ocultar el fajo de billetes. Pensó que lo mejor era dejarlo oculto dentro de las tupidas hierbas. Lo sacó de su bolsillo asegurándose de que estaba bien atado y lo metió dentro del follaje,

lo más abajo posible, cerca de la tierra. Habían pasado unos cuantos segundos y nada ocurría. Esperaba ansiosamente mirando el borde del barranco por donde debía aparecer el temible asesino, pero ni el menor ruido. Se enderezó ante la idea que cruzó de súbito por su cabeza. Posiblemente, el astuto mexicano, al penetrar en la casa y darse cuenta que había sido registrada, optó por huir para salvar su vida. Se irguió y subió cautelosamente. Al llegar al borde, buscando el amparo de un matojo, respiró fuertemente y asomó la cabeza. Lo que distinguió a través de este lo llenó de ira y consternación al mismo tiempo. Sentado al pie de uno de los mangos, en actitud de espera, estaba el limpiabotas; a su lado, en el suelo, la cajita de madera. Sus ojos miraban hacia la puerta que minutos antes, en su apresurada huida, había dejado entreabierta.

No comprendía por qué motivo el muchacho se encontraba allí, probablemente venía a espiarlo por curiosidad, desconociendo el peligro que implicaba su presencia. Rodolfo se aproximó silenciosamente para sorprenderlo. El niño volvió el rostro cuando estaba a un metro de distancia, y ante la sorpresiva llegada dio un salto y se puso de pie, con los ojos agrandados por el susto.

—¿Qué haces aquí, muchacho?

—¡Cónfiro, señó!... ¡Qué palo de susto me ha dao!... Yo lo esperaba por ahí y…

Señaló con su mano hacia la puerta y su voz salió temblorosa de sus labios.

El detective, impaciente, lo increpó:

—Insensato, ¿qué te has propuesto? ¿Por qué me has seguido?

—Quería estar seguro de que había encontrado la casa y, además, tenía que devolverle algo. Por eso me vine p'acá; como vi la puerta cerrada, pensé que estaba adentro, entonces di la vuelta y me senté a esperalo aquí. Pero me di cuenta de que esta otra puerta estaba abierta y que no debía tardá en salí.

Mientras el chico hablaba, sus ojos no se apartaban del revólver que tenía Hurtado en las manos; no cabía duda de que estaba intensamente asustado.

—¿Qué tenías que entregarme?

—Ah, eto, señó.

Rebuscó en su mugriento bolsillo, sacó un billete de cincuenta bolívares y se lo ofreció, añadiendo:

—Cuando etaba cerca de mi casa me registré los bolsillos pa' ve cuánta plata había hecho hoy y me encontré con eto. Pensé que se había equivocao y me vine a devolvéselo.

Rodolfo lo miró con suspicacia. No creía en la buena fe del muchacho, además estaba nervioso y pensaba que de un momento a otro podía presentarse el dueño de la casa y el chico estaba en inminente peligro de muerte.

—Vamos, hombre… ¡Qué tonto eres! Eso es tuyo y no tienes por qué devolvérmelo. Como no querías aceptarlo, te lo metí en el bolsillo sin que lo notaras. Si ero era todo, vete en seguida.

El muchacho, ante la brusca respuesta, se inclinó para recoger su caja, pero antes de resolverse a marchar se quedó un instante inmóvil; luego, con esa audacia natural de los muchachos del pueblo, dijo de pronto, alzando los ojos y señalándole el arma que tenía el detective en la mano:

—¿Con ese coroto le va a da usté un susto al mexicano?

Antes de responderle, Rodolfo experimentó el impulso de sacudirle unos azotes al intruso, que por su imprudencia podía desbaratar todos sus planes casi en el momento de lograr su triunfo. Si el muchacho se iba podía ocurrir un desastre, pues seguramente hablaría, y si se quedaba era un estorbo que podía ocasionar la muerte de ambos. Tomó una súbita decisión, jugaría una carta al azar confiando en él y al mismo tiempo alejándolo del lugar. Sin

pensarlo mucho abrió su chaqueta y le mostró la placa brillante que llevaba prendida en el forro del saco.

—¿Sabes lo que significa esto?

El muchacho miró asombrado a Rodolfo y respondió con cierta alarma en la voz:

—Guá, sí. Una chapa de policía. Entonce usté…

—Sí… —dijo al instante Hurtado—. Soy un policía, mejor dicho, un detective, y el hombre que vive en esta casa es un peligroso asesino, a quien me dispongo a hacer preso. Fíjate bien, muchacho, lo que esto significa. De un momento a otro puede presentarse y tú estás en peligro. Vete inmediatamente.

—¡Oh, no! Yo pueo quedame con usté y ayudalo. ¡No tengo miedo!

La obstinación del chiquillo alteró a Hurtado. Haciendo un esfuerzo por controlar su cólera, le dijo:

—Bien… Puedes ayudarme, pero no aquí. Vete al automóvil y espérame. En caso de que veas venir hacia acá al mexicano, corre a la primera casilla policial o al primer teléfono que encuentres y busca el número del inspector de Aeropuertos, el teniente Rosales, dile que es de parte de Hurtado y que envíe de inmediato a la radiopatrulla a esta dirección. Pero ya lo sabes, no lo hagas sino en caso de que veas al mexicano. ¿Entendido? Y a nadie, a nadie absolutamente, le hables de esto.

—Sí, señó. Comprendo. Así lo haré.

Se volvió decididamente y corrió por donde había venido. Cuando dejó de oír el sonido de sus pasos, Rodolfo penetró nuevamente en la casa, a la que la luz de la tarde, que declinaba, la sumía en la oscuridad.

XXIV

Rodolfo Hurtado había perdido un tiempo precioso y se dispuso a recuperarlo en lo posible. Dentro de muy pocos minutos la casa quedaría totalmente a oscuras. Consideró innecesario volver al salón y para continuar su requisa prefirió darle una ojeada al dormitorio.

Un instante después penetraba en él. Tuvo que encender un fósforo porque la habitación estaba sumida en las tinieblas. A pesar de su escasa luz distinguió un lecho para dos personas, una almohada manchada de algo oscuro estaba en el suelo, las sábanas revueltas, dos mesillas de noche, al lado una silla caída… La atmósfera era desagradable: el mismo olor a lugar cerrado que persistía en toda la casa. No supo por qué experimentó un inexplicable escalofrío, sintiéndose de pronto mal. Se apagó la cerilla. Raspó otra y continuó con la mano en alto desde la puerta escudriñando con sus ojos el recinto. Vio el clóset de paneles de madera blanca cerrado. Era amplio… Pensó que allí podía esconderse perfectamente alguna persona. Reflexionó rápidamente que si cerraba la puerta de la cocina y se encerraba allí podía, quizá, sorprender al mexicano, siempre que a este se le ocurriera regresar. Soltó el fósforo cuando ya empezaba a chamuscarse los dedos. Completa oscuridad y absoluto silencio. Volvió a encender otro. Avanzó hacia el clóset pensando en darle un vistazo para comprobar si podía caber dentro y si era fácil abrirlo con presteza en el momento oportuno, sin hacer ruido. Se dio prisa porque temía que de un momento a otro alguien le interrumpiera. No entendía por qué estaba tan nervioso, cuando

sabía que se encontraba solo. La puerta corrediza empujada por su mano se deslizó fácilmente.

La mano que sostenía la luz alumbró hacia arriba. Varios trajes de mujer estaban colgados en las perchas. Reconoció el abrigo negro que le había visto a la cubana la noche en que desapareció misteriosamente. Comprendió que también ella se ocultaba en la casa cuando estaba en peligro. La luz que le permitía ver el interior del clóset empezó a parpadear; iluminó hacia bajo para ver el piso y penetrar dentro, según era su idea. Repentinamente, sus cabellos se erizaron y en su mano temblorosa la luz terminó por apagarse. Quedó nuevamente en las tinieblas y cerca de aquello que estaba a sus pies. Rodolfo Hurtado era un hombre avezado en toda clase de aventuras, no podía sorprenderle la contemplación de la muerte. Sin embargo, había ocurrido tan de súbito… tan inesperadamente, tan lejos y apartado de sus proyectos… Inmóvil, sintiendo latir sus sienes, rezando mentalmente para conjurar al demonio del miedo que sentía rondar por primera vez cerca de sí, hizo un esfuerzo por dominarse y otro fósforo despejó un poco la oscuridad. Se inclinó hacia abajo y contempló el rostro del cadáver que parecía mirarle fijamente con sus ojos vidriosos. Un hilo de sangre coagulada marcaba un zigzag en la sien derecha y se perdía en su cuello. No se atrevió a tocarle, se limitó a comprobar —con profundo desaliento— que alguien se había adelantado a la justicia, porque el hombre que yacía encogido en el piso del clóset, con el rostro espantosamente contraído y un limpio balazo en su sien derecha, tenía una vieja cicatriz que le cruzaba la frente y casi se confundía con la marmórea palidez del rostro. Se apagó el fósforo. Rodolfo se incorporó y de pronto sus oídos alerta sintieron un ligero crujido, muy leve, como si alguien hubiera rozada un mueble. Giró rápido apuntando hacia la puerta. Aunque el ruido no se volvió a repetir, el corazón golpeaba y golpeaba en su pecho ante la incógnita de todo aquello. Se

aproximó lentamente; con sumo cuidado estuvo durante breves segundos petrificado al lado de la puerta. Silencio absoluto. No se atrevía a trasponerla, esperaba otro aviso para decidir… ¿Y si era otra vez el limpiabotas?... No tendría nada de extraño. El muchacho era terco, y a lo mejor había regresado y al no verle penetró por la cocina buscándole… Pero no…, imposible, ya se hubiera delatado… ¡Trac!... ¡Otra vez! El pequeño ruido seco, como un golpecito dado en la madera, le pareció que procedía de la cocina. Alguien estaba allí… Tenía que adelantársele… Se decidió a jugarse el todo por el todo. Avanzó sigilosamente en la oscuridad que reinaba totalmente. ¡Aquello era un suplicio horrible! Y a pesar de su audacia y coraje, un sudor frío le cubría la frente. Otro paso en retroceso por el pasadizo hacia el salón, sin perder de vista el lugar de donde provenían los ruidos. Iba pegado a la pared mientras sus ojos trataban de escrutar aquella lobreguez, por si algún bulto que pudiera surgir inesperadamente trajera consigo la muerte. Supuso que si alguien había penetrado por la cocina sabía que él estaba dentro, alerta, y no le quedaba más remedio que continuar hasta buscar la precaria seguridad del salón. Recordaba haberse fijado que la puerta solo cerraba con picaporte y que no le sería difícil abrirla y huir para estar más protegido desde afuera. Un paso más, y de repente su pie tropezó con un obstáculo. Trató de dar un salto hacia atrás, pero un objeto duro descargó sobre su hombro un golpe que lo obligó a soltar el revólver y caer trastabillando hacia adelante sobre el duro suelo. Sofocó el gemido de dolor que le produjo el golpe en el hombro y creyó que se lo habían dislocado. En milésimas de segundos, su instinto natural de defensa reaccionó y pensó sensatamente que el tipo misterioso con quien se las tenía que ver, no había tratado de matarlo dándole un balazo, a pesar de que le tuvo a su merced, quizá por temor a que la policía anduviera cerca, y pensaba eliminarlo golpeándole fieramente, evitando la alarma que las detonaciones

podrían provocar. Esta idea le dio fuerzas suficientes para prepararse a luchar. Quieto, esperó. Su agresor se movía silenciosamente; Hurtado trataba de percibirlo en la negrura que lo rodeaba. Buscó tanteando con sus manos el sucio pavimento, con la esperanza de hallar algo con qué defenderse. Un paso sigiloso dado en su dirección no le engañó al respecto de lo que pensaba hacer el individuo. Quizá por el absoluto silencio en que se mantenía, el otro creía que él estaba aturdido, y venía a rematarlo a patadas o con lo que fuera. Como relámpagos cruzaban los interrogantes por la mente del detective… "Si al mexicano lo asesinaron, ¿quién es mi asaltante?... ¿Por qué no enciende las luces?... ¿Por qué teme que le vean el rostro?"... Sintió la respiración de su atacante bastante cerca de sí. Pudo distinguir borrosamente una sombra que se inclinaba hacia él. Ágil como un gato, encogió sus piernas y las extendió, en un esfuerzo muscular asombroso, acertando al bulto en pleno estómago. Un grito que salió de la garganta del desconocido fue la respuesta a su gesto de defensa. El impacto propinado por sus pies en el plexo solar hizo tambalear al hombre, que perdió el equilibrio y trastabilló hacia atrás. Hurtado sintió el cuerpo detenido por la cómoda, la cual se estremeció con el empujón. "¡Ay, ay, ay!"… No reconoció la voz. Era como un ronco murmullo y él, a su vez, también evitó hablar. Se incorporó rápidamente, dio un salto hacia un lado en el preciso momento en que una pistola disparaba hacia el lugar donde hacía un instante había estado. El estampido repercutió en la habitación. Se había equivocado… El tipo no le tenía miedo a nada… y estaba dispuesto a eliminarle como fuera. Impelido por el ansia de acabar lo más pronto, decidido a todo, a pesar del arma que el otro manejaba disparando a ciegas, volvió a agacharse y en cuclillas avanzó hacia el sitio de donde había salido el tiro. De pronto, sus ojos, más acostumbrados a las tinieblas, volvieron a distinguir el bulto pegado al mueble y calculando bien, se arrojó audazmente hacia las piernas

de este, logrando asirlas fuertemente. Al perder el equilibrio, los dos hombres rodaron por el suelo. Otra saeta de luz, un estampido y otra bala se incrustó en el techo. Se revolcaron en una lucha frenética; una de sus manos subió por el brazo del hombre hasta la muñeca, cuyos dedos sostenían el revólver. Ante la fuerte presión cayó al piso. Estrechamente abrazados los dos hombres, en una confusión de brazos y piernas, daban y recibían golpes. Una de las sillas de paja fue tumbada a su paso. Aquella era una lucha extraordinariamente curiosa. Dos hombres se disputaban el derecho a la vida, como dos bestias, emitiendo de vez en cuando rugidos de dolor y evitando en todo momento el pronunciar una sola palabra. Rodolfo se dio cuenta que, no obstante sus conocimientos de boxeo, le iba a resultar difícil dominar el pesado cuerpo que se movía con soltura, con una entereza y vigor incansable. Trataba de detener las manos de acero que buscaban su garganta para estrangularle, pero sentía que el agotamiento lo iba invadiendo por momentos. De pronto, el otro logró su empeño. Consiguió poner debajo al detective y sus manos rodearon su cuello. Hurtado se debatió haciendo inútiles esfuerzos; un leve sonido entrecortado y apenas perceptible salió de su garganta con desesperación. Su enemigo lo tenía fuertemente sujeto contra el suelo; el dolor del hombro desapareció ante aquella presión despiadada en su garganta, sentía que de un momento a otro iba a perder el conocimiento… El rostro del desconocido, sumido en las tinieblas, estaba tan cerca del suyo que pudo sentir el calor de una respiración agitada y el agrio y desagradable olor que se despedía de su persona. Haciendo un sobrehumano esfuerzo logró zafar una rodilla y dio con ella un fuerte golpe en la ingle a su contrincante. Este se encogió de dolor aflojando la presión por un instante. Aprovechó el pequeño descuido y en una rápida torsión logró poner al hombre de costado, dominándole a su vez. Ciegamente empezó a descargar golpes en su rostro, tratando de desmayarle, pero el tipo era más fuerte, y a pesar

de que Hurtado sentía su mano pegajosa por la sangre que brotaba de sus narices, recibió un golpe directo dado con la mano izquierda, y aunque le rozó la mandíbula, le hizo perder el control momentáneamente. Cuando el otro volvió a dominarle, se dio cuenta de que estaba perdido. Las manos volvieron a lacerar su cuello, sintió que todo le daba vueltas y sus brazos cayeron flácidamente contra el suelo. El hombre seguía apretando… apretando… Las manos del joven se distendieron sobre el pavimento… Había dejado de luchar… Inesperadamente, algo increíble sucedió. Cuando ya una niebla rojiza invadía su mente, sus manos, crispadas, se debatieron inútilmente y cayeron de nuevo sobre un objeto duro y frío: una de las dos pistolas, que en la lucha había caído al suelo. Su mano, apenas con fuerza, apretó el gatillo y una fuerte detonación retumbó en el cuarto. La bala se perdió como las otras en algún sitio de la habitación. El sorpresivo disparo obligó al hombre, por segunda vez, a aflojar su garganta; entonces, el joven, casi moribundo, levantó el arma sobre la cabeza que se alzaba por encima de él, y con las pocas fuerzas que le restaban golpeó fuertemente una y otra vez… Su garganta quedó libre definitivamente. El cuerpo pesado quedó inerte sobre el suyo. El maltrecho detective se movió dejando que el otro se deslizara a su costado. Trató con dificultad de incorporarse, hizo profundas aspiraciones y friccionó con sus manos el adolorido cuello, pero la debilidad le hizo caer nuevamente sobre el piso. Su cabeza parecía girar sobre sus hombros, el aire se escapaba difícilmente de sus pulmones. No obstante, su indomable voluntad impedía que perdiera el sentido. Una idea danzaba en la confusión de sus pensamientos: "¿Lo habré matado?... Pero… ¿a quién he matado?"… Hizo un esfuerzo y logró sentarse. Buscó en su bolsillo la caja de fósforos; con mano temblorosa sacó uno y otro tratando de encender; al fin logró hacer luz. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, parpadearon encandilados, pero antes de que la cerilla se extinguiera

percibió confusamente la inerte figura que yacía tirada en el suelo, de espaldas a él. Dio un vistazo alrededor y vio el diván cerca de sí y la lámpara sobre la mesilla. La cerilla se apagó de repente. Hurtado logró ponerse en pie y tanteando localizó la lámpara y dio vuelta al interruptor. Anhelante, se acercó al caído. El hombre respiraba con dificultad. Estaba vivo. Hurtado lo volvió suavemente. Por un momento se quedó sorprendido. Vio el rostro lleno de sangre, con una herida en la frente, y, de pronto, lo reconoció, y para su gran sorpresa, sufrió un amargo desaliento… Metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta del hombre; sacó una cartera. Dentro había una tarjeta de identificación con el nombre del individuo que inconsciente estaba sobre el piso: Giovanni Bartoli.

No sentía en ese momento la alegría del triunfo. Él y Calvo lo habían tenido en sus manos hacía unas pocas horas y lo habían dejado escapar… ¿Cómo no habían sospechado?

Súbitamente, una voz a la que no pudo reconocer al primer instante rompió el silencio, paralizando los latidos de su corazón.

—Por fin se salió con la suya, Hurtado.

En el umbral de la puerta que daba al pasadizo estaba el inspector Calvo. En su mano había un revólver. El joven trató de esbozar una irónica sonrisa que simuló una mueca en el rostro estropeado por los golpes. Señalando a Bartoli, repuso:

—No, inspector. Este se me adelantó. Mató al otro, al que buscábamos… Después de haberlo traído aquí en el automóvil, que luego despeñó para despistar, y vino hoy a recoger el dinero que su cómplice pensaba llevarse mañana. Acérquese y vea quién es. Calvo, con la estupefacción pintada en el rostro, se aproximó. Se quedó por unos momentos extático mirando el rostro del italiano, cuyas facciones hinchadas y ensangrentadas producían penosa impresión, y dijo para sí suavemente:

—¡Diablos!, es cierto. Nunca me lo hubiera imaginado.

De pronto, el herido murmuró algo. Abrió los ojos e hizo un movimiento de protesta. Calvo le colocó las esposas. Entre los dos lo pusieron de pie, acomodándolo en el diván. El italiano volvió a cerrar los ojos. Los dos se dieron cuenta de que el tipo se hallaba consciente y alerta. Calvo se inclinó hacia él y lo zarandeó. Bartoli abrió los ojos y lo miró rabiosamente.

—¡Hable!... Está usted en manos de la policía y más le conviene decir la verdad. ¿Quién es usted?

Los dos detectives vieron cómo se endurecía la cara de Bartoli.

Habló coherentemente, con ira.

—¡Malditos! ¡Malditos!... No diré nada.

—No cometa tonterías. Sabe lo que le espera si no dice la verdad.

El hombre se pasó la lengua por los labios, miró a Hurtado y sonrió maliciosamente.

—Estuve a punto de matarle, ¿eh?

Trató de incorporarse, pero Calvo se lo impidió empujándole y haciéndolo caer en el diván.

—¿Cómo te llamas?... ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Danielli Boria —gritó con furia—, "el fantasma".

Media hora más tarde, subiendo por la autopista en la radiopatrulla que había traído a Calvo hasta la casa del asesino, Hurtado preguntó al inspector:

—¿Cómo logró usted ubicar el sitio donde me encontraba, inspector?

—¡Ah!, por el recado telefónico del limpiabotas. De todas maneras, llegamos tarde, a pesar de que este manifestó al teniente Rosales que usted le había ordenado llamarle solo en caso de que viera subir al tipo que llamaban "el mexicano".

—Es cierto —repuso Hurtado—, pero entonces no siguió exactamente las instrucciones que le di. Él no pudo verle y no conocía

a Bartoli, en caso de que hubiese sospechado al verlo subir en esa dirección. Además, sospecho que el italiano debió haber entrado en la casa por la puerta de enfrente cuando yo me hallaba conversando con él en el patio posterior.

—Sí, desde luego que el muchachito es más listo de lo que suponía. Pensó que usted se encontraba en grave peligro y no esperó a ver pasar al hombre, sino que llamó al teniente indicándole la dirección y diciéndole que esperaría en su automóvil hasta que llegasen para conducirlo. Rosales me llamó de inmediato y pensando que tenía tiempo, en menos de media hora de recibir el aviso, hice el trayecto hasta el aeropuerto. No quise que los agentes penetraran, los dejé rodeando la casa, y yo solo subí silenciosamente, di la vuelta a la vivienda, que permanecía silenciosa, y entré por la puerta que hallé abierta. Créame que no esperaba encontrarle vivo. El muchacho me advirtió que le había parecido oír varios estampidos similares a detonaciones, un momento antes de llegar nosotros. —Hizo una pausa, se quedó en silencio un breve instante y luego añadió—: Yo debería estar muy enojado con usted, pero le perdono por la dificilísima captura que ha logrado. Corrió un gran riesgo; desobedeció mis órdenes, pero…creo que el ascenso tan ansiado es la mejor recompensa para su actuación.

Rodolfo Hurtado no sintió ninguna alegría al oír aquellas palabras que envolvían un gran elogio y le ofrecían la seguridad de su carrera. Mirando por la ventanilla del automóvil las montañas que parecían volar ante su vista, dijo con voz áspera:

—Bartoli mató al hombre que yo deseaba capturar para aclarar la inocencia de Adriana.

Calvo le puso una mano sobre el hombro.

—Vamos, Hurtado —dijo con voz suave—. ¿Por qué se aferra a esa idea? Yo creo en la inocencia de su esposa. Eso debe bastarle. Además, para su tranquilidad, Bartoli o Boria hará declaraciones y

los puntos oscuros serán dilucidados. Era el jefe de la banda y esta se componía en Caracas, hasta lo que sabemos, de tres personas: él, Rodolfo Lara y la cubana. Hablará, no se preocupe, y pronto sabremos toda la verdad. Sea más razonable y dese cuenta de su éxito y del triunfo que la captura que ha hecho del "fantasma" representa para nuestra Seguridad Nacional. No piense solo en usted. Hemos logrado en menos de seis meses, desde que recibimos el aviso de la Interpol, lo que la policía de muchos países no consiguió en años. Y este triunfo se le debe a usted únicamente.

Rodolfo pensó en decir: "… o a mi mujer, por sus incorregibles celos"…, pero prefirió callarlo. Cuando el inspector concluyó, repuso:

—Gracias, inspector. Sin embargo, creo que mi éxito se debió en gran parte a una mancha de *rouge*, que hasta la fecha no me explico cómo apareció en mi saco.

XXV

Avanzada la madrugada, Rodolfo Hurtado penetró con su automóvil en el garaje de su casa. Vio luces encendidas y pensó que su mujer, obedeciendo a sus eternas preocupaciones cuando él se quedaba fuera más de lo acostumbrado, lo esperaba llena de angustia. En respuesta a su pensamiento, la puerta se abrió y la figura de Adriana se destacó como una sombra chinesca en el umbral.

Si en su corazón no había límites para la lealtad y el amor, ella parecía corresponderle. Esta idea que cruzó por su mente le produjo una honda ternura por ella. Regresaba a su hogar maltrecho y dolorido, con el rostro cruzado por adhesivos, deformado por los golpes que Boria le había propinado, pero nada podría robarle aquella sensación de felicidad que le producía llegar a su hogar, que por primera vez lo llenó de orgullo. El nombramiento tan ansiado… Sin duda alguna que Adriana se volvería loca de felicidad cuando le diera la noticia. Se bajó del automóvil y dio un paso en dirección a la puerta. La joven lo esperó inmóvil, pero cuando la luz le dio de lleno en el rostro lanzó una exclamación de profunda alarma:

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?... ¿Quién te ha golpeado así?

Las pequeñas manos acariciaron suavemente su rostro, en sus ojos oscuros había miles de preguntas. De súbito, pareció comprender y poco a poco sus pupilas se empañaron y un sollozo entrecortado brotó de su garganta. Él la estrechó contra su pecho. Besó su cabeza reclinada en su hombro y luego, muy juntos, entraron en la casa. Rodolfo se dejó caer en el sofá del recibo. Trató de consolar a su mujer, que lloraba conmovida:

—Mi vida… mi vida… —decía con voz entrecortada—. No te imaginas mi angustia mientras te esperaba. Presentía toda clase de cosas horribles. Nunca como esta noche he estado tan preocupada. —Alzó los ojos llenos de lágrimas y balbuceó—. Ahora veo que estuvieron a punto de matarte…

—Vamos… cálmate. Ya todo pasó. —Sacó un pañuelo de su bolsillo y le enjugó las lágrimas dulcemente—. Seca esas lágrimas… ¿A ver?... Sonríe un poco… Ajá, así… No quiero verte llorar, amor mío. Tienes que estar alegre, pues tengo para ti una noticia exclusiva que te llenará de dicha.

La ternura de su marido suavizó un poco su congoja. Él le volvió el rostro hacia sí y la besó. Repentinamente, ella se retiró y una leve pesadumbre se agitó en el fondo de su ser.

—¡¿Qué te pasa?! —inquirió sorprendido.

—¡Oh, nada! Es que te he notado un olor raro… Hueles… hueles… a perfume de mujer.

Rodolfo trató de esbozar una sonrisa que le hizo recordar el corte doloroso que tenía en la comisura del labio. No pudo menos que decirse: "Es una gatita celosa pero adorable y yo la quiero así… La pobre no cambiará nunca… Al final, sus celos fueron útiles; si no hubiera sido por ellos, quizá al 'fantasma' nunca lo hubiera atrapado la justicia"…

—¡Ah! No cambiarás ni que te hagan de nuevo, hija mía —repuso con voz resentida—. Te advierto que tengo para ti una maravillosa sorpresa y en vez de interesarte en conocerla, te fijas en tonterías sin importancia. ¿No has notado el nuevo corte que me he hecho?... ¿No te parece que me queda bien?

—Déjate de bromas, Rodolfo. Estás horrible… ¿Cómo se te ocurrió hacerte semejante cosa?

—Caprichos, querida mía… También a los detectives nos gusta parecer guapos de vez en cuando, y, con respecto tu pregunta, el

perfume que tanto te molesta es el que me puso el barbero en la peluquería.

—Hombre, ¿no supondrás que te lo dije porque hubiera creída otra cosa? —respondió la joven amoscada, pero sintiéndose tranquila de pronto—. Bueno, no creo que sea un momento oportuno para discutir, ¿no es cierto?... A ver, ¿cuál es la noticia?

Rodolfo deliberadamente se detuvo como saboreando las palabras antes de pronunciarlas:

—Pronto, mucho más pronto de lo que te imaginas, seré ascendido a inspector jefe de la Seguridad Nacional, por haber logrado capturar yo solo al jefe de una de las bandas más audaces y peligrosas del tráfico de estupefacientes.

Los ojos de Adriana se abrieron asombrados. Su corazón se llenó de placer ante la increíble noticia. Contempló a su esposo con admiración y el orgullo se reflejó en su rostro, cuando exclamó:

—¡Virgen santa! ¡Tú inspector jefe de la Seguridad Nacional! ¡Qué maravilla! —Hizo una pausa, aturdida todavía por la inesperada nueva. Luego preguntó—: ¿Y cómo ha sido eso? ¿Cómo pudiste tú solo capturar a ese hombre?

Rodolfo, con la satisfacción pintada en el rostro, respondió:

—Yo mismo me asombro de mi buena suerte…

Se quedó pensativo, como ausente, durante algunos segundos. Adriana ardía de impaciencia por saber.

—Anda, ¡por Dios!, cuenta… No me ocultes ni el más mínimo detalle.

—Pues bien… Cuando esta mañana salí de la casa…

Rodolfo le fue relatando con minuciosidad a su mujer todos los detalles de la investigación efectuada desde la mañana hasta el momento en que se vio sorprendido por Bartoli. Le contó la intervención providencial del limpiabotas, que dio el aviso, contraviniendo sus

órdenes, pues no esperó ver al mexicano para pedir ayuda. En este punto, su esposa le interrumpió para observar:

—Pero querido, de ninguna manera llegó a tiempo la policía. Tú ya habías terminado con el hombre, ¿y si en vez de haber salido vencedor... el inspector Calvo solo hubiera hallado tu cadáver y el asesino se hubiera evadido de la acción de la justicia?

—Sí, es cierto. Pero estoy contento de no haber recibido ayuda alguna. Yo deseaba efectuar solo la captura; de lo contrario, habría preferido la muerte.

—¡Por Dios! ¡¿Cómo dices eso?! —repuso resentida y con voz triste.

—Tal como lo oyes y bien que lo sabes, querida… Era un asunto de honor; y mi mayor satisfacción y orgullo es que así ocurriese. Desde luego que lo que menos suponía era que el mexicano estuviese muerto, y Bartoli, el humilde y tembloroso italiano dueño del edificio, insospechable en su aspecto externo y en su aparente conducta de padre de familia insigne, fuese el hombre "fantasma" que ha traído de cabeza a la policía internacional y, por ende, a la nuestra.

—En realidad, es extraordinario todo el asunto. Entonces, ¿hizo declaraciones?... ¿Estuviste presente cuando se efectuaron?

—Sí. Se lograron esclarecer todos los detalles de su trayectoria criminal. El tipo este procedió siempre con una habilidad digna de un cerebro superinteligente y maquiavélico. No dejó rastros ni testigos presenciales, esfumándose cuando las pesquisas parecían estar bien orientadas y a un paso de su persona. Sus planes, admirablemente concebidos, le dieron una seguridad de impunidad y esto, al final, fue lo que lo perdió.

—Pero lo que no comprendo, Rodolfo, es que con las características que señalas en ese asesino tan audaz, ¿cómo se prestó a confesar tan dócilmente?

—¿Qué recurso le quedaba? Su seguridad se había quebrantado de súbito. Sabía que su larga serie de crímenes estaban descubiertos y que no valía la pena retardar una confesión que, de todas formas, era conocida. Sin embargo, al principio se resistió, pero Calvo, conocedor de la psicología de esta clase de individuos, procedió con una técnica magnífica. Recordando que el hombre tenía esposa y varios chiquillos, comenzó llevándole a un plano emotivo que rindió, inesperadamente, su fuerte actitud defensiva.

—Es increíble… Suponía que individuos de naturaleza tan compleja y peligrosa no podrían sentir afecto por nadie, ni aún por sus propios hijos…

—Es una gran equivocación. Danielli Boria no es un delincuente ocasional. Este hombre presenta estigmas degenerativos, no atávicos ni congénitos sino de errónea formación: inseguridad emocional en su infancia, educación desviada, ambiente vicioso, factores externos que determinaron sus impulsos criminales y desbocaron los instintos reprimidos que residen en el hombre culto, normal y civilizado. Existe, indudablemente, en este tipo de hombre "desecho" de la sociedad, características anímicas curiosas. Roba, mata, engaña, justificando sus actos como una represalia (complejo de frustración), por su resentimiento con el mundo que le rodea y que consideró siempre hostil para el logro de sus satisfacciones personales. Pero en lo que respecta a su vida familiar, quiere hacer de esta algo distinto a lo que fue la suya. Boria aseguró que su esposa estaba en completo desconocimiento de sus actividades ilícitas y Calvo le prometió respeto y consideración para con ella, si se comprobaba su inocencia.

—Ciertamente, es curioso… —dijo la joven, cuando Rodolfo terminó de decir las anteriores palabras—. ¿Cómo explicó el asesinato de la Renard, la muerte del mexicano y de Juanita?

—Pues te diré… Desde que la Interpol perdió su pista, hace más de un año, Boria llegó a Venezuela en compañía de su esposa

e hijos, y pasando como un individuo respetable y de dinero que deseaba establecerse en el país. Empezó por comprar un edificio de apartamentos, única inversión grande que llevó a efecto en Venezuela, y luego, después de estudiar el ambiente, resolvió continuar su "trabajo" aquí. Esto le llevó tiempo; tenía que lograr que uno de sus cómplices, que actuaba en Miami con el resto de la banda que él mismo había formado, viniera a Caracas e hiciera viajes para traer y llevar la droga. El individuo que eligieron fue al mexicano, quien había sido mecánico de aviación y más tarde, luchador, hasta que se dedicó a la delincuencia y era uno de los matones e intermediario de la pandilla. No les fue difícil lograr que Rodolfo Lara consiguiera un empleo con los señores Madriz, propietarios de un avión que hacía viajes por intermedio de una casa comercial venezolana. Valiéndose quién sabe de qué influencias o artimañas para conseguirlo, estos lo trajeron a Caracas y le consiguieron un permiso especial para entrar y salir del país en su propio avión, cuando el caso lo requería. En Miami…

—¿Están comprometidos también los dueños de ese avión? —interrumpió Adriana, ansiosamente.

—¡No, de ninguna manera! Ni siquiera saben que habían servido como instrumentos para que la cocaína fuera introducida en el país… En Miami, otro cómplice ocultaba la droga en el avión, la cual era recogida por el mexicano, quien se la llevaba a su jefe…

—Pero…, un momento, querido… Eso sucedió en Miami, entonces, la Renard, que según tengo entendido fue contratada en Cuba, ¿cómo estaba en combinación con los traficantes? —interrumpió Adriana.

—Al principio creímos que la mujer vino como intermediaría desde allá, pero no era así. Necesitaban vender la cocaína. Para un hombre resulta mucho más difícil que para una mujer, y requerían una que tuviera las condiciones de Charlotte Renard. Esta era una

cabaretera, una pobre mujer de baja procedencia, pero que nunca fue fichada por la policía de su país por algún hecho delictivo. Rodolfo Lara la vio actuar, luego la conoció, la hizo su amante y en poco tiempo la convenció de que trabajara con él. La mujer vio la mejor oportunidad de su vida para hacer dinero fácilmente y, según lo que ella creía, sin mayores peligros. Después pensó que no le sería difícil traicionar al mexicano, saliendo del país inesperadamente y llevándose el producto del robo. Rodolfo Lara y Danielli Boria no le tenían mucha confianza y lograron descubrir a tiempo sus proyectos, eliminándola. Con respecto a Juanita de López, Boria ni siquiera sabía de quién se trataba. Confesó que el mexicano la mató suponiendo que era una espía de la policía, incitado por el temor de la Renard y una llamada que recibió de esta alertándole de que la mujer se encontraba frente al edificio, la misma noche que en el cabaré se había suscitado el allanamiento y prisión del propietario. Luego la Renard, por indicaciones de Boria, se escondió en la casa de Macuto, la cual había sido alquilada con un nombre supuesto, desde luego, y donde acudía Rodolfo Lara cuando tenía que quedarse en el litoral para esperar la llegada del avión y trabajar en este. La artista, después de pensar mucho sus planes, regresó a su apartamento con el firme propósito de recoger una fuerte cantidad que tenía oculta y que no había sido retirada por ninguno de los cómplices, pues por las sospechas de la policía que recaían sobre ella, el apartamento estaba vigilado por detectives. Casualmente, se habían retirado por órdenes del inspector Calvo, y ella entró sin ser vista. El mexicano, al regresar inopinadamente a la casa y no encontrarla, sospechó dónde había ido y para qué, y como tenía llave penetró en el apartamento y la mató en la misma forma que a Juanita de López. Luego Boria, con su natural astucia, al otro referirle el curioso asunto de la desaparición del cadáver de la mujer que los espiaba, le encargó que te persiguiera para matarte también.

—Bien, parte de esto lo habíamos deducido; pero ¿cómo averiguó Boria que la policía estaba en la pista del mexicano? Ni tú ni el inspector Calvo, anoche mismo, estaban seguros de nada…

—Ahí está el asunto. Anoche estábamos a ciegas, es cierto. Boria se sentía protegido y seguro, y por eso lo atrapamos. Verás, el mexicano tenía todo preparado para huir mañana, es decir, hoy, pues ya son las cuatro de la madrugada, en el avión de los Madriz y como Giovanni no le tenía confianza, le exigió la entrega del dinero de las ventas, que el otro dijo tener oculto en la casa de Macuto, obligándole a llevarlo allí para que se lo entregara, en conocimiento de que al día siguiente llegaría el avión. Al llegar a la casa, mientras simulaba buscar el dinero, trató de agredir a Boria y este, en defensa propia, le disparó un balazo que lo mató instantáneamente. Luego lo escondió en el clóset rápidamente, por temor a la intromisión de alguien en la casa, pensando en hacer desaparecer el cadáver en otra oportunidad, y sin detenerse a registrar, ni buscar el dinero, salió de allí velozmente, pensando que la detonación hubiera sido oída y se suscitara la alarma en la vecindad. Como comprenderás, huyó por la quebrada, recogió el Cadillac verde, que lo había dejado en una calle posterior estacionado en un sitio estratégico y luego lo desbarrancó al llegar a Caracas en una carretera solitaria, para eliminar la peligrosa evidencia. Debe haber sido el más sorprendido cuando nosotros llegamos esa mañana al edificio para interrogarlo. Procedió como un magnífico actor, tanto es así que Calvo lo dejó libre después de tomar sus declaraciones, y como él sabía que el edificio continuaba vigilado, burló a los detectives y al salir no titubeó en correr hacia Macuto, con la intención de recoger el dinero, sintiéndose todavía seguro de que la policía no tenía la menor idea de que existiera ese escondite. La casualidad, el azar, mi buena estrella, como quieras llamarle, me condujo hasta allí y mientras yo me encontraba fuera de la casa y furioso por la intrusión del limpiabotas, Boria, que

oyó voces, se ocultó en el jardín y cuando el muchacho marchó corriendo, se decidió a penetrar por la puerta de enfrente para acabar conmigo, o sea, con el individuo desconocido, pues no había llegado a verme, que había descubierto su guarida. Se dio cuenta de que yo estaba solo y decidió eliminarme. Según sus explicaciones, primero, esperó unos momentos hasta asegurarse bien, que fue el tiempo en que yo tardé en penetrar por la puerta posterior, entrar en la habitación y descubrir el cadáver del mexicano. Los ruidos que me alertaron fueron los de la puerta de entrada cuando Boria la abrió, creyendo, en un principio, que yo me encontraba en el patio acechando y con la idea de sorprenderme desde dentro y dispararme desde la cocina. Pero el ruido que hice cuando abrí el clóset, le indicó dónde me encontraba y lo que había descubierto. Entonces comprendió que yo debía ser un policía y se dispuso a atacarme, escondido en la oscuridad, para matarme o aturdirme con la cacha de la pistola, recoger el dinero, que no sospechaba que yo lo había puesto a salvo, y huir… Te aseguro que si así hubiera ocurrido, muy difícil —quizá imposible— hubiera sido el descubrir los crímenes del Sr. Bortoli, pacífico padre de familia. Pera tuvo mala suerte, querida… El golpe lo recibí en el hombro y me sobraban ganas de darle unas cuantas trompadas al tipo que se me había adelantado matando al mexicano. Bueno… y esto es todo… ¿Te falta alguna otra pregunta qué hacer?

—Sí, me interesa saber qué fue del limpiabotas… Después que todo terminó, ¿tuviste oportunidad de darle las gracias?

—Desde luego… Si hubieras visto lo orgulloso que estaba el muchacho de verse tomado en cuenta por primera vez en su vida y por guardianes de la Ley. Eso no lo olvidará nunca. —El joven hizo una pausa, miró a su mujer y añadió—: ¿Sabes? He resuelto hacer algo en bien de ese niño. Desde mañana lo tendremos aquí,

de huésped. El chico me gusta, tiene condiciones, puede llegar a ser en el futuro un buen detective.

Adriana dejó ver una agradable sonrisa que animó de pronto su rostro.

—¡Hombre! —exclamó entusiasmada—, me agrada la idea. Por fin voy a tener un muchacho que me haga diligencias y me ayude a cargar los sacos cuando voy de compras al mercado. ¡Y qué oportuno! Hoy mismo, Teresa me anunció que se iba y…

—¡Vamos, mujer! Comprenderás las cosas cuando crezcas un poco más —observó Hurtado con tono irónico y moviendo la cabeza—. No te hagas tantas ilusiones. No es eso lo que tengo pensado para él. No, querida, ¡de ninguna manera! El muchacho irá a un colegio lo más pronto, recibirá una buena educación y… —se interrumpió y tomó cariñosamente la mano de su esposa—: Mira, Adriana, no sé si te harás cargo de mis sentimientos al respecto. Hubo algo que me impresionó en las declaraciones que dio Boria. En su niñez había sido un limpiabotas, careció de cariño, de hogar, nació y se desarrolló en un medio ambiente en que para conseguir un pedazo de pan había que robarlo o padecer hambre. Esta lucha por la vida engendró en su alma un envidioso resentimiento hacia aquellos que habían nacido con más suerte que él. Es un drama que ocurre diario. Piensa si, en caso contrario, hubiera disfrutado lo que tú y yo tuvimos siempre, ¡qué distinta se hubiera perfilado su vida! Además de la obra social que considero mi deber hacer con ese pobre huérfano, existe también en mi interior un deseo de desquite. Hoy he capturado a un asesino peligroso y sin escrúpulos, para que le sea aplicada la última pena en su propia patria que lo reclama. Quiero darle algo a la sociedad y eso será un hombre digno, capaz, un defensor de las leyes y un trabajador responsable.

Adriana lo miró gravemente, sintiendo que la emoción le humedecía los ojos. Rodolfo hizo un movimiento y un quejido se escapó de sus labios:

—¡Ay, mi hombro! No sabes cómo me duele. Cuando recibí el golpe, el dolor me hizo pensar que me lo habían dislocado. El médico que me hizo la cura de urgencia, me dijo que solo tenía una fuerte contusión. Vamos al cuarto, que deseo acostarme; no te imaginas cómo siento la cabeza.

—Sí, vamos. He abusado un poco de ti haciéndote toda clase de preguntas. Pero comprenderás mi curiosidad. Te prepararé una taza de tila para que te la tomes bien caliente con una aspirina, y verás qué bien vas a dormir.

Con dificultad se incorporó, ayudado por su mujer. Quince minutos más tarde los dos ya estaban acostados y con la luz apagada. Rodolfo Hurtado empezó a sentir esa deliciosa sensación que produce la cercanía del sueño. La pastilla empezaba a producir su efecto sedante y sus párpados se fueron cerrando. De pronto, Adriana se movió inquieta. La cama crujió un poco haciéndole dar un leve salto.

—Querida, estás nerviosa… ¿Qué te pasa?

—¡Oh!, no. ¿No te has dormido todavía?

La vocecita era baja, suave, mimosa. Él sintió su olor fresco, dulce y limpio y la presión de su mano sobre su brazo.

—No… Estaba casi dormido cuando te moviste.

—¿Aún te duele mucho la cabeza?

—Me sienta mejor. Te quiero mucho, querida… Duérmete.

Oyó un suspiro. La sintió moverse nuevamente hacia el otro lado. De nuevo la vocecita se dejó oír, tan suave, que a pesar de la somnolencia que sentía se puso en guardia.

—¿Sabes, querido? De todo este desagradable asunto hubo un detalle que no se pudo aclarar. Todavía queda pendiente una pregunta…

—Ah, ¿sí? ¿Qué detalle es ese? —Bostezó sintiendo que todos los músculos de la cara, al dilatarse, le producían una dolorosa sensación.

—Nunca me dijiste, por fin, quién te manchó el hombro de la chaqueta con pintura de labios…

Rodolfo rio suavemente. Alargó una mano y acarició los cabellos de Adriana. Le regocijaba la idea, a pesar de su fatiga y extremo cansancio, que su mujer, después de todo lo ocurrido, insistiera en saber la causa de aquella tontería. Rodolfo no podía contestarle. A los hombres, algunas veces les suceden cosas que ni ellos mismos pueden explicarse. No obstante su ternura, la repuesta que obtuvo Adriana estaba llena de ironía y no aclaró sus dudas.

—Rézale al alma de Juanita de López, quizá ella te ilumine de nuevo para descubrir la incógnita…

Cuando el reloj dio cinco campanadas, que anunciaban la llegada de un nuevo día, Rodolfo y Adriana, muy juntos, dormían en el dulce silencio que precede al amanecer.

Fin

Por una mancha de rouge
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de mayo de 2025

Un cuerpo sin vida aparece en los alrededores de San Bernardino. El victimario parece deslizarse entre una existencia anodina, la vida nocturna de Caracas y el tráfico de influencias. Tal sujeto despertará la curiosidad de un detective que, en su intento por resolver el caso, se verá envuelto en una trama internacional en la que no faltará el cabaré, una curiosa *femme fatale* y el crimen organizado. A la par de este asesinato la vida de un joven matrimonio se verá interrumpida por la aparición de una sospecha de infidelidad, la duda penetrará hasta convertir a la esposa en parte activa del caso principal, tal confusión dinamizará la resolución del crimen y dejará el lector con una peculiar incertidumbre.

De la autora, Clara Silva de Reyes —tal como lo señala la investigadora Mirla Alcibíades en el prólogo—, no se conservan datos biográficos. Sabemos que aparece entre las colaboradoras de *Élite* en la década de 1950 en la sección "Realidad o Coincidencia" donde escribía relatos detectivescos. Publicó *Asesinato en Caracas* (1954) otra novela del género policíaco.

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

[2022 - 2030]